

# *Me faltabas tú*

HELENA NIETO



# ME FALTABAS TÚ

**A últimos de los años setenta, en una apacible ciudad de provincias, Cristina Klein, hija de una acaudalada familia, se dedica a dar clases de inglés en una prestigiosa academia de idiomas. Su vida se verá alterada con la llegada de un profesor de ideas liberales y progresistas, del que se enamorará perdidamente, haciendo que todo su mundo se vuelva al revés.**

Autor: Nieto Clemares, Helena

©2015, Gram Nexo

Colección: Love & Books

ISBN: 9788494337925

Generado con: QualityEbook v0.84

## ***Prólogo***

*MÉRIDA, 1979*

La lluvia golpeaba el parabrisas de su coche mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin poder dominarse. No pudo ver la furgoneta que se saltaba un *stop*, no la distinguió hasta estar casi encima. Intentó frenar... las ruedas patinaron sobre el asfalto.

Perdió el control del coche y se salió de la carretera, estrellándose contra un árbol. En un solo instante, se hundió en una profunda oscuridad.

*Mérida, septiembre de 1978*

## Capítulo

# 1

EL calor seguía siendo sofocante a pesar de estar ya en los últimos días del mes de septiembre. Cristina aparcó su automóvil, un Volkswagen de color blanco, en una céntrica calle de la ciudad y, antes de dirigirse al portal donde estaba situada la academia de idiomas donde trabajaba, entró en el estanco a comprar una cajetilla de tabaco.

—Buenos días —dijo acercándose al mostrador.

—Buenos días —respondió el dependiente a la vez que levantaba los ojos del periódico.

Sonrió al comprobar que era Cristina Klein, la hija de su buen amigo Héctor.

—¿Lo de siempre? —preguntó.

—Sí —dijo sonriendo al tiempo que abría el bolso para sacar la cartera.

—¿Qué tal están tus padres? ¿Ya han regresado de su viaje?

—Llegarán esta noche.

—Salúdales de mi parte, y dile a tu padre que me debe una partida de ajedrez.

—Claro, Matías. Se lo diré.

Dejó unas monedas encima del mostrador. Después de guardar el tabaco y recoger el cambio, se giró y tropezó con un joven.

—Disculpe —dijo ella.

—Nada —respondió sonriendo.

Ella salió. Se dirigió de nuevo al coche para recoger una carpeta que

había olvidado. Cerró con la llave y al fijar la vista en la acera, comprobó que el chico con quien había tropezado en el estanco la observaba detenidamente. Se sonrojó sin poder evitarlo y bajó los ojos. Tuvo que pasar a su lado para entrar en el portal.

—Hasta luego —dijo él.

Cris hizo una mueca pero no respondió nada. No lo conocía. Solo habían tropezado. ¿Por qué iba a tener que saludarlo?

Él la observó sin perder detalle, e incluso sonrió. Era la chica más guapa que había visto en muchísimo tiempo y la única que le había llamado la atención desde que había aterrizado, dos semanas antes, en esa ciudad de provincias, tan diferente a su tierra natal situada en el norte, donde el calor no era tan abrasador y se respiraba el salitre del mar.

Una plaza como profesor de instituto lo había destinado a esa tierra de grandes conquistadores, donde los olores, el paisaje y la gente le habían cautivado desde el primer momento por su amabilidad. También por desvivirse en hacerle sentirse como en casa y no como un forastero, como solían decir por esos lares. Había visitado todos los monumentos y ruinas romanas que aún se conservaban, y estuvo paseando por la orilla del inmenso río Guadiana.

Marcos, un enamorado de la historia, disfrutó de la ciudad palmo a palmo. Aunque en los primeros días estuvo en una pensión, no tardó en alquilar un pequeño apartamento en pleno centro, algo lejos del instituto al que se desplazaba en coche cada mañana por pura pereza, pues las distancias no eran demasiado largas en comparación con Madrid, donde había estado el año anterior. Pero su mayor deseo era regresar a su tierra, al norte, donde su novia Estela, funcionaria de Hacienda, lo esperaba.

Después de que la chica rubia desapareciera de su vista, se dirigió a una tienda cercana para hacer varias compras. Pensó que ojalá tuviera la suerte de volver a encontrar a la joven, porque merecía la pena posar los ojos en ella. Ni siquiera pudo comprender por qué tales pensamientos le habían pasado por la mente. Él no buscaba ninguna pareja, ya la tenía desde hacía varios años, aunque la distancia estaba enfriando su relación, algo que tal vez

ninguno de los dos quisiera reconocer, sobre todo ella, pero ambos sabían que era una realidad a la que no deseaban asomarse de momento.

\*\*\*\*

Cristina llevaba solo un año viviendo en aquellas tierras. Después de finalizar sus estudios en Madrid, se había trasladado a la casa de sus padres, situada a cinco kilómetros de la ciudad: un chalet construido a primeros de los sesenta, cuando su padre adquirió una finca en el campo para ir a pasar las vacaciones. Desde el primer viaje que Héctor Klein hizo a la comarca, cuando su única hija aún no había nacido, consideró que aquella tierra, lugar de nacimiento de su esposa Ana, era el sitio perfecto para encontrar un poco del sosiego y la paz que necesitaba. Podía respirar aire puro, oír el canto de los pájaros y ver el cielo estrellado cada noche. Eso era la esencia de la vida. El matrimonio no echaba en falta Madrid, donde habían vivido hasta hacía pocos años antes, o al menos no demasiado, ya que cuando consideraban oportuno no les causaba ningún problema trasladarse a la capital, algo que hacían cada vez menos pues se habían habituado a aquella vida y no deseaban cambiarla.

Cris, como solían llamar a su hija, había crecido en un ambiente privilegiado. Pertenecía a una familia acaudalada, conocidos en la zona y el mundo del transporte. Debían su patrimonio al abuelo paterno, Erich Klein, un madrileño de origen alemán que había fundado una pequeña empresa de cuatro camiones, que con el tiempo se había convertido en un rentable negocio que ahora administraban sus dos hijos.

Cristina fue una niña consentida y mimada, sobre todo en los primeros años de su infancia hasta que la enviaron interna a un prestigioso colegio británico, con el deseo de darle una exquisita educación al alcance de muy pocos en la España de la época. Allí, entre los muros de ese austero y exclusivo centro, comprendió que era una más entre la multitud de niñas y su vida cambió por completo. Se hizo mucho más introvertida. Su primer año de



internado fue un auténtico sufrimiento a pesar de su excelente comportamiento y sus buenas calificaciones, ya que tenía un gran talento para casi todo, especialmente las letras, la música y las artes. Siempre intentó pasar desapercibida y nunca tuvo muchas amigas. Era una niña tímida y sensible, a la que todo le afectaba enormemente, incrementando aún más el encierro en sí misma.

En las vacaciones, cuando volvía a casa, a pesar de su felicidad no dejaba de sentirse desarraigada, viendo cada vez más a sus padres como a unos extraños.

\*\*\*\*\*

—¡Hola, Cris! —exclamó Bet en un perfecto español.

—Hola —respondió al tiempo que se quitaba las gafas de sol.

—¡Qué calor! ¿Verdad? —dijo mientras se abanicaba con la mano.

—Sí, es sofocante. ¿Tendrás algo de beber por ahí?

—Claro, mira en la nevera. Ayer, Michael se encargó de reponer material —comentó riéndose—. Creo que este año vamos a tener mucho trabajo, Cris. Hay un gran número de alumnos. Y muchos nuevos.

—Eso es estupendo —respondió sonriendo—. Me parece perfecto.

Estaban preparando los horarios del nuevo curso, próximo a iniciarse. Cris disfrutaba enormemente de su trabajo y estaba entusiasmada con la idea de que Bet hubiera delegado en ella más clases que el año anterior. En ese curso había demostrado una gran disposición para dar clases de inglés. Después de todo, su expediente académico era excelente y Bet consideraba que contratarla había sido un gran acierto para elevar aún más el prestigioso nivel y reconocimiento de su academia de idiomas, sin duda, la mejor de la ciudad. Estaban además situados en la zona más adinerada y más céntrica, lo que potenciaba el número de alumnos cada año. Habían empezado con una plantilla de tres profesores, cinco años atrás, y ahora les resultaba difícil

compaginar alumnos, horarios, y clases.

Cristina fue una de las últimas en irse junto a Nuria, la secretaria. Ya en la calle, Fran, el novio de Nuria, estaba esperando. La pareja pensaba ir a tomar algo a una cafetería y sugirieron a su amiga la idea de acompañarlos, pero Cris se negó. Tenía prisa por volver a casa. Sus padres estarían a punto de llegar de su crucero por el Mediterráneo y estaba ansiosa por abrazarlos. Se dirigió al coche, lo puso en marcha y salió de la ciudad para enlazar con la carretera que la conduciría a su casa.

Allí, Genoveva ya tenía todo dispuesto para la cena. La mujer quería a Cris como si de su hija se tratase. Por desgracia, ella no había podido tener hijos, sin saber si era por su causa o la de su marido, y se consolaba diciendo que no estaba en su destino traer niños al mundo.

Se había desvivido por la familia Klein, especialmente por la chiquilla a la que había mimado más que su propia madre, ya que pensaba que aquella niña tan bonita de pelo rubio y ojos claros parecía tener la mirada triste y estar ansiosa de cariño, cada vez que volvía del extranjero a pasar las vacaciones. Tanto ella como su marido, Tomás, trabajaban desde hacía años para la familia y nada tenían que reprocharles. Vivían en una casa aparte dentro de la misma finca, ya que desde el principio el señor Klein consideró que ambos matrimonios debían tener su propia intimidad fuera de la jornada laboral.

Veva reconocía que Ana Estévez era mucho más altiva que su marido, marcando siempre las distancias en su papel de señora de la casa, pero sabía que haber conseguido ese trabajo era un auténtico privilegio. Los Klein no solo eran educados, correctos o comprensivos, también desinteresados y honestos. Una familia con mucha clase a la que se sentían muy agradecidos. El tiempo había ayudado para que Ana confiara plenamente en ella para toda cuestión doméstica. Otras dos chicas venían cada mañana para ayudar en las tareas de limpieza, mientras que Tomás se encargaba de la huerta, los árboles frutales y los perros, sin conseguir que Héctor Klein se decidiera a la cría de animales como le había sugerido en más de una ocasión.

El jardín lo cuidaba la propia Ana, que se enorgullecía de tener la

variedad más amplia y bonita de flores de los alrededores.

\*\*\*\*\*

Marcos tomaba una cerveza en la barra de un bar. Escuchó cómo alguien le saludaba y se giró. Un compañero de instituto, el profesor de Educación Física, le sonreía. Lo había conocido días antes y se había mostrado muy amable con él.

—Hola, Marcos. ¿Qué tal?

—Bien —dijo—. No sé cómo podéis soportar este calor. Son casi las nueve y seguimos a casi veinticinco grados —añadió.

—Ya te irás acostumbrando. Aunque en invierno es todo lo contrario. Aquí no hay término medio. Vas de un extremo a otro.

—¿Has cenado? —preguntó Marcos.

—No. Acabo de dejar a mi novia y ahora me iba a casa.

—Pues te invito. Estoy demasiado aburrido y necesito hablar con alguien. Fran sonrió.

—De acuerdo. Pero me gustan las chicas... —añadió riéndose.

—A mí también —puntualizó Marcos sonriendo.

—Entonces, vamos. Aquí cerca hay un mesón donde podemos disfrutar de una buena cena.

—Me parece estupendo. Estoy hambriento —añadió mientras sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo—. ¿Quieres?

Fran negó con la cabeza.

—No fumo.

—Ah, pues yo sí —aclaró mientras buscaba el mechero.

—Pues no deberías.

—Ya...

\*\*\*\*\*

Aún no habían dado las nueve cuando un taxi dejó a los Klein a la puerta de la casa. Su hija salió a recibirlos seguida de Veva y Tomás. Ana estaba radiante y muy morena. Lucía un precioso Chanel de color beige que acentuaba aún más su bonito tono de piel. Besó a su hija con cariño y le pidió que le ayudara con las bolsas y paquetes. Traían regalos para todos: máscaras, figuras, adornos para la casa, ropa y un sinfín de cosas con las que pensaban obsequiar no solo a Cris, también a su mejor e íntima amiga, Elvira Jiménez, y hasta a Veva, que veía siempre en aquellos regalos una forma de gratitud de la señora de la casa.

Héctor parecía cansado. Habló con su hija de las novedades, interesándose por cómo habían ido las cosas durante esos quince días en los que había estado sola, al tiempo que Cris le preguntaba sobre su crucero.

—No ha estado mal, pero ya le he dicho que me olvide para el próximo año. He pasado mucho calor. He tenido que aguantar a un montón de imbéciles y para colmo, tu madre no se ha dedicado a otra cosa que a ir de compras cada vez que llegábamos a puerto. Con tu madre, ya sabes, es imposible...

Cris sonrió ante el comentario y Ana, que hablaba con Veva sobre la cena, puso gesto de fastidio.

—No hagas caso, Cris. Lo ha pasado estupendamente. Pero ya sabes que él con tal de no moverse de casa... —dijo dirigiéndose a la escalera para subir a su habitación—. Anda, ven conmigo y cuéntame. ¿Has sabido algo de tu tío Rafael?

Su hija la siguió pero no le habló de nada que quisiera escuchar. Solo le comentó las novedades de los vecinos y poco más. Nada de ella misma, de sus amigos y mucho menos de su trabajo.

—Rafael ha llamado esta mañana para decir que regresaba el domingo.

—Bien, y ya te aviso que no quiero discusiones.

Cris lanzó un suspiro y estuvo a punto de contestar, pero se contuvo. Se llevaba mal con su tío. A este le gustaba meterse en su vida e intentaba enmendar su vida espiritual. Ella había terminado por cogerle manía y evitaba

conversar con él, algo que era imposible ya que el hermano de su madre pasaba más horas allí, en la finca, que en su propia casa.

—¿Me has oído, Cris?

—Sí, mamá. Tranquila. Diga lo que diga no opinaré nada. No abriré la boca, si es lo que quieres.

Su madre movió la cabeza de un lado a otro. Sabía que lo último que haría Cris sería callarse cuando Rafael comentara algo con lo que no estuviera de acuerdo.

—¿Has salido con Fernando estos días?

Cristina sonrió.

—No, mamá. No me ha llamado ni una sola vez, algo que agradezco. No sabría qué excusa ponerle ya. Si no se da por aludido, es problema suyo.

—Es un buen chico y le gustas.

El sonido del teléfono interrumpió la conversación. Cristina se apresuró a descolgar y cuando escuchó la voz de su tío saludando, miró a su madre y haciendo una mueca de disgusto, dijo:

—El tío Rafael.

\*\*\*\*\*

Mientras, Marcos disfrutaba de una estupenda cena al lado de su nuevo amigo. Le habló de su novia, Estela, y de que solo esperaba estar un año en la ciudad, porque llevar una relación en la distancia era difícil y la echaba mucho de menos.

Empezaron a conversar sobre chicas y Marcos le explicó cómo horas antes había quedado eclipsado por la belleza de una joven con la que se había cruzado en el estanco, comprando tabaco.

—Y ¿cómo era? —preguntó Fran con curiosidad—. Puede que la conozca. Esta ciudad es pequeña, es posible que la haya visto alguna vez, y si es de nuestra edad, con más razón, porque todos solemos parar en los mismos

sitios.

Él la describió con todo lujo de detalles, pero Fran no se dio cuenta de sobre quién hablaba hasta que Marcos mencionó el Volkswagen blanco.

—Claro que la conozco. Su nombre es Cris. Mejor dicho, Cristina, pero todo el mundo la llama Cris.

—¿Comprometida? —preguntó Marcos con curiosidad.

Fran negó con la cabeza.

—No que yo sepa, pero tiene varios candidatos que estarían encantados de ser su pareja.

—No me extraña...

Fran lo miró muy serio.

—No es de ese tipo de chicas.

Marcos sonrió e hizo un gesto, dándole a entender que no sabía a qué se refería.

—Nunca se liaría con un hombre comprometido, con novia y con serias intenciones de casarse. Y me acabas de decir algo parecido ¿no?

Su amigo sonrió ante el comentario.

—Nunca le he sido infiel a mi novia si es lo que estás pensando —afirmó mientras sacaba un cigarrillo del paquete de tabaco que estaba sobre la mesa.

—No, si es cosa tuya. Yo no pienso meterme en tu vida —respondió Fran.

Marcos se quedó durante unos segundos en silencio, dándole vueltas al cigarro sin decidirse a encenderlo. La curiosidad le pudo y preguntó:

—¿Tanto la conoces?

—No mucho, pero si quieres que te la presente, solo tienes que decírmelo.

Su amigo negó con la cabeza.

—No, no hace falta.

—Vale...

Fran estaba mintiendo. Conocía a Cris porque formaba parte de su pandilla de amigos. Además él y su novia, Nuria, trabajaban con ella en la academia de idiomas.

—Estoy pensando que ya que no conoces a nadie, puedes unirme a nuestro grupo y salir con nosotros. Intentamos divertirnos de forma sana. Somos unos cuantos, y solo hay dos parejas. El resto está libre. Si te animas, puedes venir

cuando quieras.

—Muchas, gracias, Fran. Estaré encantado de ir con vosotros —  
respondió sonriente.

—Pues mañana, que es viernes, quedamos. Ya te diré la hora.

—De acuerdo. ¿Quieres otra cerveza?

—No, es tarde. Déjalo para mañana.

—Como quieras.

Poco después se despidieron. Marcos se acercó a una cabina de teléfono para llamar a su novia. Media hora más tarde, ya en su apartamento, se sintió abatido y triste. No le gustaba estar tan solo. Pensó en Estela y en el tiempo que tardaría en volver a verla. Cerró los ojos y la imagen de la chica rubia se cruzó en su mente sin quererlo. No le importaría conocerla, pensó por un momento, pero al instante rechazó ese pensamiento. Estaba enamorado de su novia y no debería preocuparse de nadie más. Con un poco de suerte, los días pasarían volando y pronto podría tenerla entre sus brazos. Después de todo estaban en octubre y la Navidad quedaba a la vuelta de la esquina.

Se consoló con esa idea, ya habían pasado un curso entero separados y podrían superar otro más. Estaba seguro de que todo iba a salir bien, no había motivos para pensar lo contrario.

\*\*\*\*\*

En casa de los Klein la cena transcurría tranquilamente. Cris se dedicó a explicar su nuevo horario de trabajo y comentar la ilusión que le producía encargarse de nuevos grupos de alumnos, asegurando que estaría ocupadísima y que no tendría tiempo para nada, ya que incluso los sábados iba a dar clase a adultos, algo que no había hecho hasta entonces.

Su madre la miró y torció el gesto.

—No sé por qué te empeñas en trabajar ahí pudiendo aspirar a mucho más —dijo después de limpiarse con la servilleta.

—No quiero discutir más ese tema, mamá —protestó su hija.

—No empecéis otra vez —refunfuño Héctor.

—Es que siempre estás igual, mamá. Y estoy cansada de escuchar constantemente lo mismo, cada vez que hablamos de trabajo.

—Déjalo ya, Cris. Me gustaría poder cenar sin oídos discutir.

—Si de verdad me escucharas —volvió a decir Ana, ignorando lo que acababa de decir su marido—, pero como solo aceptas los consejos de tus amigos, especialmente de tu amiga Laura —reprochó—, así te va. Tanto que nos hemos gastado en tu educación y no tienes más aspiraciones que dar clase en una academia que ni siquiera es tuya.

—Mamá, por favor. Déjame tranquila.

—Sí, Ana. Acabamos de llegar. Tengamos la fiesta en paz.

Cris sonrió a su padre, mientras que su madre optó por callarse y no volver a mencionar el tema.

Cris había querido siempre arreglarse la vida por su cuenta y buscar un trabajo que no tuviera que ver con la influencia de su familia. Deseaba algo que le hiciera sentirse ella misma y no la hija o sobrina de los Klein. Por otro lado, había pasado mucho tiempo lejos de sus padres y se había sentido muy sola. Cuando regresaba en vacaciones, su madre la llevaba a todos los actos religiosos a los que asistía, también a reuniones en casa de matrimonios para que hiciera amigos entre los retoños de sus amistades. Ella odiaba esas reuniones y solía perderse en una esquina para leer cualquier libro o cómic que llegara a sus manos. Como era bastante tímida, hablaba poco y se ganó la fama de ser poco sociable. Su madre no hacía otra cosa que reprocharle su actitud. Cris respondía que se aburría mucho.

Era su frase favorita, algo que exasperaba a Ana. ¿Cómo podía aburrirse? Tenían piscina para bañarse, sitios por donde correr y saltar, varios chicos y chicas con los que charlar y divertirse; pero no, su hija se aburría y prefería leer o jugar en solitario.

La única que pudo entender lo que la niña deseaba fue Veva. Cristina solo anhelaba sentirse en un hogar y permanecer más que unas vacaciones conviviendo en familia.

Ahora, de adulta, había rechazado la oferta de trabajar en Madrid junto a su tío y sus primos en la empresa familiar al terminar sus estudios, y decidió volver a la casa. Se había buscado sus propios amigos, pues el haber estado



tanto tiempo lejos le había desligado de sus poquísimas amistades, la mayoría hijos de los matrimonios conocidos de sus padres con los que había tratado en alguna ocasión, pero que ahora tenían ya sus propias vidas. Algunas ya se habían casado y otras trabajaban o estudiaban fuera de la provincia. Solo quedaba Fernando. No tenía ningún interés en salir con él.

Nuria la introdujo en su grupo de amigos y Cris encontró en una chica llamada Laura el apoyo y la amistad que siempre había querido tener. Aunque Laura era casi cinco años mayor que ella, pudo adivinar que en los ojos claros de Cris había cierta languidez y tristeza; sin duda, no buscaba otra cosa que afecto y cariño. Sus modales siempre educados y amables habían encandilado a casi todos los que formaban esa pandilla de amigos. ¡Qué decir de su bello rostro de princesita de cuento! Había vuelto loco al más ligón del grupo, Juanjo, haciendo que se desviviera por ella, aunque de ningún modo era correspondido por la joven.

Por supuesto, su madre desaprobó sus nuevas amistades y rezaba en silencio para que no se enamorara de ninguno de aquellos muchachos. Pensar que Laura vivía con su novio sin estar casada, le indignaba. Eran demasiado modernos para su gusto y por más que discutían, su hija hacía oídos sordos a sus consejos afirmando que era una anticuada, pues esas cosas ya no tenían importancia alguna. A Cris le importaba muy poco que insistiera en hablarle de moralidad y de valores respetables. Cuando se cansaba de oírla, simplemente se iba, dejándola con la palabra en la boca. Y cuando era su tío Rafael el que intentaba abarcar el tema, desaparecía enseguida y no se molestaba ni en escucharlo. Su padre no se entrometía, pero cuando se quedaba a solas con su esposa solía decirle que Cris ya no era una niña y pensaba por sí misma.

—Piensa lo que tú le has metido en la cabeza. Tanta libertad... tantas tonterías...

Héctor sonreía y se enorgullecía de que su hija tuviera unos pensamientos similares a los suyos, que no tenían nada que ver con los de su mujer o su cuñado.

—Ya estamos en democracia, Ana. Los tiempos han cambiado, gracias al cielo.

\*\*\*\*\*

Cris estaba en casa de Laura tomándose un refresco mientras hablaban del tema más común entre ellas: los hombres.

—Mucho tienes que interesarle a Juanjo para que haya cambiado tanto —afirmó Laura—. Se ha vuelto de lo más formal. Hará lo que le pidas y será tu esclavo con tal de que aceptes la proposición de ser su «novia» —añadió con cierto retintín.

—¿De verdad? Ya sabes que a mí no me gusta nada. En este momento mi corazón no palpita por nadie —dijo entre risas—. No sé si soy muy escogida o muy rara, o tal vez estoy esperando a mi príncipe azul. Supongo que como soy una romántica empedernida, será lo que me pasa. En serio —añadió—, quiero un amor impactante, de esos de película que vencen todos los obstáculos y se aman hasta el final. Sí, ya sé, eso solo existe en el cine —suspiró con decepción.

—Pues seguro que encontrarás uno así si te empeñas. Apuesto a que sí...

—Ya. Y ¿puedes decirme quién es? —preguntó después de dar un sorbo a la Coca Cola que tenía en la mano.

—Tanto como eso... No soy adivina, pero mi intuición me dice que no tardará en aparecer —dijo bromeando—. Es más, estoy convencida de que antes de que termine este año, encontrarás a ese príncipe azul que estás esperando.

—Laura, no te burles.

—Claro que no, pero recuerda que los príncipes azules al final suelen convertirse en sapos.

—Pero recuerda también que al besarlos se vuelven a convertir en príncipes...

—Pues esperemos que tu príncipe azul aparezca pronto —prosiguió bromeando.

—Ojalá, Laura. Ya me gustaría.

Lo cierto era que faltaba menos de una hora para que Marcos Allende

entrara en su vida, y la desbaratara por completo.

Cuando Fran presentó a Marcos a algunos de los amigos que se habían reunido en casa de Laura, Cris lo reconoció. Era el chico que la había mirado con tanto descaro después de salir del estanco, el día antes. Él le tendió la mano un poco avergonzado ante la mirada y sonrisa de Fran, que se imaginaba la sorpresa que le causaría ver a la joven cara a cara.

—Cristina —dijo—, aunque todo el mundo la llama Cris.

—Encantado —afirmó él—. Aunque creo que ya nos hemos visto antes.

Ella sonrió pero no se dio por aludida.

—Ya que está lloviendo, cenaremos aquí —anunció Laura—. He improvisado una cena estupenda, chicos.

A Marcos le extrañó que aquella ligera lluvia les hiciera permanecer encerrados en casa. Él estaba acostumbrado a salir diluviando como si fuera lo más normal del mundo, y así se lo hizo saber a los demás.

—Eso es en el norte —aclaró Fran—, aquí no nos gusta mojarnos.

Marcos estuvo bastante callado durante la velada. No dejaba de sentirse un poco intruso entre ellos, a pesar de que eran muy agradables, divertidos y, algunos, muy habladores. Observó a todos con curiosidad: Laura, una chica morena de pelo rizado, con enormes ojos oscuros; su novio, Pedro, era hermano de Fran aunque no se parecía nada a este. Llevaba unas gruesas gafas y parecía muy tímido, pues apenas hablaba; Nuria, la novia de Fran, de pelo castaño claro, tampoco era de muchas palabras. Juanjo parecía acaparar la atención de dos de las chicas; Flor, la más charlatana del grupo y una tal María Jesús, a la que llamaban Chusi, una joven menudita de cabello rojizo y pecosa, que no paraba de sonreír. Luego, estaba Lucas, un joven fuerte y muy moreno que encendía un cigarrillo tras otro y, por supuesto, Cris. Pensó en cómo Fran le había engañado haciéndole creer que no la conocía. Ahora se sentía arrepentido de haber comentado sobre ella. Seguro que su nuevo amigo había disfrutado mucho presentándole a la joven, que curiosamente no dejaba de mirarlo. Él había intentado no fijarse en ella, pero sus ojos no obedecían a su cerebro y se detuvo a observarla con detenimiento. Le pareció sencillamente preciosa. Quedó embrujado por los ojos verdes y aquel aire

inocente que reflejaba su dulce sonrisa, su piel pálida y las graciosas pecas que bailaban en su nariz. Tenía una voz suave y era extremadamente educada. No tenía nada que ver con Estela, su novia. Eran totalmente opuestas.

A su vez, Cris se sentía inexplicablemente atraída por Marcos, tanto que no pudo dejar de mirarlo, como si algo superior a ella le empujara a hacerlo. Lo encontraba muy atractivo. Tenía unos ojos claros, de esos que cambian de color según la luz. Unas cejas bien dibujadas y unos labios finos con unos dientes blancos casi perfectos; una nariz arqueada, una barbilla marcada por una pequeña cicatriz y una fascinante sonrisa que la cautivó. Su cabello era algo ondulado, de color castaño oscuro. Alto, de aspecto atlético aunque no tan fuerte como Juanjo ni Lucas. Aun así le pareció lo más atractivo que había visto en los últimos meses. No tuvo más remedio que dejar de mirarlo por no ponerse en evidencia, ya que sus miradas se cruzaron en diferentes ocasiones haciendo que uno de los dos desviara la vista con rapidez.

Cuando la velada llegó a su fin y decidieron volver a sus casas, Marcos volvió a observarla con precisión mientras bajaban la escalera. Era bastante alta para ser mujer, y aunque estaba delgada, tenía un cuerpo moldeado con bellas formas femeninas.

Cris se despidió de sus amigos con una sonrisa, la misma que le dirigió a él.

—Encantada de conocerte, Marcos.

—Lo mismo digo —respondió sonriendo—. Ha sido un placer.

La vio subir al coche y luego desaparecer calle abajo. No pudo descifrar por qué pero algo se sacudió en su interior, imaginando que en su destino y el de aquella preciosa joven estaría escrita la palabra «amor».

Dos horas más tarde, mientras ella trataba de conciliar el sueño, pensaba en él.

Pensó que podría describirlo con todo tipo de detalles, ya que su imagen se había quedado clavada en su mente. Cerraba los ojos y podía recordar su sonrisa, sus gestos... describir su ropa y hasta el aroma de su colonia, tan masculina. En ese momento, deseó volver a verlo.

\*\*\*\*\*

## Capítulo

# 2

LA llegada de Marcos provocó un gran revuelo a todos los del grupo. Flor, la otra chica que estaba sin pareja, quedó también fascinada por el encanto del joven y las otras, entre las que se encontraba Cris, no pudieron evitar sentirse atraídas por el recién llegado. Ya no hizo tanta gracia su presencia a Juanjo, que vio en él a un serio competidor, sobre todo desde que percibió el embelesamiento de las jóvenes por él. Pero Marcos nunca ocultó que tenía novia. Y a más de una le desilusionó escucharlo, aunque todas admitían que un hombre tan atractivo no podía estar libre y sin compromiso. Cris era una de ellas y se dijo que eso le ocurría por soñar despierta. No podía negar que Marcos le gustaba, le gustaba como hacía tiempo no le atraía ningún hombre. A veces le parecía que a él tampoco le resultaba indiferente, algo que le agradaba aunque al mismo tiempo le acobardaba, ya que después de todo, él había hablado varias veces de sus planes de formar una familia con su novia de toda la vida, quizás para el siguiente año.

A Ana Estévez no le pasó desapercibido el cambio producido en su hija de un día para otro. Se preocupaba por salir bien arreglada y cada vez pasaba más horas fuera de casa junto a sus amigos. Su estado de ánimo era variable, lo mismo estaba radiante de felicidad que se encerraba a tocar el piano o parecía flotar en una nube sin prestar atención a nada, con un semblante taciturno y

cabizbajo; otras veces salía despavorida cuando sonaba el teléfono para atender la llamada, como si en ello le fuera la vida. Se encerraba en su habitación y escuchaba música de baladas románticas que hablaban de amor y desamor, o cenaba y comía junto a sus padres sin pronunciar palabra, ajena a las conversaciones de ambos.

Su madre se imaginó que le inquietaban asuntos relacionados con el amor y se sorprendió de lo poco que sabía de la vida sentimental de su hija. Tal vez no le daba demasiada confianza para que Cris tratara esos temas con ella.

—¿Es que vas a salir a estas horas? —preguntó al verla tan arreglada cerca de las ocho de la noche.

Cris asintió.

—Y ¿se puede saber a dónde vas? —preguntó con curiosidad.

—Ya te lo dije, mamá. He quedado con mis amigos —respondió mientras revisaba el bolso.

—¡Tus amigos! Siempre tus amigos. ¿No sabes decir otra cosa? Y por cierto, ¿sabes qué Fernando te ha llamado dos veces esta semana?

—Me importa muy poco Fernando. Ya sé que para ti sería el marido ideal, pero no me interesa. Es más, no lo aguanto.

—¡Cristina, por favor! No me gusta nada que hables así. Si al menos le dieras una oportunidad. Es que nunca lo has intentado. Es un buen muchacho. ¿Por qué no sales alguna vez con él? Y...

Su hija soltó un bufido y se fue, sin dejar que terminara de hablar mientras que su madre lanzaba un suspiro. Se preguntaba por qué últimamente era tan difícil tratar con Cris. Todo parecía molestarle, sobre todo cuando intentaba darle consejos que consideraba esenciales para su vida. Lo cierto es que ya no sabía cuándo había perdido a aquella dulce niña, que fue cambiando tanto según entraba en la adolescencia.

Recordaba esa etapa con claridad. Con casi trece años había tenido su primera regla y aunque siempre había sido muy alta para su edad, entonces sobrepasaba a la mayoría de su clase. Su pelo rubio dorado pasó a ser más pajizo, su esbelto y larguirucho cuerpo fue tomando formas de mujer. Era totalmente una Klein y poco tenía de los Estévez. El pelo, los ojos verdes, el tono pálido de su piel, eran la herencia de su sangre germánica. Se parecía mucho a su padre. Aunque era bonita, a los trece años se sentía como un patito feo. Llevaba aparato corrector en los dientes y su blanca piel no le

causaba ninguna alegría.

A los quince se creyó enamorada por primera vez de un compañero de un campamento francés, pero era demasiado tímida para acercarse a él. Se hicieron amigos, aunque la amistad se rompió cuando el chico le confesó que tenía una novia francesa.

En las Navidades anteriores a su ingreso en la facultad tuvo numerosas discusiones con su madre que deseaba que estudiara en una universidad privada y por supuesto católica, algo con lo que su hija no estaba de acuerdo. Sin embargo su madre, una vez más, acabó saliéndose con la suya.

\*\*\*\*\*

Solo su amiga Laura conocía una parte de su vida desconocida para el resto. Cris le confesó que en los primeros cursos en la universidad fue una estudiante modelo, nada de líos con los chicos y centrada en los libros. Pero en el penúltimo año conoció a Raúl, y este cambió su perfecta condición de alumna ejemplar. Solía quedarse atónita cuando otras compañeras relataban con todo tipo de detalles su escarceos sexuales con los estudiantes masculinos, mientras que ella solo sabía lo que había leído en los libros, que no era mucho, y desconocía casi todo de los hombres. Con Raúl experimentó todos los placeres de los que sus compañeras hablaban. Como todas las demás, se cuidó de tomar la píldora y su enamoramiento se hizo notar hasta en las notas de alguno de sus exámenes, ya que muchas horas de estudio las pasaba entre los brazos del joven. En Semana Santa se abstuvo de comentarlo a sus padres, sabía que a su madre no le agradaría y además estaba convencida de que esta creía que continuaba siendo virgen. Nunca habían hablado de sexo entre ellas. De la regla y poco más. Ana no se consideraba preparada para hablar de temas tan íntimos con una adolescente, dando por seguro que el resto lo aprendería en el colegio o con las compañeras. Su hija olvidó todos sus temores y tabúes junto a Raúl, hasta que descubrió que la engañaba con otra chica. Se sintió desolada por la traición, tiró las píldoras a

la basura y ya no hizo otra cosa que estudiar sin descanso para no pensar. De nada sirvieron los consejos de sus compañeras asegurándole que el mundo no se acababa con ese chico, porque ella ya no deseaba confiar en ningún otro, y aunque tuvo algunos pretendientes, decidió ignorarlos. Tampoco le atraían lo suficiente como para salir con ellos.

No pudo mentir a Laura sobre lo que estaba sintiendo por Marcos.

—Ya sabes que tiene novia —le dijo Laura.

—Lo sé, pero está lejos —afirmó, esperando que su amiga le diera ánimos.

—Eso no importa, si existe el amor de verdad. Lo que pretendo decirte es que no te hagas ilusiones con él. Es muy posible que le gustes, casi seguro, pero está solo y es fácil que pueda confundir sus sentimientos, o tal vez quiera tener una aventura contigo, pero eso no significa que vaya a romper con su novia oficial.

—Ya lo sé. No hace falta que me lo recuerdes continuamente. Tiene novia, lo sé —afirmó con decepción.

—No pienses que deseo meterme en tu vida, Cris. No es eso. Solo que no me gustaría que lo pasaras mal por un hombre sin necesidad.

Su amiga esbozó media sonrisa y afirmó, no muy convencida:

—No te preocupes. No creo que seamos más que buenos amigos.

Laura estaba segura de que a Marcos le gustaba Cris y temía que solo buscara en ella un pasatiempo. Su amiga no era la chica más apropiada para una aventura. Pecaba de sensible y vulnerable. Emocionalmente era inmadura, adoraba que la quisieran y la mimasen aunque detrás de aquel aspecto tímido y frágil se hallaba una mujer inteligente y muy segura de lo que deseaba de la vida, pero era demasiado confiada y no veía malas intenciones en nadie.

—Es tan encantador —dijo poco después.

Su amiga sonrió y movió la cabeza de un lado a otro. Por mucho que intentara esconderlo, no había ninguna duda de que Cris estaba enamorándose de Marcos a pasos agigantados. Todos se habían dado cuenta.



Por otro lado, Marcos se sorprendió a sí mismo pensando en Cris. Reconocía estar obsesionado con ella. Estela, con la que hablaba todas las semanas, parecía estar cada vez más lejos, y no solo físicamente. Eso al mismo tiempo le atormentaba y mortificaba. También Flor había empezado a coquetear de forma descarada con él. Trataba de evitarla y mostrarle indiferencia, a la vez que Juanjo se sentía herido por la adoración que el nuevo intruso despertaba en Cris, mientras que a él no le hacía ningún caso. Las relaciones entre el grupo de amigos se vieron alteradas con la presencia de Marcos, que admirado y envidiado sin quererlo, se convirtió en el centro de atención de todos ellos.

\*\*\*\*\*

Cristina buscaba las llaves de su coche dentro del bolso. Eran casi las diez de la noche y acaba de salir de casa de Laura. Hacía un frío seco y helado. Juanjo, que caminaba por la acera de enfrente, al verla cruzó para saludarla.

—Hola, Cris —dijo sonriendo.

Ella sonrió al tiempo que él la contemplaba de arriba abajo con detalle, como solía hacer siempre.

—¿Quieres venir a tomar algo conmigo? —preguntó mientras se abrochaba la cazadora de cuero.

—¿Eh? Oh, no. Es muy tarde. Tengo que irme a casa —respondió mirándolo.

—Sí, claro, conmigo nunca tienes tiempo —afirmó disgustado—. Anda, ánimo —prosiguió acercándose a ella.

—No, no puedo. Además es tarde y estoy cansada. Otro día.

Abrió la puerta del auto y se volvió para despedirse de él. Juanjo se acercó más y sonrió.

—¿Te pongo nerviosa? —preguntó con chulería.

—Claro que no. Qué tontería —exclamó con una sonrisa forzada.

—Entonces ¿me das un beso?

Ella lo miró incrédula.

—Vamos, no creo que seas tan estrecha como aparentas. Dame un beso...  
—dijo pegándose a ella.

—Pero ¿qué te has creído? —respondió aturdida.

Él se empezó a reír con burla.

—Solo era una broma, Cris. ¡Hasta te has puesto roja! ¿No te han besado nunca o qué?

Ella no se molestó en contestar. Entró en el coche y se largó de allí, ofendida. Llegó a casa nerviosa y de mal humor. Para colmo su tío Rafael, como todos los viernes, se encontraba junto a sus padres en el salón y pasaría con ellos todo el fin de semana.

Decidió entrar por la puerta de atrás para no tener que saludar a nadie y subió a su habitación. Poco después bajó a la cocina y se dispuso a cenar lo que Veva le había dejado en el horno. Su madre entró de pronto y ella, que estaba distraída, se sobresaltó.

—¿Es que ya no saludas a nadie? ¿Qué es eso de entrar en casa por la puerta de la cocina como si fueras la chica de servicio?

Su hija la miró con desgana y no contestó.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada? ¿Estás segura? Pues traes una cara... —dijo acercándose.

—Pues claro que estoy segura.

Ana la miró fijamente. Parecía estar estudiándola con detalle. Cris se sintió incómoda.

—¿Pasa algo, mamá? —preguntó Cris a modo de protesta.

Ana no respondió. Se acercó a la nevera y sacó una botella de leche mientras que su hija seguía cenando y deseando que la dejara sola. Pero su madre se sentó frente a ella, dispuesta a tomarse el vaso de leche en su compañía.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó de pronto—. Es decir, ¿tienes novio?

—No, mamá. Puedes estar tranquila, no estoy saliendo con nadie ni tengo novio si es lo que te preocupa.

—Me preocupan muchas cosas, hija. Entre ellas, que sigas perdiendo el tiempo con esos amigos con los que sales y no le des una oportunidad a Fernando de conocerte, ni de que lo conozcas tú a él.

—Vamos, mamá. Nos conocemos desde que éramos niños.

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—No pienso cambiar de amigos porque a ti no te gusten. Son unas personas estupendas y me divierto mucho con ellos. Según tú, no son de mi clase —dijo con tono jocoso—, pero lo cierto es que no tienes ni idea de cómo son porque nunca te has preocupado de conocerlos. Las veces que Laura ha venido aquí, se dio perfecta cuenta de que no era de tu agrado, y como ella pensarán todos los demás. Es la pura verdad, mamá. No pienso dejar de salir con ellos porque a ti no te agraden. Ya soy mayorcita para elegir a la gente con la que quiero estar, ¿no te parece?

—Muy bien. Espero que por lo menos no estés enamorada de alguno de esos muchachos.

Cris soltó un bufido.

—No, no lo estoy. Quédate tranquila.

Su madre se alegró de oírlo. Llevaba días pensando que tenía algún novio que desconocía.

—Bien.

—¿Y qué pasaría si lo tuviera? ¿Es algún pecado, acaso? —preguntó molesta—. No, mamá, no empieces con tu rollo de la diferencia de clases. Eso ya no es de este siglo.

—No quiero oírte decir más tonterías, Cristina. Cada vez te pareces más a tu padre.

—Gracias al cielo que me parezco a él y no a ti.

Ana la miró con severidad, pero no quiso enzarzarse en una discusión que no iba a llegar a ninguna parte. Se disponía a salir de la cocina cuando de pronto se giró y se acercó de nuevo a la mesa.

—El domingo es el cumpleaños de tu tío Rafael. Nos ha invitado a comer. Vas a venir con nosotros. No busques excusas ni hagas planes. Es un evento familiar al que debes asistir.

—¿En serio? —respondió sonriendo—. Por fin nos honra con una invitación después de que lleva casi un siglo viviendo gratis en esta casa. Ya

era hora... —añadió burlándose.

—No vuelvas a decir eso, y ten un poco de respeto —inquirió su madre con voz enérgica—. Y cuando termines de cenar, ten la delicadeza de ir a saludar. ¿Me has oído?

Cris no respondió, pero torció el gesto.

—¿Me has oído? —repitió su madre enfadada—. O ¿es que no sabes comportarte?

—Sí, mamá. No estoy sorda. Ni tengo cinco años.

—Pues a veces parece que los tengas.

—Uffff...

\*\*\*\*\*

Su tío Rafael era el único hermano de su madre. Había estudiado en un seminario y estuvo a punto de ingresar en el sacerdocio. Sin embargo desistió al creer que no tenía suficiente vocación. Desde hacía años se dedicaba a la enseñanza dando clases en un colegio religioso de la ciudad y vivía en un pequeño apartamento, aunque todos los fines de semana los pasaba con su hermana y su cuñado en el campo. A pesar de ser de la misma edad que Héctor parecía más viejo. Tenía numerosas amistades, sobre todo en el ambiente eclesiástico, pero nunca se le había conocido pareja ni líos con mujer alguna. Junto a su hermana, disfrutaba de las actividades de la parroquia: ambos pertenecían a un grupo de oración, iban a misa casi a diario y ofrecían una imagen virtuosa que ni su cuñado ni su sobrina compartían.

Cristina había quedado saturada de misas, rezos y confesiones en el internado católico de Inglaterra, y no quería saber nada del tema. Sus opiniones estaban muy lejos de las de su madre y su tío. Ella congeniaba con las ideas de su

padre: agnóstico y liberal, rechazando todos los principios puritanos y morales de una doctrina que ambos consideraban desfasada para los tiempos que corrían. No podía soportar a su tío. Lo consideraba más anticuado que a la propia Iglesia, y lo veía como a un cura sin sotana. Él la agobiaba con consejos para que enmendase su vida espiritual y no se saliera del camino recto. Pero nunca estaba por la labor de escucharlo y acababan discutiendo, para disgusto de su madre que veía en su hermano a un ejemplo de virtudes.

Sus padres se habían conocido en Madrid. Ella trabaja como secretaria de un conocido de Héctor y poco después de conocerse, empezaron a salir como novios. En menos de un año, se casaron. Ana dejó su trabajo y se dedicó en exclusiva a su marido. Se trasladó a vivir a un enorme piso, situado en las mejores zonas de la ciudad, y empezó una vida muy distinta a la que había conocido hasta entonces. Héctor la introdujo en los ambientes que solía frecuentar y su esposa se convirtió en la «señora de Klein». Se adaptó enseguida y se olvidó para siempre de los difíciles momentos de su infancia y juventud. Quince meses después nació su única hija, ya que el destino no quiso concederles más vástagos. Viajó y conoció mundo. Borró de su memoria sus humildes orígenes prefiriendo pensar que nunca habían existido. Apenas tenía familia, solo unos primos en su pueblo natal y a su hermano, al que adoraba. Por eso no podía soportar que su rebelde hija hiciera caso omiso de sus advertencias de no faltar al respeto y tener consideración con Rafael.

\*\*\*\*\*

Cris obedeció a su madre y, terminada la cena, fue a saludar a su tío y a su padre. Minutos después, alegando que estaba muy cansada, decidió irse a su habitación. Estuvo leyendo hasta tarde y cuando apagó la luz, no pudo dejar de pensar en Marcos. Llegó a la conclusión de que su vida sentimental era un

auténtico desastre. Estaba loca por volver a sentir los besos y caricias de un hombre. Acurrucada entre las sábanas, pensaba en ello. Cerró los ojos intentando imaginarse cómo sería un beso de Marcos, de qué forma besaría y que le haría sentir... No iba a verlo en los próximos días, ya que había aprovechado el puente de noviembre para ir a visitar a su familia y a su novia. Algo que, aunque no quisiera reconocerlo, la llenaba de celos. Ya ni recordaba el placer del sexo, aunque de vez en cuando se rendía en ensoñaciones perdiéndose por su propio cuerpo, deseando estar entre los brazos de Marcos, imaginándose sus caricias y sus besos, haciendo el amor... se dejaba llevar por sensaciones muy placenteras, ahogando sus suspiros en la oscuridad de su habitación, lo que sin duda escandalizaría a su puritano tío y a su madre.

ESTELA estaba ansiosa por abrazar a Marcos, así que aprovecharon los pocos días que estuvieron juntos para satisfacer los deseos escondidos en la larga ausencia. Ella vivía en un pequeño apartamento frente a la playa y allí volvieron a revivir encuentros pasados, haciendo el amor hasta quedar exhaustos.

Estela, acurrucada junto a él, se sentía radiante y feliz, pero percibió que su novio estaba demasiado callado y pensativo. Lo notó extraño.

—¿Qué te pasa? —preguntó incorporándose.

—Nada... —respondió tratando de sonreír.

—Te encuentro distinto. Estás muy raro, como ido...

—Estoy cansado. Además pensaba en que mañana ya tengo que irme.

—Bueno, pero enseguida tenemos ahí la Navidad.

—Sí, claro —dijo mientras se levantaba de la cama—. Me voy a vestir. Ya es tarde.

—Pero, Marcos, todavía tenemos tiempo. Espera...

Él no respondió y se dirigió al cuarto de baño. Le había mentido. No podía decirle que llevaba varios días pensando en otra mujer. Creyó que al ver a su novia, todo volvería a ser como siempre y que Cris habría dejado de existir. Pero no, no había sido así. La veía cuando cerraba los ojos y besaba a Estela o la acariciaba. Esto le producía un gran sentimiento de culpa, porque comprendió que estar con su novia le hacía ver lo mucho que deseaba a Cristina Klein.

Estela tenía un bonito cuerpo. Su rostro era simpático pero no bello, con ojos demasiados pequeños y una nariz respingona que le daba un aire singular, sin embargo sus modales y maneras distaban mucho de los suaves gestos de Cris. Tenía un fuerte tono de voz. Y siempre se reía a carcajadas. Se enfadaba con facilidad y tenía mucho carácter, así que Marcos solía ceder siempre ante sus caprichos.

Ella entró en el baño tras él y decidida, empezó a besarlo de nuevo sin que él fuera capaz de responder.

—Perdona, Estela. Estoy cansado —alegó—. Y es muy tarde... —volvió a decir.

Ella se sintió ofendida por su rechazo y se mostró enfadada el resto de la noche. Cenaron con unos amigos y se despidieron cerca de las dos de la madrugada. Fue una despedida extraña, más bien fría. Estela adivinó que lo estaba perdiendo y se le escapaba, pero no fue capaz de decirle nada o preguntarle los motivos de su actitud. Prefirió pensar que pronto llegarían las vacaciones navideñas y estarían juntos de nuevo.

Cuando Marcos volvió a ver a Cris dos días después, se sintió más que feliz. Contemplar otra vez su dulce rostro, su bonita sonrisa y los preciosos ojos verdes le hizo entender que jamás podría compararla con su novia. En esos días siguientes, Marcos no tenía ojos para nadie más que para Cristina. La seguía continuamente con la mirada y le sonreía con mucha ternura. Había largos silencios entre los dos y mucho nerviosismo. Cualquiera que los hubiera observado se habría dado cuenta de la fuerte atracción que sentían el uno por el otro, y al resto de sus amigos no les fue indiferente la actitud de ambos.

Sin embargo, Cris deseaba superarlo, ignorarlo, sacarlo de su mente y de su corazón. Pero cuando lo veía frente a ella, todos sus buenos propósitos se esfumaban. Entonces se angustiaba porque no era capaz de disimular lo suficiente y se iba tras él queriendo acapararlo para sí. Casi siempre caminaba pegada a él y se avergonzaba al pensar que todos los demás se habían dado cuenta de su enamoramiento. Era entonces cuando cambiaba de actitud e intentaba aparentar indiferencia sin conseguirlo, pues detestaba ponerse en



evidencia.

—Sinceramente —dijo Laura—. No entiendo esa rivalidad entre Flor y tú por un hombre con novia, comprometido y con serias intenciones de casarse.

—Laura, vaya ánimos que me das —protestó Cris—. Ya sé que tiene novia. No hace falta que me lo repitas constantemente —dijo mientras se quitaba la chaqueta.

Laura sonrió.

—¿No querías un amor pasional, de esos de película? Pues ya lo tienes. Eso te pasa por desear amores complicados —añadió bromeando.

Cris no dijo nada. Se quedó pensando en las palabras de su amiga. Tenía que reconocer que se había enamorado perdidamente de Marcos. No sabía si era un amor de película, pero por lo menos deseaba ser correspondida. Algo que no tenía nada claro. En ocasiones Marcos parecía demostrar que tenía sentimientos hacia ella, pero otras veces la esquivaba. Quizás Laura tuviera razón y era absurdo mortificarse por un hombre tan comprometido como él. Por lo que sabía, seguía con su novia. En ningún momento habló de que la relación fuera mal, todo lo contrario. Puede que tuviera que dejar de pensar en él de una vez por todas, así se sentiría mucho mejor.

Pero por más que lo intentó en los días sucesivos, no pudo conseguirlo. Le era imposible apartarlo de la mente. Marcos estaba demasiado presente en sus pensamientos. No sabía cómo solucionarlo y tampoco estaba convencida de que tuviera que hacerlo.

—No sé, Laura. Por más que lo intento, no hago otra cosa que pensar en él. Nunca me había pasado nada igual. Nada —afirmó agobiada.

—No sé qué aconsejarte, Cris. Deja que el destino decida por ti.

—Pues vaya consuelo... —respondió con decepción.

\*\*\*\*\*

Fue Flor la primera en atacar. Se las arregló para irse al mismo tiempo que

Marcos una noche que salían de casa de Laura. Por cortesía, él decidió acompañarla hasta su casa, que estaba a cierta distancia de donde se encontraban. Hablaron del trabajo, de la familia, de la Navidad que ya estaba cerca... hasta que ella le preguntó directamente por la relación con su novia.

—Supongo que es muy difícil llevar una relación en la distancia —insinuó, esperanzada de que Marcos lo confirmara.

—Lo es. Pero no imposible. De momento, nos va bien.

Permanecieron callados unos minutos hasta que Flor insistió en pararse a tomar algo, en una cafetería que estaba al lado del portal.

—No, es muy tarde. Mejor no —respondió él tratando de escabullirse.

—¿Qué pasa? ¿Me tienes miedo? —preguntó con descaro.

—¿Yo? —exclamó sorprendido—. No sé por qué iba a tenerlo. ¿Debería...?

Ella sonrió y lo miró coqueta.

—Ah, no sé. Tú sabrás... —respondió sin perder la sonrisa.

Aceptó la propuesta. Estuvieron más de media hora juntos. Ella le confesó que estaba loca por Juanjo, aunque sabía que no tendría nunca una oportunidad.

—Insiste, nunca se sabe... —aconsejó Marcos.

—¿Para qué? Todo el mundo sabe que se muere por los huesos de Cris, aunque ella sea la única chica de esta ciudad que no desea liarse con él —dijo con cierto desprecio.

—Tal vez no sea su tipo —dijo por decir algo.

—Claro, ahora su tipo eres tú.

Él puso gesto de sorpresa ante la afirmación de Flor. Sonrió.

—¿Yo? —preguntó mirándola después de dar un sorbo al café.

—Venga, no te hagas el tonto. ¿Acaso no te has dado cuenta de que está coladita por ti?

—Pues no. No sé por qué me dices eso —mintió.

—Vamos, no eres ningún chiquillo. ¿Cuántos años tienes, veintisiete, veintinueve? Y además, no creo que seas nada tonto. Todo el mundo lo sabe, y tú también. Sois el cotilleo de todos los demás, para que lo sepas.

Él volvió a sonreír. Le confirmó que tenía veintinueve años y aunque ella intentó sonsacarle para saber qué sentía hacia Cris, Marcos no afirmó ni negó

nada. Más bien le pareció que la conversación iba demasiado lejos y buscó una excusa para irse. No tenía ninguna intención de confesarse con nadie y mucho menos con Flor, por muy simpática que se quisiera hacer intentando ganarse su confianza.

Le parecía terrible pensar en Cris y no en Estela, pero parecía estar hechizado por la joven. Ni él mismo sabía explicar el torbellino de sensaciones que le producía verla o estar a su lado. No podía negar que a veces no fuera capaz ni de concentrarse en lo que estaba haciendo cuando recordaba su rostro, sus gestos, su sonrisa...

Se quedó atónito cuando el viernes al mediodía, al abrir la puerta de su apartamento, se encontró a Estela cargada con una maleta y un par de bolsas, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Estela! ¿Qué haces aquí? —exclamó aturdido.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó soltando el equipaje para abrazarlo.

Le explicó que aún quedaba una semana de vacaciones y que había decidido compartirlas junto a él, y darle una sorpresa sin avisarlo antes.

—¿No te gusta la idea? —dijo después de besarlo—. Pedí unos días...

—Claro, pero podías haber avisado... no te esperaba y...

Ella no dejó que terminara la frase y volvió a besarlo con ansia, una y otra vez mientras le desabotonaba la camisa.

—*Hum...* estoy encantado de volver a verte, Estela.

Hicieron el amor y ella se sintió feliz. Después de la última despedida se había quedado preocupada. Ahora estarían juntos una semana y luego regresarían a casa para pasar las fiestas de Navidad en familia, y hasta que Marcos volviera el siete de enero a Mérida, aún quedaba mucho tiempo. No pensaba separarse de él ni un solo minuto.

Poco después él se fue al instituto y ella decidió echarse a dormir un poco durante su ausencia. Marcos pensaba que ahora tenía que presentar a su novia a sus amigos. Se sintió inquieto. Decidió que lo haría al día siguiente, esa noche estaría solo con ella. Estela había recorrido muchos kilómetros para estar con él. Se lo debía, era lo mínimo que debía hacer. Dedicarle su tiempo y disfrutar juntos de los placeres del sexo. Esa idea le confortó. Mejor no pensar en los días sucesivos y mucho menos en Cristina Klein.

Por su parte, Cris se quedó perpleja cuando se enteró de que Estela estaba

en la ciudad. Fran acababa de decirles que Marcos no saldría esa tarde por ese motivo. Ella no pudo evitar sentirse celosa y pensó en lo mucho que le mortificaría verlos juntos. No dejaba de pensar en él en las horas siguientes. Era algo que no podía controlar.

Esa misma noche, Juanjo, cansado de su total indiferencia, decidió invitar a Flor a cenar. Bebieron más de la cuenta y acabaron enfrascados en una relación sexual después de que ella le confesara que estaba enamorada de él. Él se sinceró, le dijo que solo vivía con la ilusión de conseguir a Cris. Acabaron burlándose de ella afirmando que era una mojigata, seguro que todavía virgen y desconocedora de las delicias del sexo. A ella se le escapó decir que Marcos parecía estar interesado por la joven, algo que no le hizo ninguna gracia a Juanjo.

—Tiene novia. No creo que se fije en Cris —contestó molesto.

—Bueno, allá ellos. ¿Qué nos importan? —dijo acercando sus labios—. Bésame... —rogó, ansiosa por sentir de nuevo sus besos y caricias.

Él no dudó. Mientras ella se sintió feliz, para Juanjo solo fue un escape a los meses de castidad que llevaba.

\*\*\*\*\*

Marcos intentó ser el de siempre junto a Estela, pero esta lo conocía demasiado bien y pudo ver que no era el mismo. Aunque él había intentado mostrarse cariñoso y afectuoso, no le prestaba la atención que ella creía merecer. Incluso parecía que estaba rehuendo los juegos sexuales a los que se habían entregado cientos de veces durante su relación de pareja. Cuando ella le preguntó por las nuevas amistades que había hecho en la ciudad, se mostró nervioso, no queriendo dar demasiadas explicaciones y cambiando de tema, haciendo ver que no quería hablar de ellos, aunque al final se los enumeró uno por uno, sin nombrar a Cris para nada. Temía que ella notara algo.

—No sé qué te pasa, Marcos, pero estás muy raro.

—Claro que no, soy el mismo de siempre —respondió sin mirarla.

Ella negó con la cabeza.

—¿Me lo vas a contar? ¿Qué está pasando?

—Nada, Estela. No me pasa absolutamente nada.

Aunque no se quedó muy conforme con la respuesta, prefirió no insistir. Esperaba que no fuera nada referente a otra mujer. Su instinto le hacía creer que sí, pero se negaba a admitirlo.

A ESTELA le parecieron bien los nuevos amigos de su novio, y más cuando comprobó que las chicas que no tenían pareja eran tan normalitas que Marcos no tendría ningún motivo para fijarse en ellas, claro que Cris no había aparecido y Flor, que era la más exuberante y llamativa de todas, parecía estar entusiasmada con el chico rubio, alto y guapo llamado Juanjo. No se le ocurrió pensar que faltara nadie más. Marcos le acababa de presentar a todos los que le había nombrado la noche anterior.

Decidieron ir a cenar fuera de la ciudad, así que fueron a distribuirse en los coches.

—Pero ¿no vamos a esperar a Cris? —preguntó Flor de pronto.

—No va a venir —respondió Laura—. Parece que no se encontraba muy bien. Le dolía mucho la cabeza.

—¿Quién es Cris? —dijo Estela con curiosidad.

—Otra amiga... —respondió Marcos sin mirarla.

—Ah...

Estela se quedó con las ganas de conocerla, sobre todo porque notó algo en su novio que le hizo ponerse alerta.

—¿Nos vamos ya? —inquirió Juanjo.

—Sí, o nos vamos a quedar helados aquí —exclamó Laura sonriendo.

Se repartieron en los diversos autos y se alejaron de la ciudad, dispuestos a pasar una agradable velada.

\*\*\*\*\*

Mientras tanto, Cris estaba disfrutando de un relajante baño de espuma en el cuarto de baño que comunicaba con su habitación, y que era de su exclusivo uso personal. Podía haber salido con sus amigos, pero no tenía interés en conocer a Estela, al menos por ese día. No sabía cómo iba a resultar el encuentro. Temía no poder disimular su afecto hacia Marcos y su desánimo al verlo con otra mujer.

Por un momento cerró los ojos y quiso imaginárselo junto a ella. Eran sus manos las que recorrían su cuerpo desnudo, que olía a sales. Suspiró de gusto hasta que una llamada en la puerta la sobresaltó.

—Cris, ¿vas a tardar mucho?

Era su madre llamando con insistencia.

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó con desgana.

Ana abrió la puerta y entró.

—Ufff... ¡Qué calor hace aquí! No sé cómo aguantas. Por favor, termina de una vez. Tenemos visita. Fernando y Elvira acaban de llegar, su hijo también.

—¡Maravilloso, mamá! —exclamó Cris hundiéndose de nuevo en el agua.

—Por favor, no tardes.

Salió dejándola sola.

Cris resopló con rabia. No, si al final tenía que haber salido con sus amigos, pensó. Casi era preferible aguantar a la novia de Marcos que pasar el resto de la noche soportando a Fernandito. ¡Menuda noche le esperaba! Se quedarían a cenar, y no la dejaría en paz insistiendo en invitarla a salir.

Ana sabía que a su hija no le agradaba la visita de su amiga Elvira por la presencia de Fernando. Pero las dos madres consideraban que un acercamiento entre los dos jóvenes era lo que ambos necesitaban. Además, era el chico que le convenía. Había llegado el momento de que Cris empezara

a pensar con la cabeza y tomara las riendas de su vida con la idea de buscar un novio serio y formal, con el fin de crear una familia. El hijo de Elvira era el chico adecuado, de su mismo ambiente, bien educado y con gran porvenir. Ya estaba bien de perder el tiempo con esos amigos que tenía, todos liberales y progresistas que no comulgaban para nada con sus ideas.

Con un pantalón oscuro y un jersey azul celeste de cuello de cisne, Cristina apareció poco después con su pelo ondulado y corto, aún húmedo. Saludó muy respetuosamente y se dispuso a aburrirse el resto de la velada. Como era de esperar, apenas habló ni media palabra durante la cena. Le cansaban las conversaciones de los comensales, muy en particular la de su tío Rafael. El joven Fernando, sin embargo, permanecía muy atento a sus palabras, aunque no por eso dejaba de mirarla.

Después del café, el chico se empeñó en que le mostrara el nuevo equipo musical que ella había adquirido días antes. No tuvo más remedio que llevarlo al piso de arriba, a la sala que Cris llamaba «su refugio».

Había libros por todas partes, discos, una guitarra en una esquina y un piano de pared de color negro.

—¿Por qué no tocas algo? —sugirió él.

—No, no me apetece. De verdad.

Fernando se quedó mirando las viejas fotos que adornaban la estancia. En una estaba Cris de niña, vestida de comunión.

—¡Qué tiempos! —exclamó sonriendo—. ¿Te acuerdas cuando íbamos a aquellas terribles meriendas donde los chicos nos dedicábamos a insultaros y levantaros las faldas?

Ella soltó una risita.

—Claro que me acuerdo. ¿Y cuando empujamos a la piscina a Sandra Huertas con ropa y todo? Nunca me reí tanto —exclamó carcajeándose—. Era odiosa.

—Vaya si me acuerdo. Todavía me duele la bofetada que me dio mi madre.

—Anda que a mí... Todas las madres histéricas mientras que tú y yo nos



moríamos de risa.

—Por una vez estuvimos de acuerdo en algo. La idea fue mía pero tú me ayudaste —dijo acercándose a ella—, lo pasábamos bien a pesar de todo.

—Sí, ha pasado un montón de tiempo ya. ¿Qué teníamos, trece o catorce años?

—Sí, por ahí. Por cierto, había pensado que mañana podríamos salir al cine o a cenar... —dijo cambiando de tema.

—No, lo siento, Fernando, pero por mucho que tu madre y la mía se empeñen, tú y yo no tenemos nada en común.

—¿Nada en común? —preguntó molesto.

—Es lo que me parece —afirmó mirándole fijamente.

—¿Te parece? ¿Hablas en serio?

—Sí, hablo en serio, Fernando. Que nos hayamos conocido cuando solo éramos unos niños, y que nuestros padres sean amigos, no significa para nada que tú y yo seamos iguales. Es más, pienso que no nos parecemos en nada, ni en gustos ni en ideas.

—Oye, Cris. Ya no soy el adolescente que tú conociste. He madurado —siguió diciendo con burla—. No pienso tirar a nadie a la piscina... —añadió bromeando.

—Fernando, déjalo. No insistas.

—Te propongo una cosa. Sal conmigo y lo comprobarás por ti misma —dijo mirándola.

Ella negó con la cabeza.

—No. Lo siento, pero no... y será mejor que volvamos —añadió, nerviosa por la proximidad del chico que cada vez se acercaba más.

De pronto intentó besarla, arrinconándola contra la pared. El cuerpo de ella se puso tan rígido que él desistió de inmediato.

—Disculpa, no sé qué me ha pasado —se excusó avergonzado—. Perdona, por favor. Lo siento mucho. Yo...

—No, no digas nada. Olvídalo —respondió ella nerviosa.

—Cris, me gustas mucho, ya lo sabes. O es que... ¿Tienes novio? ¿Sales con alguien?

—No, no salgo con nadie —dijo sin mirarlo—. Perdona pero es mejor que volvamos al salón.

Abrió la puerta y salió seguida del chico que, cabizbajo y desilusionado, llegó al piso de abajo asegurando que tenía que irse ya. Como había llevado su propio coche, se despidió de todos.

—Pero ¿ya te vas? —preguntó Ana desconcertada.

—Sí. Me están esperando.

—Tal vez Cristina desea acompañarte... —insinuó su madre.

—Déjalo, mamá, déjalo... —respondió molesto por la insinuación.

—Pero Fernando... —reprendió Elvira.

El joven miró hacia Cris.

—¿Quieres acompañarme? Seguro que no, o ¿me equivoco?

—No, gracias. Tal vez otro día —respondió con timidez.

—¿Estás segura? —preguntó su madre con voz severa.

—Sí, estoy segura. ¡No tengo ganas de salir! —exclamó, irritada con tanta insistencia.

—No se preocupe, Ana. Según su hija, no tenemos nada en común. Me lo ha dejado bien claro. Buenas noches y gracias por todo.

Cris lo miró con rabia. ¿Ahora iba de víctima? ¿Qué pretendía? ¿Hacer enfadar a su madre para que intercediera por él, obligándola a salir?

El chico salió. Ella dio media vuelta y se dirigió a la cocina, dejando a las dos mujeres en el *hall* hablando entre ellas.

Se sirvió una taza de café mientras que Veva terminaba de recoger. La mujer la observó con curiosidad.

—¿Qué te ocurre, mi niña? —preguntó—. Pareces enfadada.

—Nada, Veva.

—A mí no puedes engañarme, te conozco.

Cris sonrió.

—¿Tienes tiempo para tomar un café conmigo?

—*Hum...* no tomaré café porque me desvela, pero sí estoy dispuesta a escucharte. ¿Qué te ha pasado?

Se sentaron a la mesa, una frente a otra.

—¿Por qué es todo tan complicado? Les intereso a los hombres que a mí no me gustan y estoy loca por uno que ya está comprometido. ¿Crees que es justo? —dijo mientras revolvía en la taza con una cuchara.

—Seguramente no, pero la vida está llena de injusticias —dijo después de

lanzar un suspiro—. Pero ¿no estará casado? —añadió con cara de susto.

—No, claro que no. No está casado, pero tiene novia. Para el caso viene a ser parecido —añadió con decepción.

—Bueno, siendo así, no es imposible —afirmó la mujer sonriendo.

—Yo lo tengo imposible. Luego, mamá empeñada en que me haga novia del estirado de Fernandito —agregó burlándose—. No sé qué verá en él, es patético.

—Ese muchacho no es para ti, chiquilla. Ni siquiera hacéis buena pareja.

—Pues al parecer ni mi madre ni la suya piensan lo mismo, Veva.

—Tonterías...

Estuvieron hablando durante un rato ya que Cris deseaba desahogar con alguien todas sus inquietudes, así que le habló de Marcos y de su situación.

—Tienes una gran ventaja. Su novia está lejos y ese noviazgo puede enfriarse y terminar. No sería el primer caso. Si dices que el chico parece interesado en ti... ¡quién sabe!

La entrada de Ana a la cocina interrumpió la conversación.

—Vete a despedirte de Elvira y Fernando, que ya se van —ordenó tajante dirigiéndose a su hija.

—Enseguida...

—Enseguida no. ¡Ahora! ¡Y tú, Veva! ¿No deberías de irte ya? —preguntó enfadada.

—Estoy esperando a mi marido, señora.

—Bien.

Volvió a mirar a su hija que seguía impasible, sin moverse.

—¿Qué te acabo de decir? ¿Estás sorda? —preguntó irritada.

—Ya voy, ya voy...

Ana no solo estaba enfadada por el aparente trato de frialdad que Cris había mostrado a Fernando. También le molestaba que su hija tuviera tanta confianza con Veva, mientras que a ella era incapaz de contarle nada.

Poco después, Ana fue en busca de su hija, que ya estaba en la habitación.

—¡Que sea la última vez que me haces esto! —exclamó enfadada.

—¿Qué he hecho ahora, mamá?

—No sé lo que pretendes, pero no voy a consentir que me dejes mal delante de mis amigos y encima los ofendas con tu actitud. No pienso

tolerarlo.

—Si tú no te empeñaras en buscarme novios... —contestó molesta.

—Yo solo quiero lo mejor para ti.

—¡No me digas! ¿Crees que necesito tu ayuda para salir con un chico, mamá?

—Para salir con uno que te convenga, sí. No para andar con «esos» con los que tú andas. No sé en qué estás pensando, Cristina.

—Mira, mamá. No voy a salir con Fernando, jamás. ¿Te enteras? Antes me voy a un convento de clausura, aunque para ti tampoco estaría mal. Seguro que te gustaría.

—¡No me contestes y deja de decir tonterías!

—Y tú, déjame vivir mi vida. ¿Quieres?

Su madre decidió no seguir discutiendo y salió de la habitación dando un portazo. Cris, llena de rabia, estrelló un libro que tenía en la mesita contra el suelo. No pudo soportar la tensión y rompió a llorar. Se sintió infeliz al pensar que Marcos estaría con su novia. También por lo difícil que le resultaba convivir con su madre después de tanto que la había añorado en los años de internado, pero no congeniaban de ninguna manera. No pensaban igual en nada y además no le daba la confianza que encontraba en Veva. Meditando sobre todos sus problemas, acabó por quedarse dormida.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente fue inevitable conocer a Estela. Laura la llamó por teléfono para avisarla de que habían quedado a las seis y media en un local de moda que solían frecuentar. Le explicó que la chica era muy normal, ni fea ni guapa, más bien del montón, y que curiosamente con la que más había congeniado era con Flor. También le advirtió que se lo tomara con calma y fuera consciente de lo mal que lo iba a pasar cuando viera a la pareja, ya que ambos no se separaban ni un segundo y no dudaban en mostrarse afecto

delante de todos. Intentó animarla, pero Cris se sentía muy desgraciada. Iba a conocer a Estela y ver cómo besaba a Marcos, o caminaban abrazados. ¡Creyó morir! Se consumía de celos solo con pensarlo.

Apareció diez minutos después de la hora indicada. Fue la última en llegar. Se había vestido muy femenina, con una falda corta que dejaba a la vista sus largas piernas, y se había arreglado con esmero. Cuando vio a Marcos apoyado en la barra, su corazón empezó a latir con fuerza y lo mismo le ocurrió a él, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para mostrarse indiferente.

Estela no se hubiera dado cuenta si no llega a ser porque Flor le dejó bien claro la noche anterior que Cris pretendía ligarse a Marcos, pues todo el mundo sabía que estaba loquita por él.

—Ella es muy mona —advirtió— y también bastante pija. Es una niña de papá con mucha pasta. Todavía no entiendo qué hace con nosotros. Supongo que es por ser amiguísima de Laura.

—¿Qué quieres decir con todo el mundo?

—Pues todos, chica, Todos... es más que evidente. No se separa de Marcos ni un instante. Ahora no lo hará porque estás tú... —Sonrió con malicia—. Pero en cuanto desaparezcas...

Estela se quedó desconcertada. Marcos no le había hablado en ningún momento de esta otra amiga. ¿Por qué? ¿Estaría sintiendo algo hacia Cris y por eso ni la nombraba ante su presencia? Decidió no preguntarle nada y juzgar por ella misma. Como ya estaba alerta, la trató con bastante frialdad.

Cristina, por su parte, la evitó tanto que hizo que esa indiferencia pareciera falsa, consiguiendo que a Estela se le disparara la imaginación. No se dirigió a ella en ningún momento, aparte del saludo inicial cuando las presentaron, algo que a Cris le extrañó.

Estela la ignoraba, pero sí cuchicheaba con Flor y tuvo la sensación de que hablaban de ella, pues la miraban y se reían. Ver a Marcos cogido de la mano de su novia y que se besaran se convirtió en un auténtico suplicio. Estuvo poco tiempo y alegando un fuerte dolor de cabeza, se despidió mucho antes de la hora acostumbrada.

Cuando Flor estuvo un momento a solas con Estela, hizo un comentario con toda la intención.

—Cris se ha ido porque no soporta verte con Marcos. —Sonrió

perversamente—. Ni dolor de cabeza ni nada. Seguro que solo es una excusa.

—Ya. ¿No te cae muy bien, verdad?

Flor lanzó un suspiro y sonrió.

—La verdad es que no. Fue Nuria quien la presentó a todos, pero se hizo íntima amiga de Laura; Juanjo estuvo detrás de ella pero Cris nunca le hizo caso. En cambio, en cuanto apareció Marcos... —Soltó una risita y se calló.

—Y ¿él? ¿Crees que Marcos siente algo por ella?

—Eso deberías preguntárselo tú, Estela. ¿No crees?

—Sí, sí... claro...

A llegar a casa fue lo primero que hizo, preguntarle a Marcos sobre Cris afirmando que bebía los vientos por él. Marcos se sorprendió.

—¿De dónde has sacado semejante idea?

—Me lo han insinuado. Me lo ha dicho Flor. Dice que está siempre pendiente de ti y que todo el mundo se ha dado cuenta de que le gustas. Y...

Marcos la interrumpió.

—Ya. Y, ¿te ha dicho Flor que desde que la conocí, no ha hecho otra cosa que querer ligar conmigo?

Estela se calló. Sabía que Marcos estaba hablando en serio.

—Vale, pero cuando me hablaste de tus amigos ni siquiera nombraste a esa Cris o como se llame.

Marcos no respondió nada. Trató de disimular.

—Anda, ven, siéntate —dijo señalándole el sofá y deseando que ella dejara el tema.

Ella obedeció y se sentó junto a él.

—De todos modos, hay que reconocer que esa chica es muy guapa —afirmó mirándolo.

El no dijo nada, solo sonrió.

\*\*\*\*\*

Durante los días siguientes, Cris no estuvo con ánimos para nada. No había vuelto a ver a Marcos, y pensar que cada día dormía con su novia le desesperaba. Intentaba no pensar en él, hacerse a la idea de que no era para ella. Quería olvidarlo, pero todo su ejercicio mental se venía abajo cuando recordaba su sonrisa, sus ojos o sus palabras. Se maldecía a sí misma por ser tan débil y no poder superarlo. ¿Por qué tenía que pasarle a ella?, se preguntaba una y otra vez. Con todos los hombres que había libres, tenía que enamorarse precisamente de uno comprometido. ¿Cómo podía ser tan estúpida y tan tonta?

Dos días antes de que la pareja se fuera de la ciudad, se reunieron todos en una cena de despedida hasta el año nuevo, porque además era el cumpleaños de Laura y querían festejarlo.

Cris se arregló con desgana. No se preocupó de vestir tan elegante como la otra vez. Con unos vaqueros gastados, un jersey de color rojo conjuntado con un pañuelo al cuello, un abrigo claro y botas de suela plana se dirigió al encuentro con sus amigos. Estela evitó dirigirse a ella durante la velada, pero Marcos no dejaba de mirarla.

Al distribuirse en los asientos de la mesa en la que iban a cenar, la casualidad consiguió que quedaran situados uno frente a otro. Cris hablaba todo el tiempo con Laura y evitaba posar los ojos en él. Lo cierto es que Marcos estaba muy callado. Parecía cansado e incómodo con la situación.

Una sombra de tristeza se reflejó en su rostro cuando una mirada de Cris se cruzó con la suya. Y mientras Estela se reía a carcajadas del último chiste contado por Fran, ellos dos, ajenos a todas las risas, sentían algo que no eran capaces de comprender, algo que anhelaban con ansiedad pero que al mismo tiempo temían.

Después de la cena fueron a una discoteca que estaba muy de moda en ese momento. A Laura le encantaba bailar y fue su deseo que terminaran allí la noche. Tomaron una copa mientras charlaban entre ellos, pero al sonar la música romántica, Fran le pidió a Cris que bailara con él, ya que Nuria no estaba por la labor de hacerlo y prefería seguir charlando con Chusi. Cris aceptó, pero al terminar la canción, decidió volver a la mesa. Había tal tumulto de gente que le costaba moverse, Sintió que la agarraban del brazo y al girarse vio a Marcos. Se soltó de inmediato.

—¡Cuánta gente! ¿Verdad? —exclamó él, levantando la voz.

Ella asintió con la cabeza porque el ruido ensordecedor no les dejaba ni oírse. Cuando llegaron a la mesa estaban todos menos Estela y Juanjo, que para sorpresa de Marcos, estaban bailando juntos.

Pensó que era su oportunidad para bailar con Cris, y sin dudar ni un segundo, le preguntó si quería bailar.

Ella le miró indecisa.

—Vamos, me encantaría bailar contigo —dijo él sonriendo.

Aceptó. ¿Por qué no? No creyó que hiciera nada malo. Después de todo eran un par de amigos que compartían un baile.

Al llegar a la pista, la música del grupo Collage empezó a sonar.

«¡Vaya!» pensó Cris. «Ni que hubieran escogido la canción a propósito».

Él mismo le colocó las manos sobre sus hombros y luego la sujetó por la cintura. Aunque no estaban pegados el uno al otro y los cuerpos apenas se rozaban, los dos vieron sus sentidos alterados.

En un momento que ella alzó la vista, comprobó que él la miraba con tanta dulzura que, nerviosa, bajó los ojos. Pero en cambio cuando empezó a sonar el estribillo, se mantuvieron la mirada.

*Poco a poco me enamoré de ti. Poco a poco tu rostro aprendí, y la noche nació entre los dos, para unirnos y enseñarnos el amor...*

De pronto, Cris se sintió aturdida y deseó volver a la realidad. La realidad era que Estela existía y seguro que estaría observándolos. Sintió vergüenza y se soltó antes de que la música llegara a su fin.

—No, Marcos. No...

Se giró y caminó entre la gente dejándolo solo. Cuando llegó a la mesa, Estela estaba riéndose sin parar. No pareció que echara en falta a Marcos, ni siquiera preguntó por él. Ella se sentó junta a Laura, que la miraba detenidamente.

—¿Todo bien, Cris? —preguntó.

Cris intentó sonreír.

—Todo bien, Laura.

—Es que traes una cara...



—Estoy cansada —respondió como excusa.

El resto de la velada se le hizo eterna. No bailó más, aunque Juanjo lo intentó, ella no accedió. Ni Marcos se acercó a ella ni se dirigieron la palabra. Cuando se levantó para irse acompañada de Chusi, que también se iba, Marcos les dio un beso en la mejilla como despedida, pero al besarla a ella, lo hizo tan cerca de la boca que si hubiera habido bastante luz, todos hubieran percibido el rubor de ambos. *¿Habría querido decirle algo o solo sería casualidad?* En los días siguientes, cada vez que escuchaba la canción de Collage sentía unas enormes ganas de llorar. Solo deseaba que las vacaciones terminaran de una vez, para que Marcos volviera y poder verlo.

El treinta y uno de diciembre, después de tomar las uvas con sus padres y sus tíos, Cris escuchó el sonido del teléfono. Descolgó preguntándose quién sería, y no pudo evitar sonreír al escuchar la voz de Marcos. Llamaba para desearle una buena entrada de año y saludarla. Ella le deseó lo mismo y aunque la conversación fue corta y aparentemente banal, escondía fuertes sentimientos de los dos. Estuvo inquieta y nerviosa durante el resto de las vacaciones. Estaba segura de que si la había llamado era porque algo le importaba, y se aferró a esa idea, pues pensar de otro modo dolía demasiado. Deseaba soñar que Marcos la amaba y que dejaba a su novia porque se había enamorado de ella. Con ese pensamiento se dormía cada noche rogando que fuera cierto.

EL día siete de enero, cerca de las siete de la tarde, Cristina encerrada en su refugio trabajaba en unas traducciones que tenía que tener listas para el día siguiente. Veva llamó a la puerta y entró para anunciarle que tenía una visita.

—¿Una visita? ¿Quién? —preguntó extrañada.

—No sé. Es un muchacho. Está con tu madre en el salón. —Sonrió—. Y es muy apuesto... —añadió sonriendo otra vez.

Bajó con rapidez las escaleras y se quedó perpleja cuando vio a Marcos sentado en una de las butacas, hablando con su madre.

—Mar... Marcos... —dijo ella.

Él se levantó y sonrió con ternura.

—Hola, Cris. Me alegro de verte.

Le dio un beso en la mejilla.

Ana lo miraba de arriba abajo. Tenía que confesar que el joven era muy atractivo pero su aspecto tan informal, sobre todo la ropa, no le agradó.

—¿No vas a ofrecer a tu amigo nada para tomar? —preguntó de pronto.

—Ah, claro. ¿Qué te apetece?

—Nada, no te preocupes.

—Bueno... ven —dijo avanzando hacia la puerta—. Discúlpanos, mamá. Estaremos arriba.

Él la siguió. Se había quedado impresionado no solo por la bonita casa y el jardín de la entrada, también por el buen gusto con que estaba decorado todo: los muebles, cuadros, tapices, alfombras...

—Este es mi refugio —afirmó ella, abriendo la puerta de la estancia e invitándolo a pasar—. Pero, dime ¿cómo sabías cuál era mi casa?

—Me la mostró Fran un día que pasábamos por aquí en su coche.

Se quedó mirando un enorme cuadro que presidía el cuarto.

—Es mi abuelo —dijo ella—. Erich Klein.

—¿Te pareces, no?

Cris se encogió de hombros.

—Eso dicen. En realidad todo el mundo piensa que soy igual que mi padre, pero él también guarda gran parecido con mi abuelo.

Marcos sacó un paquetito del bolsillo del anorak y se lo dio.

—Toma. Es para ti.

—¿Para mí? —Se sorprendió tanto que no supo qué decir. Lo abrió y se encontró con una bonita pulsera.

—Es preciosa. Oh, gracias. Pero no tenías por qué...

Él la interrumpió.

—Solo es un detalle —afirmó nervioso—. Es un regalo por tu amistad.

—Muchas gracias —respondió un poco decepcionada.

*¿Amistad? ¿Solo era eso? Ella hubiera deseado escuchar otra cosa.*

Marcos estaba tan cerca de ella que sintió una gran necesidad de tocarla, pero solo se limitó a revolverle el pelo como a una colegiala. Ella lo miró. Iba a decir algo cuando su madre abrió la puerta, interrumpiéndolos.

—Perdonad —dijo—. He ordenado a Veva que os suba un café, o ¿queréis otra cosa?

El gesto de desagrado de Cris no se hizo esperar.

—Vale, un café —respondió él—. Gracias

Ana salió cerrando la puerta y Cris suspiró.

—La quiero mucho pero no soporto que me controle. Es muy clásica. Tan conservadora que por ella sería maravilloso que siguiéramos en la época victoriana.

Se sentó en una butaca de color verde oscuro, que estaba en un rincón, con la cajita de la pulsera en la mano.

—¿Por qué vives aquí? —preguntó Marcos—. Quiero decir que podrías vivir por tu cuenta.

—Créeme, es muy largo de explicar. Te puedo decir que he vivido

siempre lejos de mi casa y de mis padres. Estuve interna hasta los diecisiete años. Luego en un colegio mayor cuando fui la universidad. Ahora los necesito porque aborrezco estar sola. Tengo veintitrés años y te confieso que no sé apenas lo que es convivir con mi madre...

Lo dijo con tanta tristeza que se le quebró la voz. Él se apiadó de ella y se acercó. Le alzó el rostro con suavidad y acarició con sus dedos largos y finos el contorno de sus ojos, ahora de un verde más oscuro.

—Eres preciosa —dijo.

La levantó con delicadeza y al tenerla tan cerca, deseó besarla. Le acercó los labios despacio, esperando que correspondiera. Notó que temblaba de arriba abajo, sin embargo, ella no respondió a su beso. Marcos retrocedió avergonzado.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado. Espero no haberte ofendido.

Ella lo miraba inquieta, preguntándose qué estaba haciendo. ¿Por qué había actuado de esa forma cuando lo que más deseaba en el mundo era precisamente que la besara? Pero lejos de demostrárselo, hizo lo contrario.

—No, no me has ofendido. Pero no entiendo a qué viene esto.

Una llamada a la puerta los interrumpió. Era Veva que llegaba con los cafés.

—Os traigo también unas pastas —dijo la mujer.

—Gracias —respondió Marcos.

—Veva, ¿dónde está mamá? —preguntó Cris, temiendo que volviera a aparecer en cualquier momento.

—Preparándose para ir a misa.

—Ah... Bien... Gracias, Veva.

La mujer se fue y los dejó solos. Durante los primeros segundos no se dijeron nada. Él se tomó el café sin probar ni una pasta, mientras que ella mordisqueaba lentamente una, sin mirarlo. Marcos fue el primero en romper el silencio.

—Me gustas, Cris —dijo en un susurro de voz—. Pero no sé qué me pasó. No pretendía... no era mi intención...

—Y ¿vas besando a todas las chicas que te gustan, Marcos? —preguntó ella sarcástica.

Él bajó los ojos, avergonzado.

—Si te lo digo es porque es verdad.

—¿Y, qué? Tú..., tú tienes novia. Estás comprometido —aclaró ella, deseando escuchar que había roto con Estela.

—Sí, pero lo cierto es que no nos va muy bien.

Ella se sintió molesta.

—Mira, no me cuentes historias. Es lo típico de siempre. No me va bien, sufro mucho... y como no está mi novia, busco a otra que me consuele. Ese cuento, Marcos, ya me lo sé.

Él se quedó cortado. La miraba incapaz de creerse que lo tratara tan injustamente.

—No sé por qué dices eso. Yo no pretendía...

Ella lo interrumpió.

—Pienso que lo mejor es que te vayas —dijo levantándose de la silla—. Tengo muchas cosas que hacer. Y no tenías que haberme comprado nada. Toma —dijo dándole la pulsera.

La miró atónito.

—No, por favor. Acéptala. Me voy si quieres, pero la pulsera es tuya. Por favor.

Ella dudó. Lo observó muy seria, pero luego intentó sonreír

—Está bien —dijo dejando el paquetito sobre la mesa—. Y perdona, pero tengo mucho que hacer. Tengo que tener listas unas traducciones para mañana y no me va a dar tiempo... lo fui dejando para el último día, y...

—No te preocupes. Además yo también tengo un poco de prisa.

Ella se dirigió hacia la puerta y él la siguió hasta el piso de abajo. En el *hall* se cruzaron con Héctor Klein.

—¿Tu madre? —preguntó a Cris—. Estoy esperándola para llevarla a misa, y maldita gana tengo yo de moverme de casa.

Su hija le presentó a Marcos.

—Encantado, muchacho.

Marcos lo observó. Se parecía mucho a Cris y por supuesto al señor del cuadro. Tenía los ojos claros escondidos detrás de unas gafas redondas de color dorado que le daban un aire intelectual. Era tan alto como él y tenía una curiosa mezcla de cabello rubio y canoso con grandes entradas.

—Me voy, Cris. Y no salgas que hace mucho frío.

—Yo te acompaño —dijo Héctor mientras se abrochaba el abrigo.

Cris se quedó mirando desde la puerta hasta que ya no pudo distinguirlos. Luego sintió el motor de un coche y esperó a su padre, que daba la vuelta hacia la casa.

Su madre apareció elegantemente vestida y envuelta en un abrigo de piel.

—¿Ya se ha ido tu amigo? —preguntó.

—Sí, acaba de irse.

—Y ¿este quién es? ¿Otro *progre* de esos con los que andas? No parece de aquí. ¿De dónde ha salido?

El tono despectivo de su madre no le gustó.

—No estoy de humor ¿vale?

—Bueno, bueno... tú sigue relacionándote con esos muertos de hambre. Ya verás cómo vas a acabar... ¿Nos vamos, Héctor? —añadió girándose hacia su marido, que acababa de entrar.

—Sí, vamos.

Cris subió al piso de arriba. Veva recogía las tazas.

—¡Bonita pulsera! —exclamó la mujer—. ¿Te la ha regalado ese muchacho?

Ella no respondió. Cogió el regalo de Marcos y salió de la habitación sin decir palabra.

\*\*\*\*\*

No se vieron en dos semanas. Él alegó estar muy ocupado y no se citó con el grupo de amigos. Decidió no pensar más en Cris, pero le resultaba casi imposible pasar todo el día sin recordarla. Su recuerdo inundaba todas sus noches de insomnio con sueños despiertos en que se preguntaba cómo sería el sabor de su piel y de sus labios, mientras suspiraba por ella. Tal vez por eso o porque ya no podía seguir sin verla, el viernes por la tarde decidió esperarla en el portal del edificio de la academia de idiomas.

Ella bajó las escaleras acompañada de Nuria y su rostro cambió de color cuando lo adivinó entre las sombras del viejo portal.

—Hola —dijo él—, pasaba por aquí y he decidido invitaros a un chocolate con churros ¿Qué os parece?

—Yo ya he quedado con Fran, pero puedes invitar a Cris —alegó Nuria, escabulléndose para dejarlos solos.

Se miraron en silencio unos segundos.

—Si no quieres venir, no pasa nada. No te sientas comprometida —susurró Marcos.

Ella sonrió.

—Me apetece enormemente un chocolate, Marcos. Acepto encantada.

Él sonrió, complacido.

Caminaron juntos sin rozarse siquiera hasta llegar a la cafetería. Mientras tomaban el chocolate, se miraron sin que ninguno de los dos se atreviera a mencionar nada sobre el último día que habían estado juntos.

Ella, por sacar un tema de conversación, habló de su trabajo y lo poco que le gustaba a su madre que hubiera optado por dar clases, cuando en Madrid tenía un trabajo seguro en la empresa de transportes de su familia. Él también preguntó por qué había tomado tal decisión.

—Quiero buscarme la vida por mí misma, Marcos. Sin que mi familia me ayude. Además me encanta dar clases. Estar en una oficina, aunque sea en un alto puesto, me parece muy aburrido. Mi padre, desde que sufrió un ataque al corazón por el estrés que llevaba, se retiró a vivir aquí. Y yo quiero estar con ellos, aunque me pase el día discutiendo con mi madre, lo prefiero a tener que vivir sola.

—No le gusté nada... ¿Verdad? —exclamó divertido.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió ella sonriendo.

—Lo noté en la forma que me miraba.

—Mi madre es muy anticuada. Lo mejor es no hacerle caso. Se puede decir que es de la prehistoria más o menos. Si tuviera que hacer todo lo que me aconseja, mi vida sería patética. Ya sabes, misas, eventos religiosos, y alternar con determinado grupo de gente. ¿Puedes imaginártelo? Un verdadero horror —respondió, haciendo una mueca de burla.

Él dejó escapar una risa que la contagió.

—¡En serio! A ella le encantaría que me casara con el hijo de su amiga de toda la vida. Ya sabes, gente forrada de dinero, niños bien y todo eso... Ah, y todavía cree en lo de llegar virgen al matrimonio. Cómo te diría yo... muy del siglo pasado, más católica que el Papa y unas ideas de la Inquisición...

—Me lo imaginaba —dijo él sin dejar de sonreír.

—Además le preocupa muchísimo lo que puedan decir los demás. Tiene pánico a quebrantar las reglas, más bien aquellas en las que ella cree: la moralidad, la virtud y todo este tipo de cosas. Está totalmente contagiada por mi tío Rafael que iba para cura, pero al final se arrepintió. No sé, creo que estaría encantado en ese papel. Los dos me aburren con mis deberes eclesiásticos... son pesadísimos. Tengo para escribir un libro, más bien una enciclopedia —afirmó riéndose.

—¿Y tu padre? —preguntó Marcos con curiosidad.

—Mi padre es muy distinto. A veces me pregunto cómo han podido entenderse tan bien. Creo que es porque mi padre no se mete en sus rollos de Iglesia y mi madre, después de tantos años, ha desistido de convertirlo. Mi padre se considera agnóstico. No le interesa la Iglesia y mucho menos la católica. Es una persona muy liberal. Nada que ver con mi madre. Como te decía, no sé cómo han podido congeniar. Son tan diferentes...

Marcos la miraba sin perder detalle, siguiendo cada uno de sus gestos. Volvió parecerle la chica más maravillosa que había conocido nunca. Ella percibió cómo la observaba y se preguntó si miraría del mismo modo a su novia. A pesar de eso, no ocurrió nada especial. Hablaron de sus vidas, de anécdotas e historias de sus años de estudiantes. Pasaron una velada muy agradable uno al lado del otro.

Más tarde, él quiso invitarla a cenar pero ella buscó una excusa para no ir. Era muy difícil recordar que Estela existía, o pensar que Marcos no era suyo ni jamás lo sería.

—Mejor otro día. Gracias de todos modos.

—Como quieras.

Se despidieron hasta el día siguiente sin saber siquiera cuándo se volverían a ver. Marcos decidió pasar por el *pub*, donde seguro se encontraría Fran para tomar la última copa juntos.

Tal y como suponía, Fran estaba con unos cuantos amigos jugando al billar. Se alegró de verlo. Le caía especialmente bien porque era un joven



muy extrovertido y que daba mucha confianza. Cuando al final se quedaron solos, Marcos le habló por primera vez de Cris. Hasta entonces no había comentado nada a nadie, pero ya no podía seguir reservando dentro de él todo ese huracán de emociones y sentimientos que la chica le provocaba. Se desahogó confesándole que se estaba enamorando sin poder evitarlo, y no sabía cómo actuar ni qué hacer. Estaba desesperado, soñaba con ella y ni siquiera era capaz de pensar en Estela, lo que no dejaba de mortificarlo.

—Estoy hecho un lío —afirmó.

—Ya lo veo. No me gustaría para nada estar en tu lugar.

—Ni una palabra a nadie, Fran. Si te lo cuento es porque ya no puedo más.

—Descuida, puedes confiar en mí.

\*\*\*\*\*

Unas semanas después, Cristina se sentía desesperada y angustiada. No podía ni dormir porque estaba convencida de que Marcos no solo le había robado el corazón, también estaba segura de que le había robado el alma. No habían avanzado nada en su relación. Es más, Marcos empezaba a evitarla. Nunca se quedaba solo con ella.

En vacaciones de Semana Santa, él se fue a su tierra y eso acabó por desmoralizarla por completo. Marcos no llamó ni una sola vez en su ausencia y Cris quiso convencerse de que tenía que olvidarse definitivamente de él. Era absurdo esperar por algo que no iba a suceder nunca. Jamás dejaría a su novia por ella. Tenía que ser realista y dejar de soñar despierta.

Lo que no sabía era que Marcos estaba librando su propia batalla con Estela, que cada vez más fría, se empeñaba en acusarle de supuestas infidelidades,

frutos de su imaginación. Los últimos días de las vacaciones fueron tan tensos entre ambos, que él solo deseaba irse esperando que con el tiempo la situación se calmara, aunque era consciente de que su relación de pareja había empezado a aburrirle y se iba deteriorando por momentos.

—No la quieres de verdad, Marcos —le dijo su hermana—. Tienes demasiadas dudas. Te aconsejo que pienses bien lo que vas a hacer. Si tienes que romper, hazlo cuanto antes.

Él no supo qué responder. En verdad, dudaba de todo: de sus sentimientos, de los de ella, de lo que sentía hacia Cristina. Mejor sería no acelerar las cosas. Ya faltaba poco tiempo para que el curso finalizara y esperaba que todo se resolviera al volver, en el verano, cuando su relación con su novia fuera continua.

EL calor empezaba a hacerse notar a finales del mes de marzo, cuando Marcos regresó de sus vacaciones en el norte. Al día siguiente empezarían de nuevo las clases y su trabajo en el instituto. Estaba sacando unas bolsas del maletero de su coche cuando vio juntas a Cris y a Laura, que caminaban en su dirección. Las contempló sonriente hasta que llegaron a su altura.

—Hola —saludó Laura—. ¿Ya estás de vuelta?

—Hola. Ya ves. Encantado de veros. ¿Habéis venido a recibirme? —preguntó sonriendo.

Cris solo lo miraba. Estaba tan guapo con la ropa nueva que llevaba puesta que se quedó sin palabras.

—¿Quieres que te ayudemos a subir todo esto? —preguntó Laura señalando las bolsas.

—No hace falta, pero se agradece. ¿Qué tal por aquí?

—Como siempre, sin novedades...

Él se quedó mirando a Cristina esperando que dijera algo, pero ella solo se limitó a sonreír.

—Bueno, muchacho. Ya nos veremos. Nos vamos de compras —aclaró Laura.

—Hasta luego, entonces. Adiós, Cris —añadió, esperando que dijera algo.

Ella movió los dedos en el aire a modo de despedida.

Cuando se alejaron unos pasos, Laura soltó una risita.

—¿Tanto te ha impresionado que no has abierto la boca, Cris?

—Reconozco que me tiene fascinada —respondió sonriendo—. Pensé que estos días sin verlo me ayudaría a superarlo, pero acabo de darme cuenta de que es imposible...

—¿Y vas a seguir esperando que la deje a ella para liarse contigo?

—Ya ni siquiera pido tanto. Me conformaría con que me hiciera un poco de caso y ser su novia aquí.

—Eso no lo dices en serio. No te creo. Tú no eres así.

—Lo sé, claro que no soy así. —Suspiró—. Estoy tan desesperada, no sé qué hacer. Intento olvidarme de él, pero es que no puedo...

—Pues lánzate de una vez, arriésgate. Atrévete y que sea lo que Dios quiera. Intenta seducirlo. Si es lo que deseas, hazlo. No te quedes con las ganas.

—¿Crees que no le he pensado? Si tuviera valor para hacerlo... pero no soy capaz. Si al menos fuera tan decidida como tú...

—Vamos, Cris, No te subestimes. Eres una mujer, guapa, culta, educada...

—Lo que soy es una tonta, Laura —dijo con desgana.

—De todos modos, hay miles de hombres ahí fuera. No es el fin del mundo. Marcos no es el único chico de esta ciudad.

Su amiga sonrió.

—Por favor, Laura. Deja de hablar como si fueras mi madre.

—Es lo único que me faltaba. ¡Parecerme a tu madre! —exclamó divertida—. Ni loca desearía parecerme a la señora de Klein, y no te ofendas...

—Tranquila, Laura. Te entiendo —dijo entre risas.

Poco después se cruzaron con Juanjo. Últimamente apenas lo veían. Se había ido separando del grupo poco a poco. Las saludó sin pararse a hablar con ellas, algo que ambas agradecieron.

Juanjo seguía sintiendo gran atracción por Cris, y cada vez que la veía, renacía el deseo de tenerla. No recordaba ni con cuántas chicas había salido,

pues fue muy precoz en sus escarceos amorosos; pero nunca le había pasado nada parecido a lo que sentía por Cristina Klein, y el hecho de que lo ignorara, no hacía más que aumentar su deseo hacia ella. Pensó que tenía que impresionarla de algún modo. No sabía cómo, pero no iba a rendirse. Cris era ese dulce que anhelaba probar y ya llevaba esperando demasiado tiempo. Nunca ninguna mujer se le había resistido y ella no iba a ser la excepción. Más temprano que tarde, caería rendida en sus brazos. Estaba convencido. Sus artes de seducción jamás le habían fallado. «Ahora tampoco», se dijo a sí mismo.

\*\*\*\*\*

FUE un sábado cargado y sofocante, con amenaza de lluvia, cuando Cristina comprobó que su coche no arrancaba y que no había en casa nadie más que Veva. Pensó en llamar a un taxi y cuando iba a entrar de nuevo en casa, escuchó el sonido de un claxon procedente de la entrada. Intrigada se acercó al portón y al abrir, se encontró a Juanjo sentado al volante de un flamante deportivo.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—*Psschhh...* No está mal —respondió ella sonriendo.

Cris se imaginó que deseaba impresionarla.

—¿Que no está mal? Es una auténtica maravilla. Sube, te llevaré a dar una vuelta.

—Pues ahora que lo dices... ¿puedes acercarme hasta la academia? Pensaba llamar a un taxi porque mi coche se ha quedado sin batería.

—Por supuesto, será todo un honor. Sube.

Le abrió la puerta sonriendo. Puso la música a todo volumen y aceleró. A los cinco minutos se desvió de la carretera principal.

—¿A dónde vas por aquí? —preguntó ella.

—Voy a hacer un encargo de mi padre. Dejarle unos papeles a uno de sus empleados. Será solo un minuto. Vive aquí cerca —afirmó con tranquilidad.

—¿Aquí cerca? —preguntó extrañada—. No creo que viva nadie en un lugar como este, Juanjo.

Él fue aminorando la velocidad hasta que frenó. Cris buscó un indicio de

vida humana a su alrededor pero solo vio arbustos, un camino polvoriento y varios senderos entrecruzados que no parecían conducir a ninguna parte. Lo miró sin comprender.

—Necesito hablar contigo. Es un momento. ¿Puedes mirarme y escucharme por una vez? Lo que te voy a decir va muy en serio, Cris.

Lo miró aparentando tranquilidad, pero no le gustaba nada el cariz que estaba tomando la situación. Para hablar, no hacía falta alejarse tanto del resto del mundo.

—Sé que no tengo muy buena fama con las chicas, Cris. Ya lo sé. Pero contigo sería distinto. Estoy loco por ti, y si me dieras una oportunidad te demostraría cómo soy realmente...

Ella no esperaba tal declaración y se quedó sin palabras. No deseaba herirlo, pero tenía muy claro que jamás saldría con él. Físicamente era muy guapo, no podía negarlo, pero no le gustaba. Por mucho que insistiera nunca podría verlo de otro modo que no fuera como un amigo. Intentó buscar las palabras adecuadas para salir airoso de la situación.

—Tal vez más adelante, Juanjo. Ahora no tengo pensado salir con nadie —contestó para salir del paso.

—¡Ya! ¿Crees que soy tonto? No me trates como tal.

Ella se calló. Durante unos segundos permanecieron en silencio.

—Mejor será que nos vayamos. Tengo una reunión, voy a llegar tarde —dijo de pronto Cris, deseando largarse de allí.

—¿Hoy sábado? No te creo. No inventes, Cris. No tienes ninguna reunión.

La miraba de un modo extraño y se sintió incómoda. Observó a su alrededor esperando vislumbrar a alguien, pero parecía estar en el mismo desierto. Abrió la puerta con intención de salir pero él la sujetó por el brazo, impidiéndoselo.

—¿A dónde vas?

—Solo quiero tomar el aire. ¡Suéltame! —exclamó ella empujándolo.

—Primero, escúchame...

Se abalanzó sobre ella y la besó con fuerza en los labios. Ella puso tanta resistencia que, desanimado, optó por soltarla. Furioso, golpeó el volante con rabia mientras que Cris, atónita, le increpó.

—No se te ocurra volver a hacerlo. Y vámonos de una vez...

—La única mujer que me ha importado en la vida y no tengo ni una sola oportunidad. ¿Sabes cuántas desearían estar en tu lugar? —añadió al tiempo que ponía el motor en marcha. Subió el volumen de la música hasta el máximo, de modo que ella pensó que le estallarían los oídos, así que apagó la radio, decidida. Él frenó en seco, asustándola.

—¡Baja! —ordenó con tono desagradable.

—¿Qué? ¿No pensarás dejarme aquí? —preguntó perpleja.

—Sí. No te intereso ni te gusta mi música, así que a mí tampoco me interesa tu compañía. ¡Baja de una puta vez! —chilló.

—Pero ¿te has vuelto loco? No hay ni un alma. ¡No pretenderás que vaya andando!

—Haz autostop.

—¿Cómo?

—Me he cansado de tus desprecios, de tanta educación, delicadeza y refinamiento. No eres más que una mojigata. ¡Bájate del coche, ya! —chilló.

Él mismo le abrió la puerta desde dentro, pero antes de que saliera volvió a besarla abalanzándose sobre su cuerpo e inclinándola sobre el asiento. Ella intentó empujarlo, pero él tenía demasiada fuerza, la estaba aprisionando con su cuerpo. Sintió la barbilla rozándole la mejilla y cómo los labios buscaban su boca. Olía a tabaco, a colonia. La besó varias veces esperando respuesta, pero no lo consiguió.

—No quiero hacerte daño. Solo quiero que me beses. Llevo una eternidad soñando contigo. Vamos, bésame...

Pero Cris había vuelto el rostro hacia un lado y seguía intentado escapar. Juanjo deslizó una mano por su cuello hacia abajo e intentó desabotonarle la blusa. Ella rogó, suplicó que se detuviera...

—Por favor... —dijo casi sin voz.

Él la soltó carcajeándose.

—Eres una estúpida. ¿Qué pensabas que iba a hacerte? Nunca he tenido que obligar a una chica a hacerlo conmigo. ¿Te crees tan especial como para eso? Eres patética.

Cris bajó del coche. Las lágrimas le nublaban la vista. Salió tan apresurada que se dejó el bolso y las gafas de sol sobre la alfombrilla del



auto. Juanjo se encargó de arrojarlo por la ventanilla haciéndolo caer en el suelo polvoriento. Luego arrancó el motor y desapareció a toda velocidad, dejándola sola en una explanada que parecía inacabable.

Caminó despacio hasta la carretera principal. Pensó que estaba demasiado lejos de casa y también de la ciudad. No había bares ni lugar desde donde telefonar para pedir un taxi, así que siguió andando por el margen de la vía esperando vislumbrar a alguien. Para colmo, una fina lluvia empezó a caer y sintió la humedad hasta en los huesos.

Después de casi diez minutos, escuchó el ruido de un coche. Una furgoneta blanca se acercaba. Cuando comprobó que era Tomás, se sintió aliviada y le hizo señas para que se detuviera.

—¿Qué hace aquí, señorita? —preguntó el hombre, extrañado—. ¿Le ha sucedido algo?

—No, nada. Estoy perfectamente. Solo un poco mojada —respondió tratando de sonreír.

—¿Ha bajado andando?

—Sí, bueno, había quedado con una amiga. Pero no se ha presentado...

El hombre no parecía creerla.

—¿Me llevas a la ciudad, por favor?

—Sí, señorita. Como quiera.

No hizo más preguntas. Condujo lentamente, tanto que Cris pensó que no llegaría nunca. Tenía que recoger unas carpetas en el trabajo y luego pensaba pasar por casa de Laura y cenar allí. También pensó en Marcos... si tuviera valor para ir a verlo.

—¿Dónde la dejó? —preguntó Tomás.

—Ahí mismo, en la esquina. Ah... y no comentes nada en casa, ni siquiera a Veva, ya sabes que se preocupa. Y gracias.

—Como quiera.

Lo primero que hizo después de entrar en la academia fue ir al baño. No tenía muy buen aspecto; estaba despeinada, con el pelo algo húmedo, y hasta sentía frío. Se quedó allí una hora mirando libros y buscando textos que necesitaba para unas clases. Luego llamó a Laura para decirle que no la esperara. Había decidido ir a ver a Marcos. Le apetecía más que nunca verlo y hablar con él. Se retocó ante el espejo poniéndose un poco de carmín en los

labios y peinando, como pudo, su cabello ondulado. Después respiró hondo y se dirigió a la puerta. Bajó las escaleras con rapidez y caminó, apresurada, hasta la calle donde se encontraba el apartamento de Marcos. Ya no pensaba mirar atrás.

\*\*\*\*\*

Mientras tanto, Tomás comentaba a su esposa el extraño encuentro con Cris en medio de la carretera. Veva se quedó preocupada, aunque su marido le aseguró que estaba en perfecto estado.

—No le digas nada a los señores —dijo la mujer—. No se vayan a alarmar por nada.

—Descuida.

Siempre había mimado mucho a Cris porque le daba la impresión de que Ana le exigía demasiado para ser solo una niña primero, y luego una adolescente que pasaba, además, tanto tiempo fuera del hogar y la familia.

—Si crees que le estás haciendo un favor, te equivocas, Veva —le reprochó Ana más de una vez.

—Lo siento, señora. No volverá a suceder.

Pero esas promesas quedaban ahí. En cuanto sus padres se ausentaban y se quedaba al cuidado del matrimonio, hacía lo que le daba la gana y se sentía como una reina sin que nadie le diera ordenes ni controlara sus movimientos. Veva quería a aquella criatura como si fuera suya. No podía evitarlo. Era su debilidad, y Cris, que no era nada tonta, lo sabía y aprovechaba para hacer todo lo que tenía prohibido por su madre, como dejar comida en el plato, acostarse demasiado tarde, bañarse en la piscina a deshoras, comer demasiadas golosinas... y aunque Veva amenazaba con decírselo a su madre, la niña estaba segura de que nunca lo haría. Todo lo contrario, la mujer siempre aseguraba a Ana que su comportamiento había sido excelente en su ausencia, algo que su madre nunca acababa de creerse del todo.

\*\*\*\*\*

CRISTINA entró en el portal donde vivía Marcos y subió la escalera hasta el tercer piso, albergando la esperanza de encontrarlo en casa. Le temblaban los dedos cuando, decidida, pulsó el timbre de la puerta. Sintió un gran vacío en el estómago y el corazón se le aceleró de impaciencia al ver que no acaba de abrir. Ya iba a dar la vuelta, desilusionada, cuando Marcos abrió. Se quedó impresionado al verla.

—Ho... hola —dijo aturdido—. ¡Qué sorpresa! Pasa, por favor.

Ella entró, sonriendo mientras buscaba un pretexto para explicar por qué estaba allí. Él la condujo a una sala donde estaba la televisión encendida. Marcos la apagó.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza? ¿Un café?...

—No, gracias —dijo mientras se sentaba en el sofá—. Te preguntarás qué hago aquí...

—No, quiero decir... Me parece estupendo que hayas venido, no me importa el motivo —aclaró sentándose a su lado—. ¿De verdad, no quieres nada?

—No. No te preocupes.

La miró nervioso. Hubo un largo silencio porque ninguno apartaba la vista del otro. Él pensó que no solo era preciosa, era inteligente, dulce, comprensiva. Tenía todo lo que había buscado siempre en una mujer. Sin poder evitarlo, se dejó llevar por el impulso y atrayéndola hacia él, la besó rozándole los labios con mucho cuidado, como si temiera hierirla. Ella no se

apartó, todo lo contrario, se acercó mucho más buscando su boca. El corazón se le desbocó. Olvidó todos sus buenos modales y se abrazó a él como si no quisiera soltarse.

—Cris... —susurró él—. No sabes cuánto he deseado besarte.

Con sus labios acarició la fina piel de la mejilla deslizándose hacia el cuello, y luego le susurró al oído.

—Estoy loco por ti.

Ella se estremeció al sentir su aliento. Volvió a rozarle los labios para luego introducir su lengua en la boca, haciendo que suspirara de gusto. Ella se dejó llevar, correspondiendo de la misma forma.

Se besaron una y otra vez con tanta pasión que ambos comprendieron que sucedería lo inevitable: harían el amor, porque una fuerte excitación envolvió a los dos.

Desabrochó su blusa despacio mientras la miraba a los ojos.

—Soñaba con este momento, Cris. Quería imaginarme cómo sería...

Besó su escote mientras intentaba quitarle el sujetador. Acarició sus senos, sin prisa, y ella se atrevió a tocarle a él.

—Ven —dijo Marcos incorporándose.

Se fueron a la habitación. En la cama, ya medio desnudos, se besaron y acariciaron sin reparo.

—Deberíamos parar —susurró él—. No tengo nada con que...

—No, no te pares ahora. Quiero hacerlo.

Solo deseaba sentirlo dentro, que le hiciera el amor. No le importaban los riesgos. Se moría de ganas y así se lo dijo.

Él hundió la boca entre sus senos, haciendo que un fuerte deseo se apoderara de ella, para luego deslizar su lengua hacia abajo hasta llegar a su sexo. Cris enrojeció de vergüenza, por un segundo pensó en apartarlo, pero el placer que la recorrió de arriba abajo hizo que perdiera la noción del mundo. Se dejó hacer hasta que se retorció perdiendo todo el pudor, suspirando de gusto. En un segundo se olvidó de todas sus inhibiciones.

Se miraron con pasión y unieron sus labios una y otra vez sus lenguas, sin dejar de acariciarse, descubriéndose el uno al otro como si les fuera la vida en ello. Él recorrió su cuerpo, recreándose palmo a palmo, deseando saborearla entera. La sintió suspirar y gemir. Se paró por un momento e incorporándose,

la contempló.

—Sigue, Marcos. No me dejes así —suplicó.

Y entró en ella con toda la ternura de la que fue capaz.

Quedaron embriagados y agotados de sexo. Marcos se sentó sobre la sábana y la observó sonriendo:

—Estás preciosa —dijo.

Ella sonrió y él se inclinó sobre ella para besarla de nuevo.

¿Habría sido un sueño? Se preguntaba Cris frente al espejo del cuarto de baño donde terminaba de arreglarse. ¿Qué sentiría Marcos ahora? Sonrió pensando en que había sido una gran idea lo de ir a visitarlo. Había sido una tarde maravillosa. Ni en el mejor de sus sueños se lo hubiera imaginado.

Cuando salió del baño, él tomaba una cerveza sentado en el sofá.

—Ven —dijo al verla—. He traído otra para ti —dijo quitando la chapa de la botella y ofreciéndosela.

—Gracias.

—¿Quieres un vaso?

—No, me vale así.

Ella bebió un trago y luego dejó la botella sobre la mesa.

—¿Marcos?...

—Sí, dime...

—¿Qué va a pasar ahora con nosotros?

—He estado pensando precisamente en nosotros —contestó sonriendo—.

Y...

La miró con tanta ternura que ella creyó que se derretía.

—Me gustas mucho, Cris. Y quiero que entiendas que lo que siento por ti, no le he sentido nunca por nadie. Quiero que haya un «nosotros» si tú lo quieres también. Pienso romper con Estela.

A ella se le iluminaron los ojos al escucharlo.

—¿Estás diciendo que seamos pareja?

—Sí, no quiero que creas que solo eres una conquista para mí. Yo no voy acostándome con todas las chicas que encuentro. Quiero decir que... tú eres

especial. Eres... —La agarró de las manos y la miró a los ojos—. Me he enamorado de ti, Cris. Hace mucho que lo sé, pero no sabía cómo acercarme, ni siquiera si debía hacerlo. Te confieso que he tratado de evitarte.

Ella sonrió.

—Lo sé. Era muy evidente.

—Para mí, esto no es fácil. No sé cómo decirle a Estela que después de cuatro años, de haber hecho planes... Decírselo por teléfono me parece muy duro.

—Lo entiendo, pero tendrás que hacerlo. Yo no quiero ser tu amante, por decirlo de alguna manera. Quiero que seas solo mío, Marcos.

Como respuesta la besó.

Se quedaron en silencio, abrazados. Ninguno de los dos quería pensar en lo que les rodeaba y los problemas que podría causarles esa situación. Marcos deseaba olvidarse de que Estela existía.

—¿Nos vamos a cenar? —preguntó de pronto—. Estoy hambriento.

—Yo también.

Se fueron a una comarca lejana. Deseaban estar solos. Lejos de sus amigos y conocidos, también de los murmullos que podrían surgir a sus espaldas.

En el restaurante se sentaron en una mesa apartada, en el fondo. Marcos miró la carta del menú con atención mientras ella lo observaba.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó él.

—No sé. Elige tú. Me fío de ti.

Cenaron con apetito y para ambos fue una velada inolvidable. Luego él la acompañó hasta casa en coche. Aparcó junto al portón y bajó con ella. Eran casi las doce. Todo estaba a oscuras. Los perros empezaron a ladrar.

—¿No atacarán? —preguntó alarmado mientras ella abría la puerta lateral por la que se entraba a pie.

—No, no te preocupes. Además si vinieran a lanzarse contra ti como fieras, yo te salvaría —dijo riéndose.

La besó varias veces hasta que ella le pidió que se detuviera porque si no iba a tener que llevarlo a su habitación, explicó bromeando.

—*Hummm...* me encantaría... —respondió Marcos entre beso y beso.

Ella no pudo evitar una sonrisa ante el comentario.

—Mañana te llamo —dijo—, si no funciona mi coche, ven a buscarme.

Se volvieron a besar y luego se despidieron. Él se dirigió a su automóvil mientras que ella se encaminó hacia la casa medio flotando. Todo le parecía un sueño. Casi tenía que agradecer a Juanjo lo sucedido por la tarde. Pensó que no iba a reprocharle nada, simplemente se olvidaría de él. No merecía la pena. Es más, no lo comentaría con nadie, ni siquiera con Laura. Prefería creer que nunca había pasado.

Marcos, a pesar de estar cansado, no era capaz de dormir. Ya no tenía futuro alguno con Estela. Debía romper con ella porque después de haber tenido a Cris en sus brazos, su novia parecía alguien muy lejano. Suponía que ella se lo tomaría muy mal, y decírselo por teléfono iba a ser muy cruel. Los dos habían hecho planes para el verano, como irse de viaje juntos a Francia. No iba a ser nada fácil confesarle que ya no la amaba, y mucho peor tener que decirle que se había enamorado de Cristina Klein. Pensó en ella y sonrió. Cris no era tan experta como Estela y por eso le había parecido maravilloso hacerle el amor. Su ingenuidad, su aspecto inocente y que fuera capaz de ruborizarse tan fácilmente. Le había cautivado. Ahora no le quedaba duda alguna de que Cris era la mujer con la que había soñado toda la vida. Se durmió muy tarde y no despertó hasta las once de la mañana.

Cuando abrió los ojos, sonrió al recordar la tarde anterior. Hubiera dado algo por despertar a lado de Cris. Se preguntó qué estaría haciendo y si lo llamaría o tendría que hacerlo él. Decidió esperar un poco más a que sonara el teléfono. Pasarían el día juntos. No pensaba separarse de ella ni un minuto. Deseaba volver a besarla, tocarla... Esta vez compraría preservativos, no pensaba arriesgarse una vez más. Con esa idea se levantó poco después y se metió bajo la ducha. Cris era la chica más maravillosa que había conocido en toda su vida y no pensaba dejarla escapar.

\*\*\*\*\*



Ella se despertó sobresaltada al ver que llamaban a la puerta. Se incorporó soñolienta y vio cómo el sol se filtraba por la ventana. Tosió y en ese momento su madre entró en el cuarto.

—¿No pensarás pasarte todo el día en la cama? ¡Son casi las diez! Ya es hora de que te arregles y bajes a desayunar.

Cris se frotaba los ojos mientras su madre levantaba la persiana, haciendo que se iluminara toda la habitación.

—Tengo sueño y estoy cansada —dijo Cris como excusa.

—Pues hace un día espléndido y tenemos invitados para comer. Quiero que te levantes, te duches y te arregles. Si tienes sueño es porque habrás llegado demasiado tarde anoche.

A continuación salió de la estancia dando por zanjada cualquier discusión. Su hija se dejó caer sobre la almohada y volvió a meterse entre las sábanas. Recordó los besos y las caricias de Marcos y pensó que nunca había disfrutado tanto. Deseaba estar otra vez entre sus brazos. Pensar que tal vez ocurriera ese mismo día, le hizo suspirar. Se sentía tan feliz.

Se levantó de la cama media hora después con una sonrisa. Iría a comer con Marcos como habían planeado la noche anterior. Le importaba muy poco que su madre tuviera invitados. No pensaba quedarse en casa.

Desde el salón, lo llamó para decirle que fuera a buscarla en su coche, algo que él aceptó encantado.

—Estoy desando verte —dijo él

—Yo también, Marcos. No sabes cuánto.

En la cocina Veva y su madre ultimaban los preparativos para la comida.

—Buenos días —dijo Cris sonriendo.

—Pero ¿todavía estás así? ¿Por qué no vas a vestirte? —preguntó su madre al verla envuelta en el albornoz.

—No voy a comer aquí, mamá. He quedado. Tengo mis propios planes.

—¿Quéeee? No, ni hablar. Viene Fernando con sus padres.

Su hija se sirvió un poco de café y no respondió.

—Y ¿se puede saber con quién has quedado? —interrogó su madre—. Y no me digas que con tus amigos...

—Con Marcos, mamá. Voy a ir a comer con él.

—No sé quién es Marcos, pero me da igual. Puedes llamarlo y decirle que no irás.

Cris la miró irritada.

—Sabes perfectamente quien es Marcos. No te hagas la tonta.

—Ah... sí... el chico que estuvo aquí una vez. Bien, pues ya puedes avisarle.

Su hija negó con la cabeza.

—No pienso hacerlo. Ni loca.

Ana se puso tensa y la miró enfadada.

—Mamá, tengo veintitrés años, si quiero comer fuera es asunto mío.

—No voy a permitir que me dejes mal. Fernando viene a verte a ti, así que ten la delicadeza de quedarte y atenderlo. Luego podrás irte si quieres, pero después de la comida. Y no me importan los años que tengas. Ya lo sabes. Comportate como corresponde a tu educación. Elvira y su familia son nuestros invitados. Y...

Cris la interrumpió, enfadada.

—Tú los has invitado. Yo, no. Y me importa muy poco si quieren verme o no.

—¡Ya está bien! —exclamó su madre con tono crispado—. Vete a vestirte y avisa a tu amigo de que no irás. ¿Me has entendido? Obedece y haz lo que te digo —ordenó.

Realmente estaba sulfurada. Cris resopló de rabia pero no respondió. Su madre salió de la cocina y se quedó a solas con Veva.

—Pues sí que empezamos bien el día —murmuró la mujer—. Por cierto, Cris, Tomás ha puesto una nueva batería en tu coche.

Pero ella no respondió, no atendió a sus palabras ni a nada. Se levantó de la silla y salió dando un sonoro portazo.

«Menuda faena», pensó Cris. Anular la cita con Marcos y soportar al estirado de Fernando no era lo que más le apetecía. No estaba dispuesta a hacerlo. Su madre podía decir misa. No pensaba obedecer sus órdenes. Pero entonces se le ocurrió una idea que la hizo sonreír. Invitaría a Marcos a comer como un invitado más. Se rio al imaginárselo. «¡Qué magnífico plan!» dijo ante el espejo mientras se peinaba. Dejaría a su madre de piedra cuando

la comprometiera delante de sus invitados. No iba a negarse a aceptarlo en la comida. No por gusto. Su educación no le permitía hacer algo así.

Cuando más tarde, Ana la vio tan arreglada, sonrió. Pensaba que se había esmerado tanto porque Fernando iba a llegar de un momento a otro. Qué equivocada estaba. Ni se imaginaba la sorpresa que se iba a llevar.

Cerca de la una, llegó el chico con sus padres. Cris saludó respetuosamente. Estaba radiante, sonriente y alegre, aunque también un poco nerviosa. Fernando la contemplaba con admiración.

—Estás preciosa —dijo en voz baja.

Ella solo sonrió. Se moría por ver los rostros de su madre y del chico cuando vieran aparecer a Marcos.

Poco después sonó un claxon y Cris salió a toda prisa del salón, ante la mirada interrogante de todos.

—¿Es que falta alguien? —preguntó Héctor a su esposa.

—No —respondió Ana encogiéndose de hombros—. No falta nadie.

\*\*\*\*\*

Marcos, apoyado en su coche, esperaba a Cris fuera del portón. La recibió con una gran sonrisa y ella pensó que estaba guapísimo con los vaqueros claros, la camisa azul y los mocasines Apache que calzaba. Se acercó y se besaron con total naturalidad.

—Cambio de planes, Marcos —dijo en voz baja.

Él la miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Ella le explicó lo sucedido por la mañana y su plan para dejar atónita a su madre.

—¿Qué? ¿Comer en tu casa? —preguntó él.

—Sí. No quiero dar el gusto a mi madre de que se salga con la suya. Se va a quedar... Tú, sígueme —añadió riéndose.

—Espera un momento. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí, lo estoy. ¡Ven! Esto va a ser muy divertido.

—Y ¿qué hago con el coche?

—Luego, ahora ven.

Sin soltarlo de la mano se presentó en el salón con una gran sonrisa en su rostro. Todos la miraron extrañados, sobre todo su madre, que se quedó blanca al verlos.

—Mamá, he invitado a Marcos a comer con nosotros —dijo con aire inocente—. Supongo que no te importará.

—¿Eh? Claro, por supuesto que no —respondió con una sonrisa totalmente fingida.

Cris presentó a Marcos a los demás.

—Voy a avisar para que pongan otro cubierto —dijo Ana contrariada.

Al pasar junto a su hija la miró con gesto serio, pero Cris se limitó a sonreír demostrando que estaba encantada con la situación.

Cuando poco después volvió al salón, su hija y Marcos seguían de la mano y se miraban embelesados. Le irritó porque percibió el malestar de Fernando. Parecía tenso y miraba a Marcos de arriba abajo. Eso hizo ella también y comprobó con sorpresa lo poco que tenían en común. Fernando tan elegante, con traje y corbata. Impecable..., el pelo corto, peinado hacia atrás...

Y el otro vestido tan informal, con unos simples vaqueros y una camisa arremangada. El cabello parecía más bien despeinado con mechones largos en la parte superior y en la nuca. Era atractivo, pero no era el hombre adecuado para su hija. De eso no tenía la menor duda.

Durante la comida, Marcos se sintió muy observado por todos, especialmente por Fernando y Ana. Pensó que tal vez no había hecho bien en aceptar la invitación de Cris. El único que le hablaba con naturalidad era Héctor, que se interesó por su adaptación al lugar.

—Lo peor es el calor —afirmó—, por lo demás estoy encantado. La gente es muy hospitalaria y amable.

Mientras hablaba, Cris lo miraba extasiada siguiendo cada uno de sus gestos y sus palabras. La que apenas abrió la boca fue Ana. Seguía molesta por la encerrona de su hija y estaba muy enfadada, aunque trataba de disimular su disgusto sonriendo a los invitados, especialmente a Fernando, al que veía demasiado incómodo.

Después de los cafés, Cris se llevó a Marcos a pasear por el jardín.

Se reía divertida recordando la expresión de su madre.

—Ha actuado con mucha diplomacia —comentó riéndose—. Sabía que no se iba a negar en presencia de todos. Hubiera quedado muy mal decirte que no podías quedarte. Eso va contra sus normas y su educación, y mucho más delante de sus invitados.

Marcos la estrujó contra él antes de besarla.

—Eres muy mala... —dijo bromeando—. Por cierto, estás preciosa.

—*Hum...* bésame otra vez...

Volvió a hacerlo. Estaban en la parte trasera de la casa, seguros de que nadie podía verlos. Tan pegados el uno al otro que ella pudo sentir su excitación, y tan ensimismados besándose que no percibieron que alguien se acercaba.

Ana se quedó perpleja cuando los encontró besándose de aquel modo. Ni siquiera la habían oído. Se quedó abochornada, pero no pensaba tolerarlo.

—¡Cristina! —exclamó alzando la voz—. ¿Se puede saber qué haces?

Los dos se soltaron dando un respingo. Su hija se ruborizó y Marcos miró para otro lado, avergonzado.

—Mamá...

—Fernando se va. ¿Podrías al menos ir a despedirle? —preguntó con tono enfadado.

—Sí, claro...

Pasó a su lado sin mirarla y Marcos la siguió. Notó la mirada indignada de Ana sobre él.

—Nosotros también nos vamos —anunció Cris nada más irse Fernando—. Voy a por mis cosas.

Mientras tanto, Marcos permaneció de pie en el *hall*. Los demás seguían en el salón, todos menos Ana, que lo miraba de arriba abajo. Él también la observó. Era una mujer muy elegante. Su aspecto y su ropa eran perfectos. Sin duda había sido muy bella en su juventud, porque aún se veía atractiva. Sus ojos de color castaño eran grandes y expresivos. El cabello, castaño

rojizo, perfectamente peinado, corto, liso hasta debajo de las orejas. Iba maquillada y tenía una bonita sonrisa, solo que ahora no sonreía. Al contrario, lo miraba con desaire sin perder detalle. Él bajó los ojos porque no era capaz de aguantarle la mirada y empezó a sentirse incómodo ante su presencia. Ana no dijo ni una palabra, solo lo observó unos segundos y luego se dirigió a la escalera, que subió con paso ligero. Al llegar a la puerta de la habitación de su hija, entró sin llamar. Cris estaba cambiándose de ropa.

—Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente —dijo enfadada—. Lo que has hecho hoy, clama al cielo... ¿Ese muchacho es tu novio? Porque es la primera noticia que tengo...

Cris la interrumpió.

—Ahora no, mamá. Tengo mucha prisa.

—Me estoy cansando de tus tonterías y locuras. No pienso consentir este comportamiento y mucho menos delante de tu tío y mis amigos. Es intolerable, y ya me estás hartando —dijo más enfadada levantando la voz.

—Lo siento, mamá. Pero Marcos me está esperando. Ya hablaremos.

—Espera un momento. Yo... te digo que esperes... ¡Cristina!

Pero su hija no le hizo ningún caso, salió dando un fuerte portazo, dejando a su madre con la palabra en la boca y más que sulfurada.

\*\*\*\*\*

—¿Es su novio? —preguntó Elvira un poco después.

—Pues no. Mejor dicho, no lo sé —respondió Ana irritada.

—Ella lo miraba entusiasmada. Y cuando entraron iban cogidos de la mano... bueno, en realidad estuvieron mucho tiempo sin soltarse.

—Lo sé, Elvira. Supongo que algo habrá entre ellos. Pero si es su novio, nunca nos ha dicho nada. Ya sabes que es muy reservada. Tal vez Veva lo sabe, no me extrañaría —dijo molesta—. Siento mucho lo sucedido. Ya me imagino que a Fernando no le ha agradado nada la situación. Yo no tenía ni

idea de que iba a traer a ese chico... vamos, ni idea...

—Ya me lo imagino, Ana. No es culpa tuya. Tranquila.

—Yo no puedo hacer nada, Elvira. Cris no me escucha ni atiende a mis consejos. Y de ese Marcos, solo sabemos que es profesor en el instituto.

—Por las pintas que lleva, ya puedes imaginarte cómo piensa.

—Sí, me lo imagino. Los encontré besándose en el jardín, tan tranquilos como si nada.

—Pues entonces irán en serio, Ana.

—No lo sé, Elvira. No lo sé.

Ana tenía la imagen en su cabeza de cómo los había encontrado y prefirió no pensar en lo que no veía. No había duda de que Marcos era su novio. Se sintió crispada no solo porque lo fuera, también al pensar que Cris se había burlado de ella ante todos, al obligarla a invitar al joven a comer en casa. ¿Cómo era posible que su hija hubiera cambiado tanto? Sin duda era la influencia de sus amigos, sobre todo de esa Laura que no le gustaba nada. Cris estaba dejando escapar un buen partido como Fernando para liarse con aquel muchacho desconocido, que sería de la misma clase que el resto de la pandilla, jóvenes liberales, anticlericales, defensores de las uniones libres, de izquierdas y todo lo que ella detestaba. Pero ¿en qué estaba pensando Cristina? Y encontrarlos besándose de esa manera, sin importarles quien les pudiera ver... no quería ni pensarlo.

\*\*\*\*\*

Marcos y Cris volvieron a disfrutar de estar uno en los brazos del otro, refugiados en el apartamento. Esta vez ella se mostró más atrevida. Lo besó, lo acarició sin reparos y se entregaron al juego del sexo hasta quedar agotados.

—Así que ese Fernando es con quien quiere casarte tu madre —dijo Marcos después de besarla.

—*Hum...* así es... con ese o con otro parecido.

—Se quedó de piedra cuando nos encontró besándonos. Vaya apuro.

Ella se rio con gana.

—Pues yo me he divertido mucho. Estaba indignadísima. Ya me imagino todo lo que voy a tener que escuchar cuando regrese. Debe de estar hecha una furia.

—No deberías burlarte. No seas mala... —dijo él bromeando.

La besó.

—No soy mala. Solo digo la verdad —respondió sonriendo.

—Eres un encanto. No sabes la alegría que me da haberte encontrado.

Ella, emocionada, lo besó.

Se ducharon juntos y volvieron a hacer el amor antes de empezar ni siquiera a vestirse.

A las siete se reunieron con el resto de sus amigos. Llegaron sonrientes y cogidos de la mano. Nadie les preguntó nada, pero todos percibieron los rostros de felicidad que rebosaban. Más tarde volvieron al apartamento, donde no pararon de besarse.

—Tengo que irme, Marcos. Ya es tarde...

—Quédate y duerme conmigo, Cris.

—Me encantaría, pero si pasara la noche contigo mi madre me mataría. Además mañana tenemos que madrugar.

—De verdad, me harías muy feliz. Haríamos el amor toda la noche. ¿Qué te parece la idea?

—*Hum...* sería maravilloso pero no puedo, Marcos.

Se puso de pie, pero él la agarró del brazo y la hizo caer sobre la cama para volver a besarla.

—Anda, Marcos, Suéltame...

—Está bien —dijo él resignado—. Te llevaré a casa.

—Puedo ir en taxi, no te preocupes.

—No, mejor te llevo, así podré disfrutar un poco más de tiempo a tu lado.

Ella sabía que en cuanto llegara a casa, su madre la sometería a un interrogatorio exhaustivo con respecto a Marcos y la relación que tenía con él. Sin embargo, sus padres estaban viendo la televisión y no parecía que tuvieran muchas ganas de hablar. La saludaron, pero luego siguieron atentos



a la pantalla. Sí percibió en la mirada y gesto de su madre que estaba enfadada, así que antes que empezara a echarle la bronca o a preguntarle cosas que ella no quería explicar, les dio las buenas noches y se escabulló a su habitación. Se sentía cansada y lo único que le apetecía era echarse a dormir y soñar con Marcos.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente el despertador sonó a las siete y media. Cris lo apagó sin abrir los ojos. Tenía sueño y no le apetecía levantarse. Se preguntó de qué humor estaría su madre y qué cara pondría al verla. Después de unos minutos, salió de la cama y se metió en la ducha, esperando a despejarse lo suficiente para aparecer radiante ante sus padres.

Estos desayunaban en el comedor cuando ella apareció y les dio los buenos días. Su padre respondió pero su madre no dijo nada, así que Cris supuso que seguía enfadada. Prefirió ignorarla que empezar a discutir a primera hora de la mañana. Se tomó el zumo de naranja con rapidez y sin probar bocado, alegó que tenía mucha prisa y se levantó de la silla.

—¿No vas a tomar ni una taza de café? —preguntó su madre.

—No. Tengo mucha prisa.

—Pero...

Cris, sin mirarlos, añadió:

—Me voy. No me esperéis para comer. Y no sé si vendré a cenar... — aclaró.

—Vaya —respondió su padre—. Espero que al menos estés aquí para dormir.

Se giró para irse, pero la voz de su madre la hizo detenerse.

—Quiero que vengas a comer. Tú y yo tenemos que hablar.

Se volvió hacia ella con cara de enfado.

—¿Has invitado a Fernando por casualidad, mamá?

—No seas descarada, Cris. Te recuerdo que ayer invitaste a ese Marcos o como se llame sin consultarme ¿Te parece adecuado ese comportamiento? Porque a mí no me lo parece.

Su hija no respondió.

—Mejor, me voy.

—Esto no es una pensión ni un hotel. Vives con nosotros —exclamó su madre irritada—. Hay un mínimo de normas que tienes que respetar. Vives con nosotros, no se te olvide.

—Lo siento, mamá. Pero voy a llegar tarde...

Salió con paso apresurado, sin volverse ni a mirarlos.

Cuando el matrimonio se quedó a solas, Ana miró a su marido que leía el periódico sin inmutarse.

—Y tú, Héctor. ¿No tienes nada que decir?

—Ya no es una niña. ¿Qué quieres que te diga?

Ana resopló.

—No me gusta nada ese chico. Vive solo en un apartamento, él mismo lo dijo ayer. Y no me agrada la idea de saber que tu hija esté allí con él. Porque ¿qué crees? No me parece decente. Aquí casi todo el mundo nos conoce. ¡Qué va a decir la gente!

—Te preocupas demasiado por la gente, Ana. Son jóvenes. Déjalos tranquilos.

Ella lo miró indignada.

—¿Es que a ti no te importa lo que digan de tu hija? Es intolerable, Héctor.

—Los tiempos cambian, Ana. Gracias a Dios.

—Ya, pero para peor. Se ha perdido la decencia, la moral, los valores. Es una vergüenza. Yo no pienso tolerarlo. Cuando vuelva, me va a oír. ¿A dónde vamos a llegar? ¡Qué inmoralidad! —exclamó alterada, levantándose de la silla.

Su marido cogió otro periódico y se puso a ojearlo. No deseaba seguir con la conversación, ya que nunca se pondrían de acuerdo. No es que le agradara que su hija estuviera en boca de todo el mundo, como aseguraba su esposa, pero no podía hacer nada. Cris ya no era una chiquilla y él no pensaba entrometerse en su vida personal, siempre que no rebasará los límites de lo

que él consideraba lógico y normal para los tiempos que vivían, por mucho que a su mujer le espantara.

Cris se citó con Laura dos días después y le confesó todo lo sucedido con Marcos. Le comentó lo ilusionada que estaba con su relación y que cada día que pasaba estaba más enamorada de él.

—Ya se te ve en esa carita de felicidad que tienes —afirmó sonriendo.

—Marcos es fantástico.

Laura le preguntó si había roto con Estela y su amiga no supo qué responder. En realidad no había terminado con ella. Laura opinó que era lo primero que tenía que hacer.

—Espero que no esté jugando con las dos. Cuanto antes rompa con su novia, mejor para los tres. Deberías decírselo.

—Ya, pero comprende que cuando estoy con él, lo que menos me apetece es hablar de Estela. No quiero recordar que existe.

—Me imagino, y supongo que no será nada fácil para Marcos decírselo así por teléfono como si nada. No pretenderás ser su novia aquí, quiero decir que esté con las dos. No me parece justo ni para ti ni para ella. ¿O a ti sí? —preguntó.

—No sé, Laura. No me presiones, por favor... Además estoy muy feliz y no deseo pensar en nada que enturbie este momento. Me importa el presente nada más. Y cuando estoy con él hablamos de muchas cosas, pero no de Estela precisamente.

—Ah ¿pero es qué habláis? Pensé que pasabais el tiempo en otras cosas —afirmó divertida—. Dime al menos que es bueno en la cama...

—Anda, no seas cotilla, Laura

—Soy tu mejor amiga. Tengo derecho a saberlo.

Cris sonrió.

—*Hum...* Es maravilloso.

—Menos mal.

Las dos se rieron.

\*\*\*\*\*

Cris no dejaba de darle vueltas a la conversación mantenida con Laura. Marcos no había roto con Estela, y eso no solo le molestaba, también le preocupaba mucho. Ella no deseaba ser su amante ni una amiga especial, quería ser su novia y acabó por decírselo. Él prometió que rompería la relación, pero confesó que no sabía cómo hacerlo porque había intentado decírselo en dos ocasiones, aunque al final no había sido capaz.

—Y ¿a qué vas a esperar? ¿A verla de nuevo?

—No sé, Cris. No sé... pero mírame —dijo mientras le acariciaba el rostro con sus dedos—. Yo te quiero. Te quiero de verdad y no puedo pensar en nadie más que en ti. En tocarte, besarte... —añadió acercándole los labios—. Solo en ti...

Ella sonrió.

—Yo también te quiero, Marcos. No sabes cuánto.

\*\*\*\*\*

CRIS salió de casa de Laura y se dirigió al piso de Marcos. Se sentía pletórica y feliz. En la última semana, su relación se iba consolidando. Marcos estaba siempre pendiente de ella. Apenas veían al grupo de amigos y preferían pasar el tiempo a solas disfrutando no solo del sexo, también de estar juntos; paseaban, iban a cenar, al cine... Esa tarde tenían planeado salir de la ciudad, irse a un pueblo cercano. Allí cenarían temprano y luego acabarían refugiados en el apartamento, haciendo el amor como tantas veces hasta casi la medianoche, hora en la que regresaba a casa, pues los viernes se quedaba hasta más tarde.

Subió la escalera pensando en que nada más verse se besarían y tembló de emoción.

Llamó a la puerta, y un Marcos visiblemente nervioso y confuso abrió. Ella fue a besarlo pero él se apartó. Cris se quedó indecisa, mirándolo sin entender su reacción hasta que una voz conocida hizo que desviara la mirada hacia la derecha del pasillo.

—Hola, Cristina. Era Cristina ¿verdad?... tu nombre...

—Ho... hola —respondió atónita mirando a Estela, que se había acercado a ellos sonriente.

Durante unos minutos permanecieron en el *hall* en una situación tan violenta que ninguno sabía por dónde salir.

—Te traigo estos papeles —dijo dándole una carpeta—, de parte de Laura.

—Ah, sí. Gracias —respondió sin mirarla.

—Y ya... ya me voy —añadió confusa.

—¿Por qué no te quedas? —preguntó Estela con una sonrisa fingida.

—¿Eh? Oh, no. Seguro que tendréis mucho que hablar.

Miró a Marcos, pero él fue incapaz de sostenerle la mirada.

—Adiós, Marcos.

—Adiós, Cris.

Salió de allí echando chispas. ¿Qué hacía Estela en el apartamento de Marcos? ¿Cuándo había llegado? ¿Por qué él no le había dicho que iba a venir? Y para colmo no había hecho nada para que se quedara. La había dejado irse así sin más. Sintió que los celos la invadían por dentro. Hubiera deseado dar la vuelta y decirle a Estela lo que existía entre Marcos y ella, pero en vez de eso, se fue a casa. Se sentía fatal. En ese momento solo deseaba estar sola.

\*\*\*\*\*

Estela había llegado de improviso, como la otra vez, apenas media hora antes. Marcos no la esperaba y se había quedado de piedra al verla con la maleta a la puerta de su casa, al regresar del instituto. Ella le aclaró que tenía unos días libres, pensaba pasarlos con él y decidió darle una sorpresa. Pero Marcos la recibió con tanta frialdad que ella comprendió al instante que ya no era suyo. Supuso que por causa de Cris, pero prefirió no decir nada, por eso cuando apareció fingió no darse por enterada de que había algo entre ellos.

Marcos no quería herirla, pero comprendió que tenía que aclarar las cosas. Cuando ya estaba dispuesto a hablar, Estela lo hizo por él.

—¿Es esta la puta con la que te acuestas? —inquirió mirándolo.

—No hace falta que la insultes —respondió molesto.

—Mira, Marcos, no he recorrido tantos kilómetros para que ahora me des con la puerta en las narices. Me quedaré estos cinco días te guste o no.

—¿Acaso te he dicho que te fueras?

—No, pero te encantaría. Y no, no pienso darte ese gusto, ni a ti, ni a la zorra de tu amiguita.

—Te he dicho que no tienes por qué insultarla.

Cogió las llaves que estaban sobre la mesa, dispuesto a salir.

—Vuelvo enseguida. Necesito tomar el aire —dijo—. De paso compraré algo para cenar. Ponte cómoda. Estás en tu casa... —añadió con cierto retintín.

—Eso pienso hacer. ¿Tienes cerveza?

—En la nevera.

Salió dando un portazo. Estela sonrió para sus adentros.

—Menudo cabrón —dijo en voz alta—, pero no, no te daré el gusto deirme. Te vas a joder, Marcos. Tú y esa puta, os vais a joder...

\*\*\*\*\*

Cris se cruzó con su madre en el jardín.

—Qué raro que estés en casa tan temprano siendo viernes. ¿No sales hoy?

—Déjame, mamá. No estoy de humor.

Se fue a su habitación y estuvo más de media hora tumbada en la cama, mirando el techo. Estaba amargada, nerviosa, compungida pensando en Estela. ¿Por qué había aparecido en ese preciso momento? Toda la culpa era de Marcos. Tenía que haber roto con ella. Ahora la situación era absurda. ¿Qué estaría pasando en el apartamento de Marcos? ¿Le habría dicho la verdad? ¿Habría confesado lo que existía entre ellos?

Poco después su madre entró en la habitación para decirle que la llamaban por teléfono.

—¿Quién es?

—Tu amigo o novio... o lo que sea... Ese Marcos o como se llame... —respondió con tono despectivo.

Bajó la escalera con calma ante el asombro de Ana, que no entendía aquella actitud tan apática cuando otras veces corría como una loca a responder las llamadas del joven.

Lo saludó sin ganas. No preguntó. Esperó a que él hablara.

—No sabía que iba a venir. Te lo juro. Mira, hablaré con ella, aunque ya se lo imagina, pero no puedo decirle que se vaya. Solo serán unos días. No va a ocurrir nada entre los dos, por favor, entiéndeme. Te prometo que no me acostaré con ella. Te lo prometo, Cris.

—Ahora no puedo hablar —respondió viendo que su madre no le quitaba ojo.

—¿Quieres hablar más alto? No te oigo nada. Estoy llamando desde una cabina y hay mucho ruido. ¿Qué decías?

Ella, furiosa, colgó el auricular con rabia.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan misteriosa? —preguntó su madre.

—¿Por qué tiene que ocurrirme algo? —respondió con rabia—. No me ocurre nada.

—Pero...

Cris se dirigió a la cocina. Veva la miró y al verla tan seria también le preguntó si le pasaba algo.

—Qué pesadez —exclamó furiosa—, no solo mamá, ahora tú también. No me ocurre nada, nadaaaaaa...

—Menudo genio —murmuró la mujer.

Cris se sirvió un café. Segundos después su madre entró para informar a Veva de que cenarían en cuanto Héctor y Rafael regresaran.

—Bien, señora.

Se fijó en su hija, que con una taza de café en las manos miraba a la ventana, completamente abstraída. Se imaginó que había ido a contarle sus problemas a Veva y eso le molestó.

—¡Vaya hora de tomar café! —dijo por incordiar más que nada.

—¿Es que también tengo que pedirte permiso? —respondió burlándose.

—A mí no me hables en ese tono.

Cris dio un manotazo a la taza haciendo que se derramara parte del líquido por la mesa, ante la asombrada mirada de las dos mujeres. Luego salió de la cocina dando tal portazo que pareció retumbar en toda la casa.

—¿Tienes idea de lo que pasa, Veva?

—No, señora. Ni idea...

Ana pensó que sería por Marcos, quizás les iba mal. Inconscientemente se alegró.



\*\*\*\*\*

Cuando Marcos regreso al apartamento, encontró a Estela tan tranquila viendo la televisión. Él se acercó y la apagó.

—Tenemos que hablar.

Ella sonrió con burla.

—Ya sé lo que vas a decirme, Marcos. Te has acostado con Cris y estás tan encoñado que piensas que debes romper conmigo.

—No es así de simple. Estoy enamorado de ella.

—Por favor. No digas estupideces. Un polvo es un polvo. No confundas. Puedo perdonarte que hayas tenido un momento de debilidad, pero de ahí a decirme que te has enamorado. ¡Venga, Marcos! No seas imbécil...

—Estoy diciendo que ya no te quiero.

Estela tragó saliva. No deseaba escucharlo.

—Lo siento, pero a veces las cosas suceden sin buscarlas. Yo no tengo la culpa.

—Ah... ¿la tengo yo, acaso?

—No, no. Pero yo tampoco.

—¿Vas a tirar una relación de cuatro años por una aventura de dos días? ¿Cuánto lleváis juntos? Si no hace ni dos meses que estábamos en Semana Santa. ¿En serio quieres cortar conmigo? —preguntó ofendida.

—Reconoce que hace tiempo que nos va mal, Estela.

—Pero ¿cuánto hace que estás con ella? Sé sincero.

—Mañana hace quince días.

Ella lo miró incrédula.

—¿Por una aventura de dos semanas tiras por la borda cuatro años de relación? Tú estás mal de la cabeza, Marcos.

De pronto empezó a llorar y Marcos se sintió fatal. No sabía qué decirle. Se acercó e intento abrazarla, asegurando que siempre serían amigos. Ella se

enfureció y lo empujó con rabia.

—¿Mi amigo? Yo no quiero ser tu amiga, quiero ser tu novia, tu amante... seguir con lo nuestro.

—Por favor, Estela. Somos adultos. No me lo hagas más difícil.

—Y ¿cuándo pensabas decírmelo? ¿Ibas a enviarme un telegrama?

—Me parecía muy cruel decírtelo por teléfono. Por eso no te lo había dicho aún.

Ella se quedó mirándolo con rabia.

—En realidad, pensaba decírtelo hoy cuando te llamara como todos los viernes —confesó.

—No puedo creerlo. No puedo creer que me hagas esto, Marcos.

Se acercó a él, quiso abrazarlo y él se dejó con motivo de consolarla. Pero de pronto, Estela lo besó. A él le cogió de improviso. Intentó apartarla pero ella se había aferrado a su cuerpo con ansia. Empezó a acariciarlo por debajo de la camisa al tiempo que lo besaba desesperada, esperando que respondiera. Por un momento creyó lograrlo, pero Marcos acabó empujándola con brusquedad.

—No, Estela. Lo siento, pero no.

Ella se alejó llena de rabia y se encerró en la habitación.

—Maldita sea... —murmuró Marcos por lo bajo.

Tenía que haber roto con ella el mismo día que se acostó con Cris, no esperar a que pasaran dos semanas. Lo cierto es que ya había preparado y ensayado lo que le iba a decir por la noche cuando la llamara. Con lo que no contaba era que Estela se fuera a presentar allí. Se sentó en la butaca y se quedó pensando qué iba a ocurrir en los días siguientes, ya que Estela había dejado bien claro que no se iría hasta pasados cinco días.

\*\*\*\*\*

Cris cenaba con sus padres y en el comedor, pero no tenía apetito. Llevaba un

rato dando vueltas al pescado sin decidirse a probarlo. Se limitó a comer las cuatro patatas que había en su plato mientras su padre y su tío no dejaban de hablar. Le empezó a doler la cabeza. No hablaba. Tenía la expresión triste. Dejó el tenedor y el cuchillo sobre el plato y se quedó totalmente abstraída, ajena a todo.

—Y ¿a ti que te ocurre? —preguntó su padre—. ¿Es que no piensas comer nada?

—Me duele la cabeza. Si me disculpáis. —Hizo ademán de levantarse, pero su madre se lo impidió.

—Siéntate —ordenó enfadada— y come algo. Luego vas a por una aspirina si quieres.

—No tengo hambre.

—Pero si cada día estás más delgada. ¿Has visto lo ojerosa que estás? ¿Te has visto?

—Mamá, te repito que no tengo hambre.

Su tío también opinó.

—Tu madre tiene razón. No tienes buen aspecto. Y además...

Era lo que le faltaba, que también se metiera en eso.

—No me interesa tu opinión —contestó desafiante.

—¡Cristina! No seas impertinente. Discúlpate ahora mismo —protestó su madre.

Lejos de disculparse. Se levantó y tiró la servilleta con brusquedad. No estaba de humor para aguantar a nadie y mucho menos a su tío Rafael. Salió del comedor con paso ligero.

Su padre movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Está enamorada?

—No lo sé, Héctor. Me desespera. Está insoportable. Nunca está en casa y cuando lo está, ya ves... No se entiende ni ella.

—¡Qué juventud! —exclamó Rafael—. Si es por amor, más vale que se desenamore —añadió divertido.

—No sé qué será peor. Esta mañana estaba tan contenta y ahora... algo ha debido de pasarle pero por más que le he preguntado, ya sabes cómo es... no hay manera de sonsacarle nada. Ya la dejé por imposible —aclaró Ana.

—Ya se le pasará. Cuando más caso le hagas, peor... —comentó Rafael.

Cris no era capaz de dormir consumida por los celos. No quería ni pensar que Marcos y Estela estuvieran en la misma cama. A las tres de la madrugada, incapaz de conciliar el sueño, se dirigió sigilosamente al salón. Desde allí telefoneó a Marcos. Quería saber qué había pasado porque le podía la impaciencia y no deseaba esperar hasta el día siguiente. Cuando Marcos descolgó, se quedó en silencio sin ser capaz de decir nada. Él se imaginó que sería ella.

—¿Eres tú, Cris?

—Sí, soy yo —dijo en voz baja—. No puedo dormir. ¿Se lo has dicho?

Él le explico que Estela estaba al tanto de todo y que estuviera tranquila, ya que todo se arreglaría.

—Es que me muero de celos —confesó.

A él le halagó tanta sinceridad.

—Solo te quiero a ti. Y déjame decirte que no pienso dejarte escapar. Puedes ir al mismo infierno, que yo iré contigo.

Ella se sintió mejor al escuchar sus palabras.

—Dime ¿qué llevas puesto? —preguntó él con picardía.

—No seas tonto —respondió soltando una risita.

—No, en serio. Me gustaría saberlo. Solo quiero imaginarte...

—Pues...

La luz del salón se encendió de pronto. Cris se giró hacia la puerta. Su tío Rafael la observaba con curiosidad.

—Tengo que colgar. Ya te llamaré.

—Vale.

Colgó el auricular. Miró a su tío y torció el gesto, mostrándole lo poco que le agradaba verlo.

—¿Me estás espiando? —preguntó.

—No, señorita. Iba a beber a la cocina cuando escuché un ruido y como todo estaba tan oscuro, me pareció raro.

—No se puede tener ni un minuto de intimidad en esta casa. Eres agobiante —afirmó molesta.

—Si fueras hija mía, te daría un par de bofetadas —dijo enfadado.

Cris pasó junto a él y sonrió sarcástica.

—Afortunadamente no lo soy. Me voy a la cama.

El hombre murmuró algo por lo bajo que ella no logró entender, pero se imaginó que sería cualquier impertinencia. Sabía que su tío no le tenía mucho cariño, quizás porque se habían tratado poco, sobre todo cuando era niña. Ahora le incordiaba que siempre estuviera allí entrometiéndose en todo lo que concernía a su vida. Y para colmo había decidido vender su apartamento para instalarse definitivamente en la casa, aconsejado por Ana que lo veía hacerse mayor y pensaba que estaba muy solo. A Héctor también le pareció muy buena idea. Aunque eran muy diferentes, se llevaban bien. Rafael siempre se había mantenido al margen de la vida matrimonial de su hermana. No lo hacía con su sobrina porque pensaba que era su deber, enmendarla espiritualmente. Deseaba que asistiera a la iglesia y se comportara como correspondía a una chica de su clase y educación.

Siempre calentaba la cabeza a Ana quejándose de que Cris era una impertinente, llena de rebeldía, e intentaba aconsejarle sobre cómo tenía que actuar con ella. Eso les había costado a las dos muchas discusiones y broncas, y sabiendo que era su tío quien hacía que se enfrentaran, su resentimiento hacia él crecía día a día.

Recordaba que cuando era adolescente y pasaba el verano en casa, siempre escuchaba a su tío decir lo mismo.

—Esta niña lo que necesita es disciplina, Ana. Está muy consentida.

A Cris le enfurecía oírlo. No estaba ni la mitad de consentida que las hijas de otros matrimonios amigos de sus padres. Al contrario. Su madre no le pasaba una, y no se reprimía en castigarla o darle un tortazo si lo consideraba necesario. Siempre había sido severa y rígida en su educación, como si no tuviera bastante con el colegio, pensaba Cris. Por eso recurría a Veva, que la consolaba cuando aparecía por la cocina disgustada o con lágrimas en los ojos.

—Ay, mi niña. ¿Por qué haces enfadar a tu madre? Ya sabes que tiene mucho genio.

Cris se encogía de hombros y se dejaba mimar por la mujer.

—Es mi tío —respondía a veces afligida—. Ella siempre le hace caso, a mí no me escucha —se defendía—. Ojalá se casara y se fuera a vivir lejos de aquí.

Pero Rafael no se había casado ni tenía interés alguno en el matrimonio, para desconsuelo de su sobrina que nunca pudo ver hecho realidad su deseo.

\*\*\*\*\*

ESTELA se sentía desolada. Se resistía a creer que Marcos deseara romper su noviazgo. ¿Cómo era posible? Se había dejado engatusar por aquella rubita, guapa, de modales educados y vestida con ropa cara, que nada tenía que ver con él. Marcos había insistido en que estaba enamorado y hasta confesó que llevaba meses loco por ella. ¿Cómo podía ser tan tonto? Tan iluso. Seguro que para Cristina no era más que una diversión. No se parecían en nada. No tenían nada en común. Ni la misma educación, ni la misma clase.

Él no quiso escuchar todos esos argumentos con los que Estela trataba de convencerlo. Incluso había preferido dormir en el sofá que compartir la cama con ella. Pero deseaba recuperarlo. Convencerse a sí misma de que su infidelidad no tenía importancia alguna.

Cuando se levantó, él no estaba en casa. Le había dejado una nota explicándole que estaba en el instituto en una reunión. Estela pensó que era una buena oportunidad para hablar con Cris a solas, sin que Marcos estuviera presente. Rebuscó el número de teléfono en la agenda de su novio que estaba sobre la mesa, pero no lo encontró. Optó por la guía telefónica y le fue muy fácil hallarlo. Era el único Klein que había en la zona.

Cris estaba en el comedor desayunando sola cuando el teléfono sonó. Se apresuró a descolgar pensando que sería Marcos y se quedó desconcertada al escuchar la voz de Estela. Al principio rehusó citarse con ella.

—Vamos, pienso que sería bueno que habláramos —propuso la chica.

—De acuerdo. En una hora, estaré ahí.

Estela abrió la puerta y observó a Cris, que vestía vaqueros claros y una blusa blanca. Apenas iba maquillada, pero sí se había puesto un poco de color en los labios.

—Pasa —dijo Estela.

Cris la siguió hasta la sala. La joven la invitó a sentarse.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

La dos estaban tensas. No sabían por dónde empezar.

—Ya sé que te acuestas con él —aclaró Estela mirándola fijamente.

Cris se ruborizó.

—No se trata solo de sexo. Si es lo que crees, estás muy equivocada.

—¿No? ¿Qué te ha dicho? ¿Me vas a decir como Marcos, que estáis enamoradísimos y no podéis vivir el uno sin el otro? ¿Te ha dicho que va a casarse contigo? ¡No me hagas reír! Lo que le pasa a Marcos es que está encoñado. Eso le pasa. Hasta cierto punto puedo entender que haya tenido un momento de debilidad. Pero nada más.

—¿Qué es lo que quieres, Estela? ¿Por qué me has hecho venir?

—Quiero que lo dejes en paz. Él nunca será tu pareja ni se casará contigo. Si es lo que pretendes, olvídale. Para él solo eres una aventura que no significa nada. Ahora bien, si quieres ser su puta mientras esté aquí...

Cris la miró atónita. Se levantó del sofá.

—Me voy. No pienso consentir que me insultes.

—Te recomiendo que lo dejes tranquilo. Si no quieres que me encargue de decirles a todos que detrás de ese aspecto de pija que tienes, solo hay una asquerosa puta...

Cris no daba crédito a lo que oía. Se dirigió a la puerta y salió con paso apresurado.

Poco después Estela, desesperada y furiosa, volvió a marcar el número de los Klein. Pensó que sería una buena idea anunciar a la familia de Cris que esta se dedicaba a calentar la cama de su novio en su ausencia.

—¿Sí? —contestó una mujer, que Estela imaginó que sería la madre de Cris.

Ana se quedó petrificada en el sitio después de escuchar las acusaciones que una voz desconocida lanzaba a su hija, acusándola de ser una zorra y una



desvergonzada.

—Pero ¿cómo se atreve? ¿Quién es usted?

—Soy la novia de Marcos. Si no me cree, pregúntele a su hija.

Estela colgó satisfecha. Se imaginó que había dejado planchada a la mujer. No la conocía, pero sabía que a ninguna madre le gustaría oír tales acusaciones sobre una hija. Además, sabía por Flor que la señora de Klein era una estirada de ideas conservadoras y muy religiosa, por lo que supuso que no le habían hecho ninguna gracia sus palabras.

—Que se joda... —dijo Estela en voz alta.

Decidió esperar a la vuelta de Marcos para volver a hablar del tema y poner las cosas claras. Quizás él hubiera recapitado. Estaba dispuesta a perdonarle su infidelidad siempre que él quisiera retomar la relación con ella. Estaba convencida de que lo conseguiría.

\*\*\*\*\*

Ana se quedó desconcertada después de la llamada. No quería ni pensar que todo eso fuera cierto. Que ese chico, Marcos, tuviera novia y que al mismo tiempo su hija estaba con él. «¡Dios Mío!», pensó. «No puede ser».

Estaba ensimismada en esos pensamientos cuando Cris llamó para avisar de que comería con Laura en su casa. Ana no solo le respondió con voz enérgica y malhumorada, también le ordenó que volviera inmediatamente.

—¡Quiero que vengas ahora!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Te lo diré cuando estés aquí. Ven enseguida. Tengo que hablar contigo muy seriamente. ¿Me estás escuchando? —chilló por el auricular.

—Sí, mamá. No hace falta que grites.

Cuando colgó el teléfono, pensó que no le haría el más mínimo caso. Le comentó a Laura la conversación que acababa de tener con su madre, afirmando que no pensaba volver a casa.

—Luego me echará la culpa a mí, diciendo que no soy una buena influencia para ti.

—Tengo más cosas en que pensar, Laura.

Le había explicado todo lo sucedido con Estela, esperando que le aconsejara algo.

—Solo te queda esperar, Cris. Solo son unos días.

—Ni hablar.

—No creo que sea buena idea formar un trío, ¿no te parece?

—No te burles, Laura.

—Mira, habla con él, es lo mejor.

—Iré a buscarlo al instituto, a ver si tengo suerte y sigue allí.

Así lo hizo. Estuvo esperando hasta que lo divisó entre un grupo de profesores que salía por la puerta principal. Marcos se acercó hasta ella con una sonrisa. La besó en los labios con suavidad.

—Me encanta verte aquí.

—Tenemos que hablar, Marcos.

Él le quitó las gafas de sol y la miró sin dejar de sonreír.

—Tienes unos ojos preciosos, Cris. Es una lástima que los escondas tras esas gafas por muy Ray-Ban que sean.

Ella le echó los brazos al cuello y lo besó.

—*Hummm...* te he echado de menos —confesó mimosa.

—Yo también a ti.

Volvieron a besarse varias veces.

—Me encantan tus besos, Marcos, pero ahora tenemos que hablar...

\*\*\*\*\*

Mientras tanto Ana, agitada y nerviosa, miraba el reloj una y otra vez. Estaba tan disgustada que poco le faltaba para llorar. Seguro que sería cierto lo que

había tenido que oír sobre su hija. Cris estaría en la boca de todo el mundo. No, no podía ser. Ella no era de esa clase de chicas. Ellos eran una familia decente y respetable. Cris no podía hacerle algo así. Sería el centro de habladurías, comentarios, murmullos... y eso le aterraba. Viendo que pasaba el tiempo y no aparecía, decidió llamar a casa de Laura.

—Soy Ana Estévez. ¿Quieres decirle a mi hija que se ponga al teléfono?

—Ahora no está. Ha salido un momento.

—En cuanto llegue le dices de mi parte que venga a casa. Tengo que hablar con ella de algo muy serio. Ya se lo he dicho antes. No es ninguna broma. Díselo.

—Descuide, se lo diré.

Al mismo tiempo, Cris hablaba con Marcos de todo lo sucedido. Él aseguró que conocía a Estela lo suficiente como para asegurar que se iría al día siguiente o quizás antes. Cris asintió resignada.

—Está bien. Esperaré.

Se despidieron en el portal del edificio donde vivía Laura.

—Estaré aquí, Marcos. Si me necesitas, llámame.

—De acuerdo.

Laura le comunicó el mensaje de Ana Estévez.

—No sé qué habrás hecho, pero estaba realmente enfadada.

—*Bah*, serán esos histerismos que le dan de vez en cuando. Si hubiera pasado algo grave, lo hubiera dicho. Así que ya le veré por la noche. Seguro que es cualquier tontería.

Pero su madre tenía tal disgusto que no probó bocado. Además le dio una fuerte jaqueca y tuvo que acostarse. Héctor no consiguió que le dijera nada por más que le preguntó.

—¿Has discutido con Cris? —preguntó a media tarde cuando subió a verla a la habitación.

—¿No ha venido aún?

Su marido negó con la cabeza.

—Descansa, Ana. Seguro que si duermes, te sentirás mejor.

Pero no tenía ganas de dormir. Solo deseaba hablar con su hija. Pensó en lo mucho que se burlaba de ella y de su autoridad como madre, y eso la irritó más. «Se va a acordar», pensó. «Esta vez me va a oír».

\*\*\*\*\*

Marcos se encontró a Estela mucho más serena. Y cuando volvieron a hablar, él volvió a repetirle lo mismo, quería dejar su relación porque estaba muy enamorado de Cris.

—Eres como un niño, Marcos. Estás ilusionado con tu nuevo juguete pero al final te quedarás solo. ¿Acaso crees que su familia va a permitir que se case contigo? Tú, eres poco para ellos. No vas a poder mantener el ritmo de vida que lleva. ¿No ves la ropa que viste? ¿Crees que va a ir a un apartamento y se va a poner a cocinar y a fregar para ti? ¡Ja!... deja que me ría. Pero ¿en qué mundo vives? Dime ¿eso es lo que te va? ¿El lío de la burguesa y el proletario? Por favor...

Él la miró molesto.

—Veo que sabes mucho sobre ella. Tú, no la conoces en absoluto. No tienes ni idea. Tus comentarios están de más..., no la conoces.

—Flor ya se encargó la otra vez de decirme cómo es tu «princesita» —dijo con desprecio—. Y dime, ¿qué clase de lencería usa?... de lo más sexy y más fino... puedo imaginármelo. ¿Verdad? ¿Es eso lo que te gusta?

Él no se molestó en responder.

—Estás gilipollas, Marcos. No puedo creerlo. ¿El profesor progre y de izquierdas enamorado de una niña de papá? ¡Qué risa!...

—Deja de decir tonterías. Me voy a comer al bar. Estoy muerto de hambre. ¿Vienes?

—No. Me voy a la estación de autobuses a ver si hay billete. No pienso quedarme más en este lugar y tampoco quiero tu compañía.

—Como quieras. Y siento que las cosas hayan terminado así.

—No me hagas reír, Marcos. Estás mejor callado.

Se fue en el autobús de las cinco. Permitted que Marcos la acompañara.

—Las cosas que tengo tuyas, se las daré a tu hermana —afirmó sin mirarlo—. Y puedes irte, no hace falta que esperes.

Pero él esperó hasta que el autobús se puso en marcha y lo perdió de vista. No se sentía bien por lo ocurrido. Se fue a casa y estuvo largo tiempo solo, convenciéndose de que había hecho lo correcto. Pensó en Cris, y se dio

cuenta de lo mucho que deseaba verla.

Ella veía una película con Laura y Pedro cuando sonó el teléfono. Cuando Laura dijo que era para ella, puso una mueca de disgusto pensando que sería su madre.

—Es Marcos —aclaró su amiga.

Cinco minutos después se despedía de la pareja.

—Cris, si llama tu madre...

—Invéntate algo.

—Ay, Cris, no me metas en tus líos. Espero que no llame.

—Bueno, pues si llama, no le digas nada. Me voy. Adiós.

Laura cerró la puerta sonriente. Nunca había visto a su amiga tan feliz e ilusionada. Estaba loca por Marcos, era más que evidente. Esperaba que le saliera todo bien. Se lo merecía.

Marcos acariciaba el rostro de Cris mientras la miraba extasiado. Estaban en el sofá. Ella sentada sobre él.

—Tú eres lo único que me importa en esta vida —dijo después de besarla.

—No seas cursi, Marcos —contestó ella riéndose.

—No soy cursi. Es la verdad. Me tienes loco —dijo.

Le desabrochó los botones de la blusa y acarició con suavidad su piel blanca al tiempo que buscaba el cierre del sujetador. Ella lo miró con una sonrisa pícaro cuando él logró soltárselo. Después besó sus pezones mientras ella dejaba escapar un suspiro.

—Ven... —dijo él, haciendo ademán de incorporarse.

La llevó a la habitación y en la cama se rindieron una vez más al placer que sus cuerpos les proporcionaban. Se besaron, se acariciaron y se amaron, olvidándose de todo lo que no concerniera a aquel cuarto.

El cuerpo de Cris vibró de deseo y enloqueció entre los brazos de Marcos. Él la besó, la acarició, recorrió su piel palmo a palmo... la hizo subir al cielo y allí, todo lo demás dejaba de existir.

Después de la cena volvieron a entregarse el uno al otro con tanta pasión

que terminaron agotados, hasta el punto de que se durmieron tan profundamente que no se percataron de la hora.

Cris despertó sin saber dónde se encontraba ni en qué día estaba. Sintió el cuerpo de Marcos a su lado y fue consciente de que aún no había ido a casa. Miró el reloj convencida de que no sería demasiado tarde, pero cuando comprobó que eran las siete y media de la mañana lanzó una exclamación de pánico, haciendo que él se despertara sobresaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó alterado.

—Marcos, nos hemos dormido. He pasado la noche aquí. Mi madre me va a matar.

Se empezó a vestir apresuradamente, sin pasar ni por el baño.

—Vamos, tranquilízate. No eres ninguna niña. Tienes veintitrés años.

—Ya sabes cómo es mi madre. Le da gran importancia a estas cosas. Vivo con ella y le importa muy poco los años que tenga. Espero que cuando llegue estén todavía acostados.

—No será para tanto.

—Sí, sí lo es. No quiero ni pensar cómo se va a poner si se entera.

Se fue a toda prisa y media hora después llegó a casa. Comprobó con satisfacción que las persianas permanecían bajadas. Dejó el coche en el garaje y con todo sigilo se dirigió a la puerta de atrás para llegar más rápido a su habitación. Cuando se dispuso a abrir con la llave, alguien abrió desde dentro. Era su tío que iría a dar su paseo matinal. Se quedó muda al verlo. No contaba con él.

—Buenos días. ¿Has ido a desayunar a la ciudad? —preguntó irónico.

Ella no respondió. Se esfumó con rapidez y se encerró en su cuarto. Si por una vez su tío tuviera la delicadeza de callarse... pero sabía muy bien que no lo iba a hacer. A la menor oportunidad se lo diría a su madre y no quería ni pensar en el escándalo que iba a formar. Se metió en la cama, pero ya no durmió. Estaba tan nerviosa que rogó al cielo para que su tío, por una vez, mantuviera la boca cerrada.

\*\*\*\*\*

Ana se levantó como nueva después de la jaqueca del día anterior. Había vuelto a llamar a casa de Laura a las diez de la noche, preocupada porque pudiera haberle pasado algo a su hija. La joven se encontró atrapada sin saber qué decir.

—¿Y dónde está? —interrogó Ana muy alterada.

—No sé. Estará con otros amigos.

—Está con ese muchacho ¿verdad? Con Marcos...

—No sé, la verdad es que no tengo ni idea —mintió.

—Ya, claro. Seguro que no tienes ni idea.

Colgó furiosa. Su hija se le escapaba de las manos. Ella no quería ver cómo estropeaba su vida con esos amigos y ese trabajo sin aspiraciones. No pretendía que se hiciera novia de Fernando si no le atraía, solo deseaba que al menos le diera una oportunidad de conocerlo mejor, y además, seguro que el chico la haría alternar en otros ambientes, más propios de ella y de su clase social. La relacionaría con importantes abogados, médicos, políticos... lo mejor de la provincia. Pero Cris nunca la escuchaba y seguía haciendo lo que le daba la gana, sin hacer caso de sus consejos. Y ese Marcos no le gustaba nada, y después de saber que tenía otra novia, mucho menos.

Desayunaba con Rafael en el comedor. Héctor acababa de salir a dar un paseo.

—Ana —dijo su hermano—. Deberías controlar más a tu hija.

—¿Cómo? Dime... Ella con decir que es mayor de edad...

—No digo que sea como cuando tenía quince años, pero... —Se calló.

Su hermana lo miró intrigada. Se preguntó si le habría llegado algún rumor y eso la asustó. Él prosiguió hablando.

—Creo que aunque tenga edad para vivir su vida, como suele decir siempre, ya que vive con vosotros tendría que tener más respeto y consideración hacia los dos, que para eso sois sus padres.

—¿Crees que le importa? Ayer le dije que volviera pronto porque necesitaba hablar con ella. No me hizo caso, seguro que llegó a las tantas...

—Más bien no vino...

—¿Cómo qué no vino? No te entiendo.

—Cuando me disponía a salir esta mañana a las ocho, ella entraba. Se quedó de piedra al verme, seguro que no esperaba encontrar a nadie. Así que supongo que si una chica no pasa la noche en casa es porque está con su novio... y me imagino que no viendo la televisión, precisamente.

—¡Dios mío! ¿Es que ya no tiene vergüenza?

Dejó el desayuno sin terminar y subió a la habitación de su hija. Cris estaba en el baño. Se acababa de duchar y vestida con un albornoz, se secaba el pelo con una toalla cuando su madre entró sin llamar.

—¡Mamá, qué susto me has dado!

Adivinó por la mirada de su madre que ya estaba enterada.

—¿Dónde has pasado la noche? —preguntó furiosa.

Su hija no respondió.

—¡Contéstame! —chilló.

—En... en casa de Laura... —mintió.

—No mientas. Anoche te llamé allí y no estabas. ¿Has pasado la noche con ese chico? ¿Estabas en la cama de ese muchacho? ¡Contesta!

Cris se ruborizó pero siguió sin decir nada.

—¿Cómo me has hecho esto? ¿Estás loca? ¿Quieres estar en boca de todo el mundo? Avergonzándome a mí y a ti misma. ¿En qué estabas pensando? Aquí todo el mundo nos conoce. Primero llaman por teléfono diciendo barbaridades sobre ti y luego tú...

—¿Dé qué hablas?

Su madre le explicó rápidamente la llamada de Estela.

—No es su novia. Han roto y ella me odia... Pero ya no está con Marcos. Su novia soy yo.

—¿Vas a negarme que has pasado la noche con él?

Cris prefirió no responder. Salió del baño y pasó a la habitación seguida de su madre, completamente histérica.

—¡Respóndeme!

—¿Para qué me lo preguntas si ya lo sabes? Ese estúpido hermano que tienes ya se ha encargado de decírtelo, ¿no? ¿Por qué no lo publica en el periódico para que todo el mundo se entere? —preguntó sarcástica.

Ana estaba demasiado furiosa y alterada como para consentir que encima



se burlara de ella. La abofeteó sin contemplaciones en el momento en el que su marido, alarmado por las voces, entraba en la habitación para ver qué ocurría.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos?

—¡Pregúntale a tu querida hija! —respondió su mujer sulfurada, al mismo tiempo que salía de la habitación dejándolos solos.

Héctor miró a su hija, que lloraba.

—Vamos, no llores —dijo compasivo.

—¡Estoy harta! —chilló—. No sé por qué he querido vivir con vosotros. ¿Se cree que tengo doce años?

—Tranquilízate y cuéntame qué ha pasado.

Pero su hija no respondió. Se limpiaba las lágrimas.

—¿Qué le has dicho para que se pusiera así?

Siguió sin contestar.

—¿Puedes decirme qué ha pasado? —preguntó levantando la voz.

—No sabes cómo la odio —afirmó resentida, sin responder a la pregunta.

—¡No digas eso nunca más! —ordenó su padre enfadado—. ¿Me oyes? —añadió zarandeándola—. No sé qué ha pasado pero quiero que hables con tu madre con calma y sin discutir. ¿Podría ser por una vez?

Cris miraba a la alfombra.

—Mira, Cris. Ella te quiere mucho, mucho más de lo que quieres creer —afirmó con suavidad—. Eres lo más importante de su vida. Deberías pensar en ello y reflexionar un poco. ¿No te parece? No tienes edad para andar dando disgustos como cuando eras una adolescente. Eres una mujer...

—Pues díselo a ella, porque debe de ser la única que no se ha enterado aún. No a mí —contestó irónica.

Su padre movió la cabeza de un lado a otro. Y resopló.

—Que no se te olvide que por muy mayor que seas, nos debes un respeto. Procura tenerlo en cuenta la próxima vez.

Se giró y salió de la estancia en busca de su esposa. Ana estaba todavía alterada cuando Héctor le preguntó lo sucedido. Ella, entre sollozos, le explicó todo, desde la llamada de teléfono hasta que su hija había pasado la noche fuera de casa, algo que le parecía intolerable. Confesó que se había dejado llevar por los nervios y acabó por enfurecerla que Cris se lo tomara a

risa, como si no tuviera importancia lo que había hecho.

—No te angusties, Ana. Estoy seguro de que en ese momento, yo hubiera hecho lo mismo.

Pero su esposa sabía que él no la habría abofeteado nunca. Era mucho más tranquilo, más paciente y más comprensivo.

—Perdí los nervios —se excusó—. No pude controlarme.

Ana daba gracias al cielo cada día por haber encontrado un hombre como Héctor Klein. Que no compartiera sus ideas ni sus devotas costumbres no le importaba demasiado. Los dos habían sido educados de forma diferente. Ella en un ambiente religioso y clerical, y su marido en una familia poco convencional para la época y el país que le tocó vivir. Su familia, además de anticlerical, defendía los valores liberales y democráticos, algo de lo que todos los Klein se enorgullecían. Aun así, los dos respetaban ese espacio tan de cada uno y se abstendían de discutir sobre algo en lo que nunca estarían de acuerdo. De todos modos, Héctor dejó que su hija se educara bajo las convenciones de su esposa, sabiendo que cuando la niña se hiciera mayor, tomaría el camino que creyera más conveniente, y como no podía ser de otro modo, su manera de ver la vida se acercaba más a la suya que a la de su mujer y su cuñado.

Ana podía entender que los tiempos iban cambiando, pero no podía asimilar que Cris se pasara las horas en la cama de casi un desconocido. Si al menos tuviera un compromiso serio con él, pero no... ¿Dónde había dejado el decoro, las buenas costumbres? ¿Qué diría la gente, sus amistades? Era una vergüenza y no estaba dispuesta a consentir esa clase de comportamiento en su hija. No se había gastado un dineral en su educación y sus estudios para que ahora lo tirara todo por la borda con ese dichoso Marcos, que para colmo de males, tenía otra novia.

Marcos llamó horas después, dispuesto a hablar con Cris. Ana le habló de forma fría y sin ninguna amabilidad, afirmando que su hija estaba indispuesta y no podía ponerse al teléfono. Él no insistió más.

Cris no había salido de la habitación en toda la mañana. Permaneció echada sobre la cama sin enterarse de sus llamadas. Tampoco bajó a comer, alegando un fuerte dolor de cabeza.

Fue bien avanzada la tarde cuando apareció por el salón, arreglada y dispuesta a salir. Su madre y su tío tomaban café.

—¿A dónde vas? ¿Vas a salir? —preguntó su madre observándola.

Cris no respondió. Ana se levantó y fue hacia ella.

—¿Vas a salir? —volvió a preguntar.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Vas a volver a pegarme?

—¿Has comido algo al menos? Mira qué aspecto tienes...

Sin querer seguir escuchando, Cris se dirigió a la puerta de salida. Se dio de bruces con su padre que entraba en ese momento.

—¿A dónde vas? Hay una tormenta terrible. No creo que sea buena idea que te vayas ahora.

—¿Quieres decirle que vaya a comer algo? No ha comido nada en todo el día. A ver si a ti te hace más caso que a mí —protestó Ana acercándose.

Cris soltó un bufido.

—¿Queréis dejarme en paz? ¡Cuánta tontería!

—Es una locura que salgas con esta tormenta. Y deja de comportarte como una niña mimada. Ya está bien.

Ella torció el gesto y dio media vuelta, dirigiéndose al salón. Miró a su tío, que la observaba intrigado. Lo miró con rabia. Sintió deseos de gritarle que dejara de entrometerse en su vida, pero no lo hizo. Dejó el bolso y la chaqueta sobre la mesa y se fue a la cocina donde se sirvió una taza de café. Finalmente, cortó un trozo de bizcocho y se sentó dispuesta a tomárselo. Pensó en Veva, como el domingo era su día libre, no se había enterado de nada. Recordó cómo se refugiaba en sus brazos de niña, y eso le hizo sonreír.

Su padre entró y se sentó frente a ella, mirándola con gesto serio.

—¿Hasta cuándo piensas estar así?

—¿Así cómo?

—Deberías hablar con tu madre.

—Con ella es imposible hablar.

—Menudo disgusto le has dado. Y es que solo a ti se te ocurre pasar la noche con ese muchacho, sabiendo cómo es tu madre. A ninguna madre le gusta eso y mucho menos a la tuya. ¿Es que no lo sabes? ¿En qué estabas pensando? Y además, dime: ¿cuánto tiempo hace que sales con él? Porque ni siquiera sabemos si vas en serio... o qué tipo de relación tenéis, ni eso sabemos. ¿Me quieres decir desde cuándo eres su novia por lo menos?

Ella dudó.

—Casi un mes... —dijo tímidamente.

—¡Por favor! Un poco de vergüenza. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Es que... —intentaba disculparse pero no sabía cómo.

—¿Qué? ¿Qué esperas, que te aplauda?

Ella no contestó, solo miraba al suelo.

—No vuelvas a darle un disgusto así a tu madre. ¿Me has entendido? Y quiero que te disculpes con ella.

Lo miró sorprendida.

—¿Yo...? Pero, papá... no creo que sea yo quien deba disculparse.

—¿Ah, no? Pues yo creo que sí —contestó levantándose de la silla y dirigiéndose a la puerta.

Salió y la dejó sola. Se sintió tan abatida que decidió no salir. Además la tormenta no había cesado. Esperó en vano que Marcos la llamara, el teléfono no sonó. Lo vería al día siguiente y le explicaría lo sucedido. No se disculpó con su madre y durante la cena no se dirigieron la palabra. Ana seguía muy enfadada y ella también.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente cuando regresó a casa, después de las clases, se dirigió directamente a la cocina. No había podido ver a Marcos porque estaba en el instituto y tardaría dos horas más en salir. Podría haberse quedado a esperarlo, pero según estaban los ánimos en casa prefirió llegar a la hora de la comida. Sus padres daban mucha importancia a comer en familia y la puntualidad. Sin embargo, esta vez los que se retrasaban eran ellos.

—Han ido a comprar un regalo para la boda que tienen la semana que vienen —aclaró Veva.

—Pero si dijeron que no iban a ir.

—Pero por eso mismo han ido a comprarle un detalle.

—Ah.

Se sirvió un vaso de agua y luego se sentó en una de las sillas. Cogió una mandarina del frutero y se puso a ojear una revista que estaba encima de la mesa. A Veva le pareció extraño que estuviera tan callada y con gesto tan serio.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quieres contármelo? —preguntó la mujer sentándose a su lado.

—¿No te lo ha contado mamá?

—No.

—No veas el drama que se formó aquí ayer. Todo un espectáculo. ¡Con bofetadas incluidas! —exclamó mientras quitaba la piel a la mandarina.

—Ahora entiendo por qué estaba tu madre tan seria y tan callada toda la mañana.

Cris le relató todo lo sucedido, detalle por detalle.

—¿Qué te parece, Veva? ¿Crees que es para tanto?

—Bueno, supongo que para una madre y sobre todo la tuya, es muy duro aceptar que su niñita tiene vida sexual, tenga la edad que tenga. ¡Menuda es tu madre para esas cosas! Me imagino el disgusto que se habrá llevado. Deberías haber tenido un poco más de cabeza.

—Oh, Veva. ¿Vas a empezar tú también? No, por favor.

—No, yo no digo nada, pero seguro que tu madre está muy arrepentida, y ya sabes el genio que tiene.

—Se cree que todavía tengo doce años. No me habla, pero tampoco yo le dirijo la palabra.

—Y tu tío bien podría haberse quedado calladito.

—Sí, claro, Veva. ¿Todavía crees en los milagros? Con la manía que me tiene. Seguro que disfrutó contándolo. ¿Por qué lo tuve que encontrar? ¡Hay que tener mala suerte! —exclamó al tiempo que se levantaba de la silla.

En ese momento, su madre entró. Cris, al verla, salió de la cocina pasando a su lado y sin decir una palabra.

Ana suspiró.

—Veva, comeremos enseguida.

—Muy bien, señora.

Cris se encontró en el pasillo con su padre, que volvió a repetirle que se

disculpara con su madre.

—Es ella quien me debe una disculpa, papá.

Héctor negó con la cabeza.

—No seas terca, Cris, y hazme caso.

—Perdona, papá. Voy a cambiarme —dijo dirigiéndose a la escalera para subir a su habitación.

\*\*\*\*\*

Marcos estaba esperándola en el portal de la academia. Ella, al verlo, se acercó sonriente y lo abrazó.

—Estaba preocupado por ti. Te llamé varias veces, pero tu madre me dijo que estabas indispuesta y no podías ponerte al teléfono.

—¿De veras? No me ha dicho nada.

—Lo suponía.

—¡Qué harta estoy de ella! —exclamó indignada.

Sentada sobre las rodillas de Marcos, se dejaba abrazar y mimar por él. Se besaron una y otra vez, y como casi en todos sus encuentros, acabaron en la cama. Él intentó que olvidara las heridas que ella afirmaba sentir dentro de sí por causa del disgusto familiar del día anterior, y no escatimó en besos ni en caricias, ni en palabras cariñosas que la hicieron sentirse feliz.

—Marcos, te quiero tanto —dijo al tiempo que lo abrazaba.

Él sonrió halagado.

—Eres un encanto. ¿Sabes?

—Y tú ¿me quieres, Marcos?

—Estoy loco por ti, preciosa.

Ella sonrió.

—Dame el último beso, que tengo que irme ya —dijo mirando el reloj.

—¿No te quedas a dormir? —preguntó él bromeando.

Ella se rio.

—No creo que sea buena idea, Marcos. Mi madre todavía no se ha recuperado de lo del domingo y no creo que sea cuestión de provocarla más, créeme. Le daría un ataque de histeria.

—Está bien. Lo soportaré, Cris.

La soltó y mientras ella se vestía se dedicó a observarla en silencio.

—Mis padres se van a ir de viaje dos semanas. Creo que será fenomenal que te quedes conmigo en casa.

Él se levantó y se acercó a ella.

—¿Cómo que en tu casa? ¿Estás loca?

—Tú, déjame a mí.

DOS semanas después, la relación con su madre ya no era de enfrentamiento, pero tampoco se podía decir que hubiera gran armonía entre ambas. Ana esperaba que terminara el curso para que Marcos se fuera y de ese modo, lo que hubiera entre ellos se enfriara. Era la única solución posible para que su hija se olvidara del joven. Lo que Ana no sabía era que Marcos pensaba ir a visitar a su familia y permanecer con ellos solo dos semanas, para luego volver a pasar el resto del verano junto a Cris.

Todos los años, ella y Héctor solían ir a Madrid a hacer compras, al teatro y de paso estaban unos días con el hermano de su marido y su familia, que vivían en la capital. Ya tenían todo previsto para irse cuando Ana decidió hacer una advertencia a su hija.

—Lo único que te pido es que ahora que tu padre y yo nos vamos no traigas a ese muchacho a casa. No quiero que aproveches nuestra ausencia para... bueno, ya sabes lo que quiero decir...

—Por favor, mamá. No hace falta que sigas.

—Tu tío Rafael también se va mañana a ese viaje de estudios del colegio, pero volverá antes que nosotros.

—Mejor, así no me amargaré la existencia. Según es...

—Cris, no hables así de tu tío. Haz el favor.

Le dio un beso de despedida.

—Y compórtate.

—Que sí, mamá. No seas pesada.



Tres días después, Cris invitó a Marcos a pasar una semana en su casa. Con el calor asfixiante que hacía, le pareció que era de locos estar encerrados en un apartamento cuando podían disfrutar del sol y la piscina de su casa.

—¿Quieres que tu madre me odie todavía un poco más? —preguntó él.

—No se va a enterar. Ni Veva ni Tomás van a decir nada, estoy segura. Mi tío tampoco está. Tenemos la casa para nosotros solos.

Lo convenció y cuando se presentó con él ante Veva, afirmando que se quedaría unos días, la mujer la miró asombrada.

—Así que hoy, cena para dos —aclaró sonriendo.

—Bien. Tú sabrás lo que haces.

—No te preocupes, Veva. No pasa nada.

Durante ocho días se dedicaron a gozar de una vida privilegiada. Ambos creían estar en un sueño. Despertaban juntos cada mañana, en el cuarto de invitados que tenía una cama de matrimonio que solía utilizar su tío Erich con su mujer cuando iban a visitarlos. Hacían el amor a cualquier hora, compartían desayunos, comidas y cenas sin tener que molestarse ni siquiera en quitar un plato de la mesa. Allí estaba Veva dedicada a ellos y respetando tanto su intimidad que a veces tenían la sensación de estar realmente solos en casa. Veva se encargó de avisar a las dos asistentes, que iban unas horas por la mañana para ayudar en las tareas domésticas, que se abstuvieran de hacer cualquier comentario a la vuelta de los Klein sobre la presencia de Marcos, ya que era un asunto en que ninguna debía entrometerse.

Cuando los padres de Cris llamaban por teléfono, Marcos no movía ni un solo músculo para que no pudieran detectar su presencia, y ella actuaba con tanta normalidad que después bromeaban diciendo que se merecía un Óscar por su perfecta interpretación.

Por las tardes después del trabajo, la pareja se dedicaba a pasar el tiempo en la piscina y en muy pocas ocasiones salieron, ya que solo deseaban estar juntos, saboreando cada momento de su intimidad.

Llegó el último día que Marcos estaría junto a ella en aquel paraíso. Era sábado y la hora de la siesta. Veva descansaba en su dormitorio, ubicado al lado de la cocina, y la pareja estaba en la piscina, ella tumbada en la hamaca y él, que acababa de salir del agua, se acercó para besarla.

—Quiero casarme contigo, Cris.

Ella sonrió.

—O si quieres, mejor nos escapamos como en esas películas americanas. Ella soltó una carcajada.

—No sería mala idea. Pero como soy muy romántica me gusta más lo del vestido blanco, baile y todo lo demás.

—Está bien. Será como tú quieras. Haré todo lo que me pidas con tal de que sea conmigo con quien te cases.

La besó suavemente en los labios.

—¿En serio te casarías conmigo, Marcos?

—Claro que sí, ahora mismo si pudiera. Y déjame decirte que aunque no me va lo de la iglesia, solo por verte con el vestido blanco, cederé... vas a ser una novia preciosa, Cris.

A esa hora Rafael llegó en un taxi. Todos suponían que volvería al día siguiente, pero en realidad nunca había aclarado la fecha exacta de su regreso. Fue recibido por Tomás, que en ese momento se dedicaba a dar una capa de pintura a la verja de la entrada.

—Hola, Tomás, ¿qué tal estáis? ¿Ha regresado mi hermana de Madrid?

—No, señor. Vuelven el lunes.

—¿Está mi sobrina en casa? Y ¿Veva?

—Creo que sí, que la señorita está en casa. Veva, acostada, descansando. Pero si quiere, voy a avisarla.

—No te molestes, subiré a mi habitación.

—¿Le ayudo con el equipaje?

—No, no te preocupes, Tomás. Sigue con lo tuyo.

Cuando llegó a su habitación le pareció escuchar risas y voces acompañadas de un chapoteo de agua. Se acercó a la ventana, desde donde veía la piscina. Pudo contemplar a su sobrina, acompañada de Marcos. Lo reconoció nada más verlo. Estaban de pie y se besaban sin decoro alguno para luego tumbarse en las hamacas. Vio cómo el joven se entretenía no solo en besar los labios de su sobrina, también su piel, con lo que parecían disfrutar convencidos de que nadie los observaba. Marcos intentaba quitarle la parte superior del bikini sin que Cris hiciera nada por impedirselo. Y al ver que ambos seguían besándose y acariciándose, temió que aquello fuera a más. No estaba dispuesto a permitir que siguieran con aquel vergonzoso espectáculo, así que sin pararse a pensarlo, decidió presentarse ante ellos.

Seguían tan concentrados besándose que ni siquiera le sintieron llegar.

Ambos hubieran deseado que les tragara la tierra en el momento que escucharon la voz de Rafael detrás de ellos pronunciando el nombre de Cristina con énfasis. Se incorporaron de golpe. Ella se cubrió con una toalla y miró a su tío, atónita, sintiendo que le ardían las mejillas.

—Tío... ¿Cuándo has vuelto?

—Eso no importa ahora. ¿Por qué lo has metido en casa? ¿Sabe tu madre a lo que te dedicas en su ausencia?

Marcos no dijo nada. Miraba a Cris, abochornado.

—Eso no es asunto tuyo. Y estoy en mi casa —respondió enfadada.

—A tu madre le encantará saberlo. Y usted, joven —dijo mirando a Marcos—, váyase si es que le queda un poco de vergüenza, que desgraciadamente ya he visto bastante.

Se dio la vuelta y se quedaron enmudecidos sin saber qué decir.

Rafael no entendía mucho de mujeres. Había sido siempre un solitario. Era un hombre más bien frío. Nunca había sentido la necesidad de enamorarse ni formar una familia. Ya se había acostumbrado a vivir de ese modo y no deseaba ningún cambio en su vida. Le echó una bronca a Veva por haber permitido que Cris metiera al chico en casa.

—No es mi casa, señor. ¿Qué iba a hacer yo? No puedo prohibirle o decirle nada. Cristina ya es mayorcita. Yo no tengo ninguna autoridad sobre ella. ¿Qué iba a hacer?

—Avisar a su madre. Eso tenías que haber hecho y no permitir esta indecencia. Puedo imaginarme lo que va a decir mi hermana cuando se entere.

—Pero ¿se lo va a decir? Piense en el disgusto que le va a dar. Sería mejor que no dijera nada...

—Esto es el colmo. Por supuesto que se lo voy a decir. No voy a permitir que se burle de sus padres y encima se haga ella la ofendida. Esto ha ido demasiado lejos. No pienso consentir que esa niña malcriada se salga con la suya. Y se disguste o no, mi hermana tiene que enterarse.

Veva no replicó. Sabía que Ana Estévez armaría un buen drama en cuanto lo supiera. Esperaba que no le hiciera ningún reproche, pues no era culpa suya. No le había gustado la decisión de Cris, pero ella no pudo hacer otra

cosa que aceptarlo y no entrometerse. A saber cómo iba a acabar el asunto... miedo le daba pensarlo.

—No fue buena idea —dijo Marcos sentado al lado de Cris, que conducía hacia la ciudad.

—Fue mala suerte. Por unas horas...

—Ahora olvídate de que tu madre me acepte. Si ya no le caía bien... ahora con esto...

—Mira, Marcos. Estoy harta de mi madre y de que todo el mundo me diga lo que debo y no debo hacer, así que no te preocupes más.

Aquella noche se despidieron. Él partía al día siguiente a su tierra, a ver a su familia. Cris hubiera querido pasar la noche con él, pero Marcos no lo creyó oportuno.

—Quiero quedarme contigo, Marcos. No puedo llegar a casa y ponerme a cenar y a ver la televisión con mi tío como si no hubiera pasado nada.

—¿Crees que llevaría mucho tiempo observándonos? —preguntó él, preocupado.

—Y qué importa. ¡Puede que hasta haya aprendido algo! —exclamó burlándose.

Siguiendo el consejo de Marcos, decidió volver a casa antes de la medianoche.

—Prométeme que no me abandonarás nunca —dijo ella al despedirse.

—Te lo prometo. Nunca te dejaré. Te quiero.

—Yo también te quiero.

\*\*\*\*\*

Veva advirtió a Cris de que su tío pensaba contárselo todo a su madre.

—No te preocupes, Veva. Tú no tienes la culpa de nada. Fue decisión mía.

—Ya, pero me preocupa el disgusto que se va a llevar.

—Tranquila. Se pondrá hecha una furia y llorará un poco después de echarme una bronca enorme. Lo de siempre. Además, Marcos y yo nos queremos, Veva. Y pienso casarme con él.

PARA MARCOS comenzó la peor de sus pesadillas en el momento en que su madre le informó, disgustada, de que Estela estaba embarazada y afirmaba que él era el padre, aparte de que se había desentendido del asunto.

—¡Pero si es la primera noticia que tengo! —exclamó.

—Lo supongo, hijo. Pero si es tuyo, tendrás que responsabilizarte de ese bebé, Marcos.

—¿Cómo que mío? Si no tuvimos... —Se quedó pensativo—. Ella tomaba la píldora. No puede ser posible...

—Vete a hablar con ella, Marcos. No te digo que te cases si no la amas, pero del niño sí tienes que ocuparte.

Se presentó en casa de Estela una hora después. Ella se sorprendió al verlo. No lo esperaba. Se mostró esquiva y nerviosa. Marcos le preguntó directamente sobre su supuesto embarazo, y Estela no lo negó.

—Yo no te pido nada, Marcos. Es asunto mío. Yo sacaré a mi hijo adelante sin tu ayuda.

—¿Es mío?

—¿Cómo te atreves a dudarlo? Yo no me voy acostando con todos los hombres que encuentro. Que yo sepa, hasta el día diez de mayo tú y yo teníamos una relación. Mi hijo nacerá en Navidad, es decir, fue concebido en las vacaciones de Semana Santa que pasé contigo. ¿Lo quieres más claro?

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? ¿Lo sabías cuando volviste a verme?

—Sí, lo sabía. Pensaba decírtelo, pero estabas demasiado ocupado con tu

princesita de cuento. Por cierto, ¿ya se ha cansado de ti o todavía juega contigo?

—No he venido a hablar de ella. Quiero saber lo que vas a hacer con respecto al bebé que esperas.

—Nada, Marcos. No quiero tu apellido, ni tu dinero ni nada tuyo. Tendré a ese niño y será mío, no necesito ningún padre. O ¿es que quieres casarte ahora?

—No, no quiero casarme. Pero ese hijo es de los dos. Le daré mi apellido y te ayudaré a mantenerlo. Me ocuparé de él. Te lo prometo.

Estela se sintió decepcionada. Todavía había albergado la esperanza de que le llevara al altar.

—He dicho que no hace falta. Ahora, vete...

—¿Que me vaya? Tú me conoces, Estela. Yo no podría vivir tranquilo sabiendo que tengo un hijo. Nunca podría abandonarlo. Tú lo sabes.

—Lo pensaré, Marcos. Pero ahora quiero estar sola.

Él se dirigió a la puerta, pero antes de salir le preguntó si había buscado quedarse embarazada a propósito.

—Claro que no.

Pero él no pudo creerla. En efecto, Estela le había mentado. Estaba tan segura de que Marcos se le escapaba que tomó la determinación de dejar de tomar la píldora, con el fin de buscar un motivo que lo retuviese a su lado. No esperaba que estuviera con Cris cuando se presentó allí, embarazada con la intención de comunicarle la noticia. Al comprobar que ya no deseaba seguir con su relación, decidió no mencionarle nada. Seguía enamorada de él, pero se había resignado. Aunque la idea de tener un hijo suyo le confortaba.

\*\*\*\*\*

Cristina tomaba un refresco junto a la piscina cuando su tío Rafael se acercó con deseos de hablar con ella. Al verlo, torció el gesto y miró para otro lado,

como queriendo hacerle creer que no le importaba lo más mínimo su presencia ni lo que tenía que decir.

—Sigues siendo la niña mimada de siempre —afirmó Rafael.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No tengo ningún interés. Siempre te estás entrometiendo en lo que hago o dejo de hacer. Me molestas, ¿sabes? ¡Solo quiero que me dejes tranquila! —exclamó enfadada—. ¿No puedes entenderlo? —preguntó al mismo tiempo que se levantaba de la silla y se alejaba con paso apresurado.

Cris se veía incapaz de sentir cariño hacia él, porque él nunca le había demostrado ninguna clase de afecto, ni cuando era niña. Muy al contrario, era frío y poco dado a bromear o hacerle carantoñas, como hacía su tío paterno que solía llamarla princesa. Rafael no había hecho otra cosa que criticarla desde mucho tiempo atrás. Si dejaba algo de comida en el plato, la calificaba de niña consentida, si tenía demasiados juguetes, era una forma de despilfarrar el dinero; si lloraba era demasiado débil y necesitaba disciplina para dejar de sentirse el centro del mundo. De adolescente la relación entre ellos fue a peor, le molestaba la música que ponía en su habitación demasiado alta, la forma de contestar a su madre y a él mismo... nada estaba bien, o faltaba o sobraba, pero hiciera lo que hiciera nunca era del gusto de su tío.

Ella deseó que Rafael formara su propia familia, pero llegó a la conclusión de que ninguna mujer sería capaz de aguantarlo, a excepción de su madre. De adolescente le gustaba pensar en la idea de que su tío tenía una amante o un amor secreto, y muchas veces curioseaba en su habitación esperando encontrar alguna carta de amor, pero aparte de la Biblia y alguna que otra estampita de santos, no había nada en los cajones que fuera interesante. Llegó a la conclusión de que era tan poco afectuoso y tan frío, que no tenía sentimientos amorosos para nadie.

\*\*\*\*\*



—¿Cómo has podido? ¿Cómo? —Las voces de Ana podían oírse desde afuera—. ¡No tienes vergüenza! ¡En nuestra propia casa! ¿Dónde está tu educación? ¿Dónde? Has perdido toda la decencia, Cristina. ¡Seremos el chismorreo de todo el mundo!

—Ay, mamá. ¿Y a mí qué me importa lo que diga la gente?

—No, a ti no te importa nada. ¿Es que ya no tienes dignidad? Pero ¿qué es lo que te pasa?

Su hija hizo ademán de irse, pero Ana la sujetó por el brazo.

—Vas a escucharme, te guste o no. No tienes vergüenza. ¿Lo sabes?

Cris suspiró y miró para otro lado.

—No puedo creerlo. Revolcándote con ese muchacho en nuestra propia casa. ¿Me estás escuchando? Mírame cuando te hablo.

—Pienso casarme con él —dijo convencida.

—Pero ¿qué dices? —exclamó su madre con lágrimas en los ojos—. No pienso consentirlo. ¿Estás loca? ¿Casarte con él?

Su marido decidió intervenir.

—Tal vez sea lo mejor. Si se quieren, no veo ningún problema. Tampoco quiere decir que sea mañana.

—Claro que no, mamá. Te dará tiempo a asimilarlo y aceptarlo. Si le dieras la mínima oportunidad, seguro que Marcos te encantaría. Por favor, mamá, compréndeme. Inténtalo, hazlo por mí.

—No. Nunca tendrás mi aprobación. ¿Me oyes? Nunca...

—Pues entonces me iré. Me iré con él y no volverás a verme. ¡Te lo aseguro!

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Te lo digo muy en serio, mamá.

Ana salió del cuarto con expresión desencajada y furiosa.

—Dale tiempo —dijo Héctor mirando a su hija, que estaba a punto de echarse a llorar—. Ahora está demasiado alterada.

Cris asintió con la cabeza. Su padre siguió hablando.

—Has sido tremendamente inconsciente e irresponsable, Cris. Sinceramente, yo tampoco esperaba esto de ti. Tendrías que haber sido más cautelosa, y más conociendo a tu madre...

—Lo siento.

—No, no tienes disculpa. Digas lo que digas no tienes excusa para tu comportamiento.

Salió y la dejó sola. Cris suspiró. En ese momento prefirió no darle importancia a lo sucedido. Seguro que su madre acabaría entrando en razón. Pensó en los días que faltaban para ver a Marcos y sonrió. Él era el núcleo de su existencia. Lo demás le traía sin cuidado.

\*\*\*\*\*

Marcos estaba desesperado y amargado. Andaba como un sonámbulo, asfixiándose en un problema que se le iba de las manos. ¿Cómo podía estar sucediéndole algo así? Tenía que hablar con Cris y eso le daba pánico. Todo terminaría entre ellos. Se torturaba pensando que jamás iba a poder ofrecerle la clase de vida y privilegios a los que estaba acostumbrada. Y ahora con lo del niño... En los días siguientes no la llamó por teléfono, y cuando ella lo hizo, angustiada por su silencio, tuvo la sensación de que Marcos no era el mismo, se mostraba callado, demasiado serio, sin entusiasmo. Eso la asustó, y él se excusó diciendo que tenía problemas familiares. Afirmó que su madre estaba enferma y se quedaría un par de semanas más de lo que había prometido. A ella le sonó raro, pero prefirió creerlo.

Quince días después, decidió ir a verla. Tomó la determinación de romper la relación con Cris. No era lo que deseaba pero era lo correcto. Se convenció a sí mismo de que ella pertenecía a un mundo muy diferente al suyo. Sus padres, sobre todo Ana Estévez, jamás le admitirían sabiendo que tenía un hijo con otra mujer. Lo más adecuado para todos era cortar, por mucho que les doliera a ambos.

Ella fue a esperarlo a la estación de autobuses, extrañada de que no hubiera vuelto en su coche. Llegó cerca de las cuatro. Cuando la divisó, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ir hacia ella y besarla. Estaba preciosa con el vestido rojo sin mangas que acentuaba su figura y los ojos más verdes que

nunca, llenos de vida, con el pelo más claro a causa del sol, las pecas... Todo en ella era perfecto. La besó en la mejilla y ella lo miró inquieta.

—¿Qué pasa, Marcos?

Él trato de sonreír.

—Vamos al hotel, tenemos que hablar.

Ella tuvo un mal presentimiento. No entendía que él hablara de cosas sin importancia mientras caminaban uno al lado del otro, ni que no intentara pasarle el brazo por encima del hombro o simplemente fueran cogidos de la mano, como otras muchas veces.

Ya en la habitación, Cris lo abrazó porque añoraba sus besos y deseaba más que nunca tenerlo cerca. Marcos la besó con suavidad en los labios, pero luego se apartó. Ella lo miró, cortada.

—No sé cómo empezar —dijo bajando los ojos—. No sé cómo decirte... por nada del mundo deseo herirte, Cris. Yo...

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—He vuelto con Estela. Voy a casarme con ella...

Cris se quedó muda. Lo miraba horrorizada sin entender nada.

Él siguió hablando. Dijo que estaban esperando un bebé, que siempre había querido a Estela y deseaba casarse con ella.

—¿Me estás diciendo que ya no me quieres?

Él no se atrevió a mirarla. No respondió.

—Marcos, por favor. ¿Qué ha pasado con lo nuestro? —volvió a preguntar con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Ya no sientes nada por mí? Marcos, dime que estás mintiendo, que todo es un mal sueño... —pidió acercándose a él.

—Tú me fascinaste, Cris. Eres fantástica. Pero la quiero a ella.

—Pero ¿cómo que la quieres? Y... ¿lo nuestro? No vas a negar lo que hay entre nosotros, no. No te creo, yo... —Le temblaba la voz—. ¿Es que me dejas? ¿En serio? ¿Me dejas?

—Lo siento, Cris. Ha sido maravilloso conocerte, estar contigo... pero lo nuestro no puede ser. Me voy a casar con Estela. No hay vuelta atrás.

Estaba mintiendo para que ella se alejara de él y lo olvidara. Sintió un profundo dolor al ver la expresión de Cris, pálida y con los ojos llenos de lágrimas.

—Es un bonito regalo de cumpleaños, Marcos —dijo con un hilo de voz.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó como si no lo supiera.

—Pensé que al menos sabrías que es mañana.

Él tragó saliva y la miró fijamente. Se quedaron mudos durante unos segundos que a los dos les parecieron eternos.

—Ya lo entiendo, Marcos. Fui una bonita aventura para ti. En realidad nunca sentiste nada por mí, ¿verdad? Nunca signifiqué nada más que una diversión.

Él no respondió ni la miró.

—Será mejor que me vaya.

Marcos se acercó a ella y la miró con toda la ternura de la que fue capaz.

—Encontrarás a alguien que te hará feliz, Cris. Olvídate de mí. Tú eres mucho mejor que yo. Te mereces ser feliz y te lo deseo de verdad.

La abrazó. Ella lloraba sin un sollozo siquiera. Solo las lágrimas le nublaban la vista y mojaban sus mejillas. Se soltó con brusquedad y salió del cuarto con paso apresurado. No necesitaba escuchar más.

Cuando Marcos cerró la puerta, rompió a llorar. Sabía que la había perdido para siempre.

Al día siguiente a primera hora, se fue en autobús. Aún faltaba mucho para empezar el curso, hasta el primer día de septiembre no tenía que volver. Esperaba que para entonces Cris ya estuviera con otro chico. Por mucho que le doliera, esa sería la solución más fácil para que lo olvidara. Cada uno seguiría con su vida y ojalá no volvieran a cruzarse más. Él haría lo imposible para que fuera así.

\*\*\*\*\*

Con los ojos enrojecidos y la expresión desfigurada de tanto llanto, Cris tuvo que sonreír cuando al día siguiente recibió diversos regalos para su cumpleaños. También respondió a las llamadas de sus amigos, aunque se

excusó diciendo que no se encontraba bien para no tener que ver a ninguno hasta el lunes.

A sus padres no pudo ocultarles lo sucedido, y aunque no explicó los motivos, se limitó a anunciarles que ya no había nada entre Marcos y ella.

—Tú, mamá, estarás contenta. Ha salido tal y como deseabas —dijo con desgana.

Ana no dijo nada. Se alegraba, por supuesto, pero eso no significaba que quisiera a ver su hija infeliz.

—La vida da muchas vueltas, Cris. Seguro que te vas a volver a enamorar. Ya lo verás... —afirmó tratando de consolarla.

Pero a su hija le molestó mucho más su respuesta y salió furiosa de la cocina, dando un fuerte portazo. No podía pensar en otra cosa que en Marcos. ¿Cómo era posible que hubiera dejado de amarla? Le había prometido que nunca se separarían. Ella se había enfrentado a su madre por él, había soportado montones de reproches, fuertes discusiones... la vergüenza de tener que aguantar a su tío, que desde el famoso día del incidente en la piscina, la miraba como si la estuviera juzgando continuamente. Y ¿todo para qué? Para estar sola, sin él.

En las semanas siguientes adelgazó, se quedó desmejorada y por deseo de sus padres, visitó a un médico, amigo de la familia.

—No tiene nada físico —comentó Julio a Héctor—, está perfectamente. Lo que tiene es mucha tristeza y su autoestima por los suelos. Necesita salir de este ambiente, enviadla de viaje o que cambie de aires, porque si la lleváis a un psicólogo, lo único que conseguiréis es que la atiborren a pastillas. Todo lo que tiene se le pasará, os lo aseguro. Estad tranquilos.

Consiguieron convencerla para ir de vacaciones a Mallorca junto a su tío Erich y la familia. Ese cambio le vino bien. Empezó a estar más alegre y divertirse con sus primos. Con ellos salía todas las noches y no le faltaron pretendientes que se acercaban a ella en busca de compañía veraniega, pero ella no quería pensar en esa posibilidad. Seguía pensando en Marcos. No podía evitarlo, ni quería hacerlo. No sabía por qué, pero le era imposible olvidarlo.

\*\*\*\*\*

CRIS aceptó la invitación de Fernando para unirse a su grupo de amigos, y así fue como conoció a Santiago. Era un joven alto, fuerte, moreno, con el cabello siempre muy corto y rigurosamente educado. Ana se quedó maravillada cuando el muchacho se presentó en su casa en busca de Cris, para llevarla al cine y luego a cenar. Pensó que ya era hora de que su hija empezara a dejarse acompañar por chicos más de su agrado.

Lo cierto es que no le habían quedado muchas opciones. Su pandilla se había desperdigado, pues todos, menos ella, salían en pareja. Así que o se buscaba otras amistades o se quedaba en casa sin salir, lo que alarmaría de nuevo a sus padres, que seguían pendientes y preocupados por lo que hiciera o dejara de hacer.

Seguía quedando con Laura de vez en cuando y era a la que contaba sus penas y alegrías, que no eran muchas, porque sus nuevas amistades tampoco la entusiasaban.

—Lo importante es que te diviertas y salgas un poco, Cris.

—Ya. Aunque solo sea por no aguantar a mi madre. Cuando salía con vosotros le parecía que estaba demasiado tiempo fuera de casa, ahora le preocupa todo lo contrario. No hay quien la entienda.

—Cris, cariño. Ya sabes que tu madre está deseando que pesques a uno de esos chicos que para su fortuna, no tienen nada que ver con nosotros. O ¿no?

Cris se reía, pero sabía que Laura tenía toda la razón del mundo.

—Ya lo creo, Laura. Nunca cambiará. Por cierto... ¿sabes algo de Marcos? ¿Sabes si ha vuelto al instituto?

Laura negó con la cabeza.

—No sé nada. Pregúntale a Nuria. Lo sabrá por Fran. Las clases ya han empezado, así que supongo que estará aquí...

—Ya...

Bajó los ojos, evitando la mirada de su amiga.

—Olvídate de él, Cris. De verdad, no merece la pena. Hazme caso.

—Sí... —respondió, no muy convencida.

\*\*\*\*\*

Marcos y Fran volvieron a coincidir. Se saludaron y se alegraron de verse, pero aunque hablaron de miles de cosas durante las primeras semanas del curso, ninguno aludió a su vida personal. Los dos lo evitaban. Para Laura y el resto del grupo, Marcos solo había buscado en Cris una aventura y no deseaban explicación alguna del chico. Todos apreciaban demasiado a su amiga y les había dolido mucho verla sufrir por él. No le negaban el saludo, pero no deseaban relacionarse con él. Marcos lo tuvo claro desde el principio y no intentó acercarse a ellos. Se buscó otros amigos con los que solía salir algún que otro fin de semana. Y consiguió no encontrarse con Cris en ningún momento.

Nadie sabía que ella no había podido evitar pasar varias veces cerca del instituto con la única esperanza de encontrarlo, sin lograrlo. Se conformaba con poder divisarlo de lejos, pero no tuvo suerte. En el fondo, necesitaba saber de él y asegurarse de que en verdad, ya no le importaba nada.

Muy reacio a hablar. Cris le preguntó a Nuria si Fran le había comentado algo de Marcos, pero la chica le explicó que su novio era muy reacio a hablar con el joven de otras cosas que no fueran de trabajo, ya que Marcos evitaba siempre conversar de cosas personales.



—¿Todavía lo quieres?

—Supongo que no puedo olvidarlo, o al menos ni siquiera sé si lo he intentado. Me gustaría mucho verlo, pero parece que vivimos en planetas diferentes. Nunca lo encuentro, y eso que estamos en una ciudad pequeña —dijo decepcionada—. Seguro que si estuviéramos en Nueva York sería más fácil cruzarnos... —añadió bromeando.

—Pues ese morenazo con el que sales a veces, no está nada mal, Cris.

—¿Santi? Solo es un amigo. No me interesa como pareja.

—Vendrás a la boda, ¿verdad?

—Por supuesto. Cuenta conmigo.

El último domingo de noviembre, Fran y Nuria se casaron en una ceremonia religiosa a la que asistieron familiares y amigos. Marcos también había sido invitado por Fran, pero rehusó la invitación aunque aseguró que pasaría a tomarse una copa a última hora de la tarde. Sabía que se encontraría con Cris y era algo que le aterraba. Había sobrevivido casi cuatro meses sin saber de ella, pero no la había olvidado y conservaba sus fotos como una reliquia.

Cris por su parte albergaba la esperanza de encontrarlo allí y le desilusionó ver que pasaban las horas sin que se dejara ver.

No había dejado que Santi fuera a buscarla como él pretendía porque no deseaba que mirara a sus amigos por encima del hombro, con esa vanidad y orgullo que lucía en esa imagen de joven abogado, repeinado con gomina, vistiendo ropa de marca y zapatos italianos. Tampoco estaba muy segura de por qué quedaba con él. Tal vez porque era agradable y la trataba con mucho respeto. En ningún momento había osado declararle sus sentimientos, si es que los tenía, ni había intentado besarla o tomarla de la mano, aunque se le veía encantado en su compañía y ella lo prefería a Fernando. Sin embargo, Santi se presentó a última hora y a Cris no le agradó nada verlo allí.

—¿Por qué has venido? —preguntó incómoda por su presencia.

—Si te molesto me voy. Pero he venido para que no te sintieras sola.

—No estoy sola, Santi. Estoy con mis amigos.

Él se quedó callado. Cris hizo un esfuerzo por sonreír.

—Está bien. Tomemos algo... —dijo dirigiéndose a la barra.

Estaban junto a la pareja de recién casados cuando Marcos entró en el salón. Fran fue el primero en verlo y se acercó a él para saludarlo. Cris se giró sonriendo y la sonrisa se le congeló cuando vio cómo el joven se aproximaba. Él besó a Nuria en la mejilla y luego se volvió a mirarla a ella, aunque no se atrevió a más que a saludarla. Se le notaba nervioso, apenas le salían las palabras.

Fran y Nuria se alejaron, pero Santi permaneció inmóvil al lado de Cris. Marcos la miraba fijamente. Vio en sus ojos tristeza y pudo entenderlo. ¡Le había hecho tanto daño! No podía apartar la vista. Estaba tan preciosa con aquel vestido tan elegante que llevaba...

—¿Cómo estás? —se atrevió a preguntar.

Ella miró a Santi haciéndole notar que estaba de más en la conversación. El joven se dio por aludido y se apartó.

—¿Cómo estás tú? —preguntó ella—. Yo bien, pero lo he pasado muy mal, supongo que puedes imaginártelo.

Marcos no dijo nada. No sabía qué decir. Pero para su asombro, Cris continuó hablando:

—O ¿qué pensabas, Marcos?

—Ya, Cris. No sé cómo decirte... Me dolió mucho romper contigo. Me dolió hasta el alma.

—¿Crees que a mí no? Me dolió tanto que creí volverme loca. Además, yo no tenía a ningún otro que me consolara —añadió irónica.

—¿Podemos hablar en otro sitio?

—No. No creo que tengamos nada que hablar, Marcos. Está todo dicho.

Se alejó dejándolo solo. Se despidió de los novios y del resto de sus amigos y se fue con Santi. No estuvo mucho tiempo con el joven porque prefirió irse a casa pronto. Apenas durmió. Todos sus temores, todas sus ansiedades, parecieron revivir de pronto. Por fin se habían visto y conversado, pero eso no mitigaba su sufrimiento. Seguía amándolo. Nunca había dejado de hacerlo.

Pero si para ella resultó una gran conmoción verlo de nuevo, no fue menos para Marcos. Tenía que rendirse una vez más ante ella, porque la

amaba y deseaba con locura. Sus sueños volvieron a poblarse de Cris. Una Cris encantadora, que le sonreía, besaba, acariciaba... Seguía pareciéndole preciosa, aunque la había encontrado más delgada y con la mirada más triste y apagada. Envidió a Santi. Tal vez se había enamorado de ella. Seguramente sería así. Era muy fácil enamorarse de Cris, porque suponía la felicidad para cualquier hombre. Sin embargo, evitó encontrarla. No quería mortificarse ni martirizarse con su presencia. Y a ella le ocurrió lo mismo.

Cada uno seguía con su vida. Cris lo recordaba cada día, pensaba en las veces que había despertado a su lado en la semana que habían pasado juntos en casa, sintiendo su piel y su cuerpo en una intimidad que les había hecho sentirse uno parte del otro. ¿Dónde había quedado todo aquello? En sus recuerdos, en su mente, en su cuerpo ansioso de caricias y besos.

La relación con su madre se había suavizado. Ya se llevaban mucho mejor, pero Cris prefirió no comentarle nada del encuentro con Marcos ni la tormenta de sentimientos que la invadía desde entonces; cuando su padre la descubrió llorando en más de una ocasión sin motivo aparente, adivinó que el joven era la causa de su angustia.

—El tiempo lo cura todo, Cris —dijo acercándose a ella.

Su hija lo miró. Él había comprendido su dolor si preguntarle siquiera y ella hubiera deseado explicárselo a su madre, pero sabía que jamás lo entendería. El nombre de Marcos era impensable en aquella casa y mucho menos ahora que adoraba a Santi e intentaba animarla para que saliera con él como pareja.

—Es un buen muchacho, Cris. Con un buen trabajo y guapo. ¿Qué más quieres, hija?

—No siento nada por él, mamá. Solo es un amigo.

—No sé lo que quieres. No te entiendo...

Lo que deseaba era estar con Marcos, eso le apetecía decirle cada vez que sacaba la conversación.

No volvieron a verse hasta el mes de enero. Se habían intentado evitar de nuevo y lo habían hecho con éxito. Pero un viernes por la noche Marcos salió a pasear solo y entró en un *pub* a tomar una cerveza. Estaba pensando en Cris cuando de pronto la vio, a pocos pasos de donde se encontraba. La observó reírse con sus nuevos amigos y sintió celos de todos ellos.

Después de unos minutos decidió acercarse y saludarla. No había nada

malo en ello. Cris lo vio de repente frente a ella y la sonrisa se borró de su rostro, aunque se apartó de sus amigos y dio dos pasos hacia él.

—Hola, Marcos. ¿Cómo estás?

—Estoy —dijo él—, que ya es algo...

Se miraron con gran tristeza.

—Yo... si pudiéramos hablar con tranquilidad, Cris —afirmó en voz baja.

—Ya te dije que no creo que tengamos nada que hablar, Marcos.

Le dolieron sus palabras, pero recobró la compostura y trató de sonreír.

—Me alegro de que estés bien.

Luego se giró y se alejó con paso apresurado. Ella se quedó inmóvil pensando en lo habían hablado. Tenía tanto dolor, tanto sufrimiento que no podía dejar que saliera de su corazón lo que realmente sentía. Siguió a Marcos con los ojos hasta que lo vio desaparecer entre el tumulto de gente que ocupaba la entrada. Se sintió desolada. Ya no quería seguir riéndose con sus amigos ni permanecer allí ni un minuto más. Así lo dijo a los demás y Santi se ofreció a acompañarla hasta el coche. Ella no pronunció ni dos palabras durante el trayecto, ni el chico preguntó nada. Sabía muy bien que estaba enamorada del joven forastero. No había más que ver de qué forma lo miraba y cómo se alteraba su estado de ánimo cada vez que se cruzaban con él, aparte de lo que ya sabía por Fernando.

Mientras tanto, ella iba reprochándose mentalmente por haber dejado que Marcos se fuera de aquel modo cuando lo único que deseaba era salir corriendo tras él y confesarle lo mucho que lo amaba.

Y como si el destino se empeñara en cruzar sus caminos, el domingo volvieron a encontrarse en un restaurante donde comía con sus padres y su tío Rafael. Cuando lo vio entrar, ya habían pedido y esperaban que les sirvieran. Cris agachó tanto la cabeza que su tío creyó que iba a estrellarse contra el plato. Marcos no se fijó en ella a pesar de que pasó casi al lado. Iba acompañado de algunos profesores del instituto y se sentaron en una mesa cercana. Ella podía verlo desde su sitio aunque estaba de espaldas. Vestía una camisa clara que dejó ver cuando se quitó la cazadora de cuero. A su lado se sentó una chica de cabello oscuro con la que parecía hablar muy animadamente.

El fantasma de los celos la inundó sin poder explicarse el motivo. Seguro

que la joven era una compañera de trabajo de Marcos, y no había nada entre ellos, pero no podía luchar contra lo que sentía. Toda la alegría que tenía en un principio al llegar al restaurante, se apagó de pronto. Se quedó cabizbaja y no articuló palabra alguna durante largo tiempo. Sus padres y su tío no dejaban de hablar sobre la exquisitez del sitio elegido, el buen ambiente y la calidad de la comida. Pero ella comía poco y sin ganas.

—¿Qué te pasa? —preguntó su padre.

—Nada. Es que no tengo mucha hambre.

Fue en ese momento cuando Marcos pasó a su lado para ir al servicio y, fijándose en ella, la saludó sonriente.

—Hola, Cris.

Hubiera deseado decirle algo más, pero la mirada de Ana Estévez cayó sobre él y decidió seguir su camino. Cris no había dicho nada ni cambiado un solo gesto.

—No será por él por lo que te has puesto así... —comentó su madre, alterada.

Su hija no respondió y desvió la mirada.

—No puedo creer que sea por ese Marcos por lo que tienes esa cara.

—Por favor, mamá. Déjame.

Marcos regresó a su mesa evitando pasar por su lado, dando una vuelta sin sentido para no cruzarse con la mirada de los padres de Cris. Desde su sitio se giró varias veces para buscarla con la vista, hasta que vio cómo se levantaban y salían del restaurante. En un momento sus miradas se encontraron y ambos percibieron la gran tristeza que sus ojos desprendían.

Durante el resto de la semana Cris no pudo disimular su decaimiento. Apenas hablaba y parecía estar en otro mundo. Él se atrevió a llamarla por teléfono con la mala fortuna de que fue siempre Ana quien respondió. Cuando preguntó por Cris, afirmando que era Marcos, la mujer colgó sin dejarlo explicarse. Lo intentó varias veces pero fue inútil.

—¿Quién era? —preguntó Cris.

—Ese dichoso Marcos —respondió su madre con tono despectivo.

—¿Marcos? Y ¿por qué no me lo has dicho? ¿Cuántas veces ha llamado?

—¿Todavía no tienes bastante con todo lo que te ha hecho? Te enamora, te seduce, te deja... no me dirás que quieres hablar con él. ¿Es que te sigue

importando?

—No, no es eso. Pero tenías que haberme dicho que había llamado, mamá.

—No te quiero con él. ¿Me escuchas? No cometas la locura de volver a verlo, te lo ruego. Ahora tienes nuevos amigos. Estás feliz, así que espero que no cometas el error de...

Pero Cris la interrumpió.

—¿Crees que estoy feliz, mamá? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Lo crees de verdad?

—Hija, por favor...

—Además, mamá. Si tuve una relación con él fue porque quise, no porque me embaucara o me sedujera como tú quieres creer. ¿Piensas que Marcos ha sido el primer hombre en mi vida? Pues no, tuve otro novio en la universidad, no te lo dije porque por supuesto no lo hubieras aprobado, y fue con él con quien dejé de ser virgen, no con Marcos. Pero descuida, ellos son los únicos hombres que me han tocado, puedes estar tranquila si es lo que te preocupa. Tu honor está a salvo...

Su madre no decía nada, pero la miraba muy seria.

—¿Por qué nunca has intentado entenderme, mamá? ¿Por qué has sido siempre tan distante conmigo?

Su madre fue incapaz de responder. Ella se dio la vuelta y salió de la habitación.

Ana se preguntaba muchas veces si se había equivocado con su hija. ¿Habrían cometido un error al internarla en aquel prestigioso colegio? ¿Hubiera sido mejor tenerla en casa junto a ellos? ¿En qué momento Cris se distanció de ella, no solo físicamente sino también emocionalmente? Desde niña había sentido gran predilección por su padre. Con él siempre se había entendido mucho mejor. Recordaba que cuando era adolescente y llegaba a pasar las vacaciones, parecía estar en otro mundo, ajena a ellos, como si no les perteneciera. Hablaba poco y cuando lo hacía, era para protestar por todo o responder de malas maneras, sacando a relucir un carácter que ni ella ni su marido conocían. Ella no sabía cómo tratarla entonces. Solo sabía imponerse con autoridad porque nadie la había enseñado cómo educar y dialogar con una hija que se encerraba en sí misma, no abría la boca o se encogía de hombros cuando le preguntaban acerca de sus cosas. Era su madre, no una

amiga, porque todas aquellas psicologías modernas que defendían la amistad entre madres e hijas no entraban en su cabeza y después de todo, ella prefería ser su madre. Había tenido que ser estricta en ocasiones, pero ahí estaba luego Héctor para contemplar y mimar a Cris cuando era necesario. La vida era demasiado dura para permitir que se criara en un mundo irreal donde todos los deseos y caprichos se conseguían con solo pedirlos. Su hija buscó la forma de aflorar todos los trastornos que la adolescencia le producía mientras su madre la asfixiaba con pautas y normas, obligándola a obedecer sin rechistar hasta que consideró que ya había jugado bastante a ser la niña dócil y buena a la que estaban todos acostumbrados y se dedicó a exasperar a su madre un día sí y otro también, haciendo que se distanciaran enormemente. Ahora que habían logrado un cierto acercamiento, le ponía enferma pensar que ese Marcos volviera a entrar en sus vidas y trastornara lo poco que había conseguido.

\*\*\*\*\*

ERA sábado por la mañana, Cris salió de la academia donde había estado dando clase a un grupo de adultos, sustituyendo a otro profesor que estaba enfermo. Miró el reloj. Solo eran las diez. Se dirigió a su coche para irse a casa, pero pensó en Marcos y lo mucho que deseaba hablar con él. No podía seguir evitándolo ni tampoco martirizando su espíritu, pues le dolía tanto el alma por su causa que ya no era capaz ni de sentir.

Decidida, aparcó el auto frente al edificio donde él vivía. Nadie le había dicho su dirección pero hacía meses que se había encargado de averiguarlo.

El portal estaba abierto. Miró en los buzones y comprobó con satisfacción que no estaba equivocada. Vivía en el primer piso, así que subió por la escalera. Respiró hondo y llamó al timbre.

Marcos, adormilado, despeinado y vestido solo con un pantalón de pijama se quedó pasmado cuando la divisó a través de la mirilla de la puerta. Abrió con rapidez, temiendo que si tardaba, ella tomara la decisión de irse.

—Ho... hola —acertó a decir.

Ella sonrió débilmente.

—¿Puedo pasar? —preguntó con suavidad.

—Sí, sí..., claro... Pasa.

Entró. Temblaba como una hoja. Ahora que estaba frente a él, ya no sabía qué decirle.

—¿Quieres un café? —preguntó él.

—Sí, gracias. ¿Te he despertado? Lo siento —dijo mientras lo seguía a la



cocina.

—No te preocupes. Me quedé dormido. Si me disculpas, voy a cambiarme. Ponte cómoda. Siéntate, por favor.

Poco después apareció vestido con unos vaqueros y una camisa azul claro. Sonrió. Ella permanecía sentada, observándole, pero no le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo te gusta el café?

—Como quieras. Me da lo mismo. Como lo tomes tú.

—Yo lo tomo solo —dijo mientras ponía la cafetera al fuego.

—Vale.

Se quedaron en silencio durante unos minutos que parecieron eternos. Era tanta la tensión reinante, que ninguno sabía de qué hablar.

—Espero que no te importe que te haya recibido así —dijo él por decir algo liviano, mientras buscaba las tazas en el armario.

—¿Así cómo?

—En pantalón de pijama. Temía que te fueras antes de que me diera tiempo a cambiarme —se excusó.

—No seas ridículo. No voy a morirte por verte en pijama. Por si no te acuerdas, creo que te he visto mucho más desnudo en otras ocasiones —afirmó sarcástica—. Aunque claro, puede que ya ni lo recuerdes.

—No digas eso, Cris.

Se quedó mirándola de nuevo y no pudo evitar sonreír de pura dicha que sentía por poder contemplarla tan de cerca.

—Me alegro mucho de que estés aquí. No sabía cómo acercarme a ti porque estaba convencido de que me odiabas. Me alegro de verdad.

—Sí, yo tengo que hacerlo siempre todo. Vaya forma de humillarme ¿verdad?

—¿Qué? No, no... no se trata de humillar a nadie. ¿Por qué dices eso?

Ella se quedó callada mientras él servía el café, pero luego siguió hablando.

—Me dejaste, Marcos. Y ahora... —se arrepintió de la decisión tomada—. Creo que debería irme. No sé a qué he venido, ni tengo nada que decirte —afirmó al tiempo que se levantaba—. Ha sido una gran tontería. Vengo y me ofreces café como si nada... en vez de... no sé. No sé ni lo que hago...

me voy.

—No te vayas. Espera.

Pero ella salió de la cocina a tanta velocidad que a él le costó alcanzarla. Consiguió detenerla.

—Cris, por favor. Escúchame...

Ella lo miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Marcos la abrazó con fuerza para luego buscar su boca y besarla. Cris se estremeció y tuvo que admitir que lo deseaba. Deseaba que la desnudara, la acariciara, le hiciera el amor... Por un momento perdió todo el decoro y lo abrazó, suspirando, gimiendo... pero de pronto su mente se volvió confusa, y asustada trató de liberarse de él. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo había sido tan insensata?

—Déjame. ¡Suéltame! —exclamó mientras lo empujaba.

Él cedió. La dejó irse sin ser capaz de detenerla. Un segundo después pensó que se volvería loco recordando el sabor de sus labios y su perfume. Se reprochó por haberla dejado salir de aquel modo, tan nerviosa y alterada.

Llovía cuando subió al coche y no podía dejar de llorar. ¿Por qué había sido tan tonta de ir a verlo cuando él no había hecho nada para acercarse a ella? ¿Llamarla por teléfono unas pocas veces en tantos meses?

Arrancó el motor y con los ojos llenos de lágrimas emprendió el regreso a casa...

CUANDO ANA y Héctor llegaron al hospital, su hija estaba en el quirófano. Visiblemente alarmados y conmocionados por la noticia de que había sufrido un accidente de tráfico. Intentaron darse ánimos mutuamente, queriendo creer que no era nada grave. También llegó Rafael, que agarrado a su fe se dirigió a la capilla para rezar por la recuperación de su sobrina.

Por más que Héctor preguntó a las enfermeras, no obtuvo respuesta alguna, solo que debían esperar. Se sentó junto a su esposa, que parecía absorta en sus pensamientos. Siempre había admirado en ella esa fuerza que sacaba no sabía de dónde para afrontarlo todo por difícil que fuera. Porque era fuerte, recta, estricta, arraigada a unas conservadoras ideas que él no podía compartir pero que respetaba. Pensó que tal vez estaba rezando en silencio, lo más probable. Y él, por una vez en muchos años, se acordó de Dios, de ese Dios al que su mujer y su cuñado tanto veneraban. Pero él no sabía dónde se encontraba ese Dios ni cómo rogarle ni suplicarle, porque ya no sabía cómo hacerlo.

Pensó en su hija y cerró los ojos evocándola en su mente. La vio de niña con su cabello tan rubio, sonriente, escuchando sus historias. La recordó de adolescente, larguirucha, vestida con uniforme colegial, cuando devoraba los libros de la biblioteca, ansiosa por saber e informarse. Solo tenía veinticuatro años, no se merecía dejar de vivir. No podía ser que ese Dios deseara llevársela como había hecho con sus padres, relativamente jóvenes, y con otros miembros de la familia. Pero ¿tenía derecho a quejarse? Su vida había

sido cómoda. Le había ido muy bien. Tal vez ese era el precio que tenía que pagar por su desarraigo de fe y de Dios...

Estaba sumido en esos pensamientos cuando por fin una enfermera se acercó a ellos:

—¿Son ustedes los familiares de Cristina Klein?

Ambos se pusieron de pie contestando al unísono afirmativamente. El doctor que acompañaba a la enfermera les informó de que todo había salido bien. Que Cris estaba en la sala de reanimación y podían pasar a verla, aunque estaba inconsciente; pero también les informó de que su pronóstico no era grave. Una ligera conmoción cerebral y varios huesos rotos eran la consecuencia del accidente sufrido esa mañana.

Cuando poco después pudieron contemplarla de cerca, les fue difícil asimilarlo. Ana demostró un ápice de debilidad y se agarró a su marido, dejando que las lágrimas le nublaran la vista.

—Tranquila, Ana. Se recuperará... —dijo él intentando animarla.

—Lo sé, lo sé... —respondió entre sollozos—. Me duele tanto verla así.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente la trasladaron a una habitación en la segunda planta, después de haber pasado la noche en observación. Cris agradeció como nunca la presencia de sus padres. Se sentía desorientada y no recordaba casi nada de lo sucedido. Solo que llovía y su coche había patinado después de un fuerte frenazo, y a partir de ese momento no había podido ver ni sentir nada. Preguntó por su amiga Laura, y su madre fue quien la llamó minutos después. Laura llegó sofocada por las prisas, conmocionada por la noticia. El matrimonio las dejó hablar a solas un rato y Cris le rogó que llamara a Marcos.

—Por favor, Laura. Quiero verlo. Ve a buscarlo. Quiero que venga.

—No te preocupes. Pasaré por su casa en cuanto salga de aquí.

En menos de una hora Marcos apareció en el hospital. Se dirigió a la habitación pero no se atrevió a entrar. Esperó a que Ana saliera y se dirigió a ella con un nudo en la garganta, afirmando que acababa de enterarse.

—Ya le has hecho bastante daño. Será mejor que te vayas...

—Por favor, solo será un momento.

Fue Héctor quien se compadeció de él y le dejó entrar. Pálido y nervioso, se acercó con timidez y trató de sonreír con mucho esfuerzo. A ella se le iluminó el rostro al verlo y lo recibió con una gran sonrisa.

—No es nada —dijo tratando de animarlo—. Me pondré bien.

Él sonrió. Deseaba besarla, abrazarla, mimarla... pero la presencia de los padres de Cris y Rafael le impidió mostrar sus sentimientos. Ana no tardó en echarlo, alegando que su hija tenía que descansar.

Ya en el pasillo, la mujer se dirigió a él hablándole con extrema frialdad.

—Vete y no vuelvas por aquí. No creo que sean buenas para ella, tus visitas. Como has visto, está bien y se recuperará. No necesita tu presencia y que le traigas recuerdos que tanto la han herido y amargado. Así que aléjate de ella. Ya le has causado bastante tristeza.

—No me juzgue de ese modo sin saber, señora. Yo...

—Vete por favor. Es lo mejor que puedes hacer.

A pesar de aquellas palabras volvió al día siguiente, pero Cris tenía demasiadas visitas. Se sentó en la sala de espera. Desde allí pudo observar quién se iba y llegaba: Laura, Fran, el chico ese moreno que siempre andaba con Cris, Fernando, todos sus nuevos amigos...

Laura lo divisó y fue hacia él.

—¿Vas a entrar? —preguntó.

—No creo que su madre me lo permita, y mucho menos con toda esa gente ahí. Pero me quedaré a esperar a ver si cuando se vayan, consigo entrar aunque sea un minuto —afirmó con tristeza.

—¿La quieres?

—Nunca he dejado de hacerlo, Laura. Daría mil veces mi vida por ella.

—Pues lucha, Marcos. No permitas que nadie se interponga entre vosotros.

—Sí —dijo esbozando una media sonrisa.

Laura se despidió y lo dejó de nuevo solo. Marcos perdió la noción del

tiempo mientras esperaba, y cuando por fin hizo un intento de acercarse a la habitación, Ana se cruzó en su camino para anunciarle que su hija estaba comprometida con Santiago Valcárcel y formalizarían su relación con un matrimonio al año siguiente, por lo tanto no deseaba verlo allí, ya que solo causaría un gran trastorno tanto a su hija como a su prometido.

Eso fue suficiente para que Marcos diera media vuelta y decidiera apartarse de la vida de los Klein para siempre.

Cris, por su parte, se llevó una gran decepción al ver que las horas pasaban sin que Marcos apareciera ni ese día, ni los siguientes. No tuvo más remedio que admitir que entre ambos no volvería a existir nada. Si la había amado alguna vez, ese amor se había desvanecido. Era inútil pensar en él. Tenía que olvidarlo.

\*\*\*\*\*

SEMANAS después, Cris regresó a su casa. No había tenido noticias de Marcos, y cuando trató de hablar con su madre, extrañada de que no hubiera vuelto a ir a verla, Ana no le dio ninguna importancia.

—Es lógico que se haya interesado por ti en un principio, pero como ves, solo fue el primer día. Supongo que al ver que te recuperarías, dejó de preocuparse.

—Sí, claro —respondió con tristeza.

Con el tobillo escayolado se pasaba el día tumbada con el pie en alto. Se cansó de leer, de ver la televisión, de tomar el aire en el jardín. No había visto a Laura desde su salida del hospital porque se había ido de viaje. Solo la visitaba Santi, al que su madre recibía con verdadero entusiasmo, mientras que a ella le molestaba cada vez más verlo allí. A quien deseaba ver era a Marcos, no a él.

Fue Veva quien aquella mañana le dio unas cartas a su nombre y que habían quedado guardadas en un cajón.

—Esto es para ti. Llegaron cuando estabas en el hospital. Me había olvidado.

Cris miró los sobres y los remites. Seguro que la mayoría sería propaganda. Se quedó blanca y le dio un vuelco el corazón cuando en una de las cartas reconoció la letra de Marcos. Rompió el sobre apresurada y se dispuso a leer.

*Cris: Te escribo esta carta para despedirme de ti. Me voy, Cris. Pero no quiero irme sin decirte que has sido y serás siempre la persona más importante que ha pasado por mi vida. Quiero desearte toda la felicidad del mundo y espero que hayas encontrado en ese chico con el que vas a casarte todo el amor que yo no he sabido darte...*

*«¿Casarme? ¿De qué habla?» pensó ella.*

*¿Creíste de verdad que iba a volver con Estela? No, Cris. Yo no podía permitir que después de ti, hubiera alguien a quien pudiera entregarme. En treinta años de vida, tú has sido lo más sublime, lo más maravilloso que he conocido jamás. Estela perdió al niño. Desgraciadamente no llegó a nacer. Pero ha vuelto a rehacer su vida y seguro que tendrá otros niños que la llenarán de felicidad. Yo nunca pretendí volver con ella. No pensaba hacerlo. Te mentí, sí, te mentí para que me olvidaras. Yo no podía abandonar a un hijo y tú no podías seguir conmigo en aquella situación. No por ti, por tu familia. No tenía ningún derecho a apartarte de ellos, de tu ambiente ni de tu vida. Siempre me habías dicho que habías vuelto con tus padres porque emocionalmente los necesitabas, por haber vivido lejos de tu casa, y tenías la necesidad de recuperar el tiempo perdido, y sabes que tu madre jamás me iba a aceptar. Así que decidí mentirte, te hice creer que seguía amando a Estela. No sabes lo duro que fue para mí decírtelo. ¿Recuerdas? Estabas tan guapa con aquel vestido rojo, tu sonrisa, tus ojos chispeantes de vida... cuando tuve que decirte que no tenía interés en ti, en realidad me estaba muriendo por dentro... Y cuando regresé y te encontré con tus nuevos amigos, con ese chico que siempre te acompañaba. No te imaginas los celos que sentía al verte junto a él. Pensé que me iba a volver loco cuando fuiste a verme a mi apartamento y saliste corriendo. Te había besado porque ya no podía soportarlo más. Enloquecí de deseo y tú me respondiste, para luego salir huyendo al minuto siguiente. Y dejé que te fueras... y ese día... Te quiero, Cris, te quiero desde el día que te conocí en casa de Laura... Si tuviera que explicarte qué me gusta de ti, te diría que todo, no solo tu aspecto, tu belleza externa o tu sonrisa. Creo que lo que más me fascinó fue tu personalidad, porque eres sensible, vulnerable, cariñosa, de gran corazón. También eres inocente, ingenua pero muy inteligente. Me gusta cuando te*



*enfadas, cuando te burlas de las cosas que no te gustan y te molestan. Cuando te acurrucas contra mí y me pides que te bese. Hablamos de nuestro futuro. Me decías que deseabas tener un montón de niños, que iríamos a Nueva York porque te fascinaba la ciudad... Tendríamos un perro y me enseñarías a hablar bien inglés. Y yo en cambio, ¿qué podría darte? Te daría todo mi amor. Todo el amor que alberga mi corazón que es tuyo, mi amor, solo tuyo. Siempre lo ha sido. ¿Cómo has podido dudarlo siquiera? Ahora, aunque te sigo queriendo, deseo verte feliz. Te lo deseo de verdad, pero siempre me acordaré de ti. Nunca te olvidaré porque has sido lo más maravilloso que me ha pasado en esta vida, Cristina Klein. Lo más maravilloso. Te amo y siempre te amaré.*

Las lágrimas no le permitieron ni mirar la firma. Llamó a Veva a voces, que asustada llegó pensando que le pasaba algo. Pidió que la ayudara con las muletas para llegar hasta el teléfono. Pero cuando fue a descolgar se dio cuenta de que no conocía el número de Marcos para llamarlo. Entonces pensó que Tomás podría acercarla en coche hasta allí.

—Tomás no está. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras? Espera a que regresen tus padres. No tardarán. Tranquilízate, niña.

Cris se dejó caer en el sofá otra vez, sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

*¿Casarse? ¿De dónde habría sacado Marcos esa idea? ¿Quién le había dicho algo así?*

No tardó en descubrirlo cuando una hora después, su madre leyó la carta que ella misma le mostró.

—Sí —dijo—. Fui yo quien se lo dijo en el hospital. Es lo mejor. Ese muchacho no es para ti. Nunca serías feliz con él.

Su hija la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca te perdonaré, mamá. ¡Nunca! No creas que me voy a quedar sin hacer nada. En cuanto me recupere del todo, lo buscaré. Lo buscaré y luego me iré de aquí. Y no volverás a verme nunca más... —dijo sollozando.

—Pero... Escúchame, Cris.

—No. ¡Quiero estar sola!... ¡Que te vayas! —gritó.

—Hija, es por tu bien. ¿No te das cuenta de que nunca serás feliz con él? No es de tu clase, no tiene tu educación, no... y no lo conocemos. No es nadie...

Cris la miró con rabia.

—¿Quién eras tú antes de casarte con papá? —le reprochó—. Tú, todo lo que tienes se lo debes a los Klein, mamá. Tú tampoco eras nadie.

Su madre no respondió. Salió de la habitación completamente abatida. Cris sabía que le hacía daño con esas palabras, pero pensó que tal vez era la única manera de hacerle entender que cuando se ama de verdad, todo está de más.

Ana fue consciente de que había cometido un gran error. Su hija estaba muy enamorada de ese joven por mucho que ella no quisiera verlo.

\*\*\*\*\*

Marcos abrió la puerta y se quedó sorprendido al ver a Ana Estévez frente a él.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó Ana sin sonreír.

—Sí, pase.

Le señaló una butaca.

—Siéntese.

—No hace falta.

—¿Ocurre algo malo? ¿Le pasa algo a Cris? —preguntó con un hilo de voz.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Solo deseaba hablar contigo un momento.

—Si viene a decirme que deje a su hija en paz, ya lo he hecho. No he vuelto a verla ni he hablado con ella en estas últimas semanas. No tengo teléfono y como ya estamos de vacaciones, seguramente debe de creer que ya

me he ido a mi casa. Así que espero que no venga a reprocharme nada. He hecho tal y como usted quería. Y además, pasado mañana me voy con mi familia, donde estaré todo el verano. Cuando regrese en septiembre no voy a interceder en la vida de Cris. Puede estar segura. Quédese tranquila si es eso lo que le preocupa.

Ana se acercó a él y sin dejar de mirarlo, habló:

—Mi hija sigue enamorada de ti. Lo ha estado siempre... —Miró hacia otro lado, avergonzada de tener que admitirlo—. Ella misma me lo ha dicho, pero yo nunca he querido aceptarlo. —Respiró hondo y prosiguió—: Te necesita, Marcos. No sabe dónde estás y está desesperada. Por la felicidad de Cris, me gustaría que fueras a verla hoy mismo. Yo no quiero perderla, Marcos. Es lo que más quiero en este mundo.

La voz se le quebraba, pero rápidamente recobró la compostura.

—Perdóname, Marcos. Creo que te he tratado muy injustamente —dijo ahora mirándolo de nuevo a los ojos.

Él trató de sonreír.

—Yo también quiero a su hija, señora. La he querido siempre.

—Lo sé. He sido... discúlpame, te lo ruego. No me he portado nada bien contigo. Espero que sepas perdonarme.

—No se preocupe. Y por supuesto que iré a ver a Cris. Ahora mismo, si quiere...

Ana hizo un esfuerzo por sonreír.

—Ven conmigo. Mi marido está en el coche esperando.

\*\*\*\*\*

Ya eran más de las seis. Cris en su habitación, echada sobre la cama, releía la carta de Marcos por enésima vez. Había intentado llamarlo a la casa de su madre en el norte, pero allí no contestaba nadie. Pensó que volvería a insistir hasta que alguien le dijera su paradero. Estaba decidida. Esa misma noche

volvería a llamar. Ni por un momento se le ocurrió pensar que Marcos permanecía todavía en la ciudad.

Estaba sumida en esos pensamientos cuando Ana entró para anunciarle que tenía una visita. Cris miró la hacia la puerta con desgana, preguntándose quién sería para que su madre lo hiciera subir hasta su mismo cuarto. Se imaginó que sería Santi una vez más.

Marcos entró. Ella se quedó muda al verlo. Él sonrió.

—Bueno, os dejo. Supongo que tenéis mucho que deciros —dijo su madre mientras abría la puerta para salir.

—Ma... Marcos, ¿qué haces aquí? Pensé que te habías ido.

La abrazó y luego besó sus labios.

—No, no me he ido. Estoy aquí, Cris.

## ***Epílogo***

**P**ARA ANA no había sido difícil averiguar la dirección de Marcos. La sabía desde meses atrás. Su amiga Elvira le comentó que una prima suya había alquilado un apartamento a un joven profesor, y las dos dedujeron que se trataba de Marcos.

Con la aprobación de Héctor, el matrimonio invitó al chico a que se instalara en su casa el resto del verano. Él, después de un viaje relámpago en el que visitó a su familia, regresó para vivir en la casa de los Klein.

—¿Te has vuelto loca? —reprochó Rafael—. ¡Solo te falta decirles que duerman en la misma cama, Ana!

—En este momento lo único que me preocupa es la felicidad de mi hija.

—Bien, puedo comprenderlo, pero de ahí a dejarlo convivir con ella...

—Rafael, a estas alturas ya no me importa nada.

La primera noche que pasó allí, Marcos no podía dormir pensando en Cris. Ella estuvo leyendo largo rato antes de apagar la luz. En la oscuridad no pudo dejar de pensar en él, en sus besos, sus muestras de cariño, su sonrisa. Dio vueltas en la cama incapaz de dormirse, sin imaginarse que lo mismo le estaba pasando a Marcos en el piso de abajo.

Las muestras de afecto entre ambos eran discretas porque la presencia de los demás les intimidaba, y cuando estaban solos se dedicaban a abrazarse y besarse pero no pasaban de ahí, aunque ambos estaban deseando ir más allá.

Aquella noche se encontraban solos en casa. Miraban viejas fotografías que Cris se había empeñado en buscar en el desván. Casi todas eran de sus padres, sus abuelos y alguna que otra de ella cuando era niña. Las que no había querido clasificar para los álbumes familiares había sido porque no se

veía bien en ellas.

—¡Mira qué pinta! —exclamó dejando escapar una risita.

Le mostró la foto en la que estaba vestida con el uniforme del colegio y con un terrible gesto de enfado.

—¿Por qué tenías esa cara? —preguntó él divertido.

—Tenía once años y odiaba que me hicieran fotos. Además me comportaba como una niña mimada, lo reconozco.

—¿Es que ahora no?

—Muy gracioso...

Él la miraba fijamente sin dejar de sonreír. Se acercó más y la besó tan intensamente que ella dejó caer las fotos al suelo, dejando que se desperdigaran por la alfombra.

—Estamos solos, Cris... —dijo suspirando—, completamente solos.

—Sí, lo estamos. Y tardarán en volver.

La volvió a besar y luego se inclinó sobre ella. Le desabrochó los pantalones mientras que ella se alzaba la camiseta.

Él besó con suavidad su vientre, esparciendo su aliento sobre la piel, tan suave, tan ansiada, tan querida... Cris sintió cómo todos sus sentidos se alteraban y cómo una fuerte excitación la envolvía por entero cuando la acarició con sus dedos entre los muslos. Se abandonó a él dejando que la amara una vez más, sin otro testigo que los cuadros y las fotos que adornaban el salón. Con el sonido del reloj de pared de fondo y sus propios gemidos.

Volvieron a ser el uno del otro. El juego del amor les dejó rendidos y agotados por un inmenso placer que no habían sido capaces de controlar.

—Ya nunca nos separaremos, Marcos. Juntos para siempre.

—Para siempre, Cris. Hasta la eternidad.

Él pensó que había sido una suerte encontrar en su camino a una persona como ella, porque era la chica de sus sueños. Ella creía que no podía amarlo más.

—Solo me faltaba algo para ser del todo feliz, Marcos. Me faltabas tú.

Él sonrió.

—Y a mí me faltabas tú, Cris.

—Te quiero tanto.

Él sonrió y la besó una vez más.

—Yo también te quiero.

**FIN**